

PLÁTICAS SOBRE EL SENDERO DEL
OCULTISMO

Comentarios en tres volúmenes sobre
A LOS PIES DEL MAESTRO, LA VOZ DEL SILENCIO y
LUZ EN EL SENDERO

TOMO I

A LOS PIES DEL MAESTRO

por

ANNIE BESANT

Y

C. W. LEADBEATER

EDITORIAL  TEOSÓFICA

INDICE

SECCIÓN I

A LOS PIES DEL MAESTRO

PARTE I

PRÓLOGO

AL LECTOR	9
CAPÍTULO I EL SENDERO OCULTO Y LOS INTERESES MUNDANOS	13
CAPÍTULO II LA INICIACIÓN Y EL ACCESO A ELLA	23
CAPÍTULO III COMO LLEGÓ A ESCRIBIRSE ESTE LIBRO	35
CAPÍTULO IV LA ORACIÓN PRELIMINAR	39
CAPÍTULO V EL ESPÍRITU DEL DISCÍPULO	47
CAPÍTULO VI LOS CUATRO SENDEROS INTRODUCTORIOS	55
CAPÍTULO VII LAS CUATRO CUALIDADES	59

ISBN: 84-86709-31-8

Depósito legal: B - 41888 - 1999

©Editorial Teosófica SCooC. Ltda.

Avgda. Vall d'Or, 87 - 08190 Valldoreix
(Barcelona)

Impreso en Romanyà-Valls, S.A.

Verdaguer, 1. -08786- Capellades (Barcelona)

Impreso en España

Printed in Spain

PARTE II DISCERNIMIENTO		CAPÍTULO XIX DOMINIO DE LA ACCIÓN	267
CAPÍTULO VIII LOS VERDADEROS Y LOS FALSOS OBJETIVOS	65	CAPÍTULO XX TOLERANCIA	283
CAPÍTULO IX LA VIDA DE LOS CUERPOS	83	CAPÍTULO XXI CONTENTAMIENTO Y ALEGRÍA	309
CAPÍTULO X EL BIEN Y EL MAL	113	CAPÍTULO XXII ASPIRACIÓN ÚNICA	325
CAPÍTULO XI SER TOTALMENTE VERACES	129	CAPÍTULO XXIII CONFIANZA	333
CAPÍTULO XII EL ALTRUISMO Y LA LEY DIVINA	153	PARTE V AMOR	
PARTE III		CAPÍTULO XXIV LIBERACIÓN, NIRVANA Y MOKSHA	353
CAPÍTULO XIII ELIMINACIÓN DEL DESEO	165	CAPÍTULO XXV EL AMOR EN LA VIDA DIARIA	377
CAPÍTULO XIV EL BUEN DESEO ÚNICO	173	CAPÍTULO XXVI MURMURACIÓN	389
CAPÍTULO XV PODERES PSÍQUICOS	187	CAPÍTULO XXVII CRUELDAD	397
CAPÍTULO XVI PEQUEÑOS DESEOS	203	CAPÍTULO XXVIII SUPERSTICIÓN	419
CAPÍTULO XVII OCÚPATE DE TUS ASUNTOS	213	CAPÍTULO XXIX SERVICIO	441
PARTE IV BUENA CONDUCTA			
CAPÍTULO XVIII CONTROL DE LA MENTE	227		

AL LECTOR

Este libro no es sino una recopilación de las pláticas que dimos el señor C.W. Leadbeater —actualmente Monseñor Leadbeater— y yo sobre tres libros famosos; tres libros de tamaño pequeño pero de gran contenido.

Esperamos que resultará de utilidad para los aspirantes e incluso para aquellos que hayan trascendido esa etapa, ya que los autores de esas pláticas eran de mayor edad que los oyentes y teníamos una mayor experiencia de la vida del discipulado.

Las pláticas no se dieron únicamente en un solo lugar; las dimos ante nuestros amigos en diversas ocasiones y lugares, especialmente en Adyar, Londres y Sidney. Los oyentes tomaron muchos apuntes. Todos los que eran aprovechables se ordenaron y se arreglaron. Se resumieron y se eliminaron las repeticiones.

Desgraciadamente, los apuntes que se encontraron sobre *La Voz del Silencio*, fragmento I, fueron muy pocos, de modo que hemos utilizado algunos apuntes hechos en una clase que dio nuestro competente colega el señor Ernest Wood, en Sidney, y los incorporamos a las pláticas del Obispo Leadbeater en aquella sección. De mis propios comentarios sobre este libro no se consiguieron anotaciones; aun cuando hablé mucho sobre él, esas charlas no son recuperables.

Ninguna de estas pláticas ha sido publicada con anterioridad, a excepción de algunas alocuciones del Obispo Leadbeater ante un grupo escogido de estudiantes, sobre el libro

A los Pies del Maestro. Hace algunos años se publicó un libro titulado "*Pláticas sobre 'A los Pies del Maestro'*", con referencias defectuosas de algunas de sus pláticas. Este libro no se volverá a imprimir; los elementos esenciales del mismo son aprovechados aquí cuidadosamente resumidos y editados.

Que este libro sirva de ayuda a algunos de nuestros hermanos más jóvenes para que puedan comprender mejor estas enseñanzas de valor inapreciable. Cuanto más se estudien y se *vivan* más será lo que en ellas se encuentre.

ANNIE BESANT

SECCIÓN I

A LOS PIES DEL MAESTRO

PARTE I

PRÓLOGO

CAPÍTULO I

EL SENDERO OCULTO Y LOS INTERESES MUNDANOS

C.W.L.— “*A los Pies del Maestro*” es uno de los tres libros —los otros dos son *La Voz del Silencio* y *Luz en el Sendero*— especialmente pensados para ayudar a las personas a asentar sus pies en el Sendero. Por el momento, es el de mayor valor para nosotros, por su extrema sencillez y porque ostenta especialmente el sello y la aprobación del Instructor del Mundo. Consiste en las enseñanzas que recibió de su Maestro el joven discípulo J. Krishnamurti en el año 1909, cuando contaba sólo trece años de edad. Su conocimiento del inglés no era perfecto por aquel entonces y como sea que la instrucción le fue transmitida en esa lengua, tanto la enseñanza como el lenguaje tenían que ser especialmente claros. El Maestro Kuthumi, con Su maravilloso poder de adaptación, puso todo lo que era necesario para el logro de la Primera Iniciación en ese estilo sorprendentemente sencillo que constituye una de las mayores recomendaciones de este librito.

Luz en el Sendero apareció en 1885, y *La Voz del Silencio* en 1889. Cada uno de estos libros de ética posee sus propias características. Los dos más antiguos son más poéticos que *A los Pies del Maestro*, aun cuando en este último hay también algunas expresiones bellísimas; no podía ser de otra manera, ya que el libro es del Maestro Kuthumi. *Luz en el Sendero* —dice Swami T. Subba Rao— tiene una profundidad de significados diversos, siendo el más profundo el relativo a la Iniciación a nivel de Mahachohan, etapa que nuestros

Maestros no han alcanzado todavía. *La Voz del Silencio* nos conduce hasta la Iniciación de Arhat. *A los Pies del Maestro* se refiere especialmente a la Primera Iniciación, de modo que la comentaremos en primer lugar.

Todos hemos oído hablar con frecuencia de los requisitos para el Sendero; pero continuaremos oyendo hablar de ellos mientras no consigamos poner en práctica todo lo que hay escrito en libros como éste. No existe ninguna dificultad en saber exactamente lo que se debe hacer, y no hay ningún obstáculo en el camino que no haya sido colocado por nosotros mismos. Con todo, el número de personas que logran seguir estas orientaciones es relativamente reducido, porque a menudo la personalidad se interpone en el camino. Lo que está escrito en estos libros debe ser aplicado exactamente por cada uno a sí mismo. El Instructor puede explicar e ilustrar de varias maneras lo que debería hacerse, pero cada uno debe hollar el Sendero por sí mismo. Es como el entrenarse para una carrera o practicar la cultura física; puede haber un entrenador que puede dar una cuidada dirección, pero el candidato tiene que ejercitar sus propios músculos; no hay posibilidad de que nadie más haga eso por él.

Millones de personas de las que nos rodean se imaginan que viven de acuerdo con los preceptos de sus religiones respectivas; pero muy pocas lo hacen realmente. Incluso aquellos que llevan una vida buena y santa no siempre siguen estrictamente todos los preceptos prescritos para ellos. En algunos casos las enseñanzas de las religiones exotéricas no son esenciales ni apropiadas; pero en ocultismo no se da ningún precepto innecesario; se requiere una exacta fidelidad a todos ellos. Esto no significa que debamos poseer todos los requisitos a la perfección antes de poder ser aceptado por un Maestro, ya que esto significaría la consecución del Adeptado; pero estos requisitos deben poseerse en un grado razonable y deben ser reales y no sólo ficciones convencionales. Cuando

un profesor de química nos indica que si mezclamos ciertas sustancias de una manera determinada obtendremos ciertos resultados, sabemos que esos resultados tendrán lugar, y que si se alteran las proporciones no obtendremos lo que esperamos, sino algo distinto. En cuestiones religiosas, la gente parece creer que basta una especie de ligera aproximación a las instrucciones que se dan; pero en ocultismo eso no es así en absoluto; el ocultismo debe enfocarse como una ciencia y, aunque muy a menudo hemos oído hablar de estos requisitos, cabe esperar que tomándolos en consideración cuidadosamente y esforzándonos por comprenderlos y seguirlos con precisión científica, exactamente lo que se necesita, muchos que todavía no han alcanzado el éxito puedan ser capaces de asentar sus pies en el Sendero.

Las cosas internas no son cosas vagas ni inciertas. Hasta hace algunos años parecían muy remotas porque eran muy pocas las personas que conocíamos que habían podido ponerse en contacto directo con los Maestros y era natural que un estudiante se dijera a sí mismo: "Sí; dos o tres personas excepcionalmente dotadas o, en cierta manera, especialmente afortunadas han logrado el éxito, pero no parece ser lo mismo para la gente corriente". Sin embargo, ahora que bastantes personas se han puesto en contacto directo con Ellos, razonablemente, uno puede decirse a sí mismo: "Si estas personas lo han conseguido, ¿por qué no yo? La causa del fracaso *debe* encontrarse dentro de nosotros mismos y no fuera. Con seguridad que no es culpa de los Maestros, quienes se encuentran siempre dispuestos cuando el aspirante ya está preparado. En algunos hay algún defecto que lo impide; en otros puede tratarse sólo de una falta de desarrollo en general; porque si no existiera alguna deficiencia, todos lo conseguiríamos. Bien merece la pena realizar un decidido esfuerzo para descubrir qué es lo que nos lo impide, —qué nos falta— y ponerle remedio.

Hay un mundo interno real que supera en importancia a todo lo de este mundo externo y que no cesa de presionarnos. En todas partes hay personas que se consideran muy ocupadas y muy sabias siguiendo sus propias perspectivas y, sin embargo, la verdad es que todas ellas están trabajando en lo irreal y lo externo, y son muy pocas las que se han dado cuenta de que existe un mundo interno, espiritual que, en todos los sentidos, es de una importancia enormemente superior al mundo externo.

En el Sendero tenemos que desempeñar nuestros papeles en el mundo, pero lo hacemos solamente a causa de la vida interna que bulle en nuestro interior. Un actor trabaja en un escenario porque tiene otra vida que vivir —una vida coherente y consecuente. Puede desempeñar distintos papeles en diferentes ocasiones, de la misma manera que nosotros, en otras encarnaciones, regresamos y utilizamos otras clases de cuerpos; pero todo el tiempo el actor tiene su verdadera vida real como hombre y como artista, y porque tiene una vida real como hombre, desea desempeñar bien su papel en la vida temporal del escenario. Similarmente, nosotros deseamos hacerlo bien en nuestra vida física temporal aquí, por razón de la gran realidad oculta tras ella, de la cual la física no es sino una pequeña parte. Si esto está claro, comprenderemos la relativa importancia de esta vida externa; lo que para nosotros tiene valor es únicamente que representemos bien nuestro papel, cualquiera que éste pueda ser; qué clase de papel sea, y qué nos pueda pasar en esta existencia de pantomima, son cosas que poco importan. Puede que a un actor le corresponda pasar todavía por una serie de sufrimientos y dificultades; pero todo esto no le alterará en absoluto. Por ejemplo, puede que tenga que morir cada noche en un duelo; ¿qué puede importarle esta muerte ficticia? Lo único que puede importarle es representarla bien.

No debería ser difícil darse cuenta de que el mundo que nos rodea es un mundo de ficción, y que en realidad no importa qué experiencias puedan alcanzarnos. Todo lo que le pasa al hombre en el mundo externo es el resultado de su karma. Las causas fueron sembradas en otras vidas en el transcurso del tiempo y ahora no pueden alterarse. Por lo tanto, es inútil atormentarse por lo que nos pasa. No es sino el resultado del pasado y deberíamos tomarlo filosóficamente. Mucha gente lo soporta con torpeza y permiten que ello les ocasione una gran cantidad de sufrimiento, dolor e inquietud. La actitud correcta es tratar siempre de aprender la lección que nos aportan y luego alejarlo de la mente tanto como sea posible —como se aleja la abeja de la flor, como dicen nuestros hermanos de la India. La forma en que se superen estas cosas moldea nuestro carácter para el futuro, lo cual es lo único que importa. Deberíamos servirnos del karma para desarrollar el valor, la fortaleza y las otras buenas cualidades, y luego deberíamos apartarlo de la mente.

Esta perspectiva es difícil de conseguir porque estamos rodeados de miles de personas que se toman el papel en serio como si se tratara de la única vida verdadera. Lo que dicen y lo que hacen nos obstaculiza hasta cierto punto, pero el mayor obstáculo en nuestro camino (aunque nosotros no pensemos nunca en ello) es la inmensa e incesante presión de la opinión pública. Esto es sencillamente asombroso, porque hay muchos miles de ignorantes por cada uno que conoce la verdad. Ellos piensan: “Hemos de apresurarnos para conseguir posesiones y riquezas; lo que los demás piensen de nosotros lo es todo en la vida.”

También una gran cantidad de conceptos se vierten a chorros por parte de aquellos que quieren ganar posiciones y obtener invitaciones a determinados bailes y ágapes, para hacerse con un duque o con un conde en su lista de invitados, etc., etc. Igualmente, en los asuntos religiosos hay un vasto

océano de falsos conceptos moviéndose a nuestro alrededor, pues los liberales son pocos y son millones los que no lo son. También abundan los engaños sociales, como por ejemplo la mojigatería de Inglaterra, donde incluso se considera indecoroso hablar de cuestiones sexuales, de manera que por falta de una pequeña información, de un simple conocimiento, los jóvenes crecen en peligro y algunas veces se precipitan en un inesperado desastre porque existe una corriente de corrupción que siempre circula en la cual es muy fácil que se precipite el ignorante. La gente considera las costumbres de la época clásica de Grecia y Roma como indecentes por muchos conceptos, pero en memoria de esas épocas me siento obligado a decir que éstas están muy lejos de poder ser consideradas tan depravadas como las de la Europa actual.

Los que entendemos más del aspecto interno de las cosas, tenemos que oponernos a esta tremenda disparidad y hemos de decirnos: “No, esto no es así; todo esto es irreal y nosotros pedimos ser conducidos desde lo irreal a lo real.” Lo real es la vida inmanente, la vida que persiste; la vida que, como dicen las Escrituras, “se oculta con Cristo en Dios.” Vivir en esa realización constantemente y considerar lo externo como de importancia no esencial no es fácil, pero eso es exactamente lo que hay que hacer. Uno de nuestros Maestros ha dicho: “El que quiera seguirnos debe dejar su mundo y venir al nuestro.” Esto no significa que uno tenga que abandonar la vida diaria y vivir como un ermitaño —esto implica que, aún más que antes, hemos de cumplir con entusiasmo todos los deberes que nos correspondan en este extraño juego de la vida— sino que significa que el aspirante debe abandonar su actitud ordinaria y adoptar la de los Maestros.

Los que logren triunfar en estos esfuerzos llegarán algún día a ser aceptados como discípulos por uno u otro de los Maestros. Cuando el pensamiento del hombre llega a formar parte del de su Maestro, el discípulo puede poner a prueba

su pensamiento con el del Maestro, el cual jamás se ve afectado por la multitud, y puede ver exactamente lo que Él piensa sobre cualquier tema. De esta manera, el discípulo pronto se situará en el camino del Maestro y comprenderá Su punto de vista, si bien al principio se sentirá continuamente desconcertado ante reacciones inesperadas. Las cosas que antes parecían tener mucha importancia, ahora carecen por completo de ella, y otras cosas que le habían pasado inadvertidas por considerarlas de relativa importancia, se presentan ahora con un gran significado porque, de alguna manera, en mayor o menor grado, redundan en nuestro propio beneficio y afectan nuestra capacidad de ser útiles, y cualquier cosa que afecte a esta capacidad es importante, porque ahí es donde contactamos con lo real.

La presión que asalta la mente con todo lo que nos rodea en el plano astral y en el mental, no se deriva en absoluto de lo superior. Hemos de cerrar nuestros oídos a todo eso y hemos de abrirlos únicamente al sonido que llega desde arriba; a la voz y al pensamiento del Maestro. No es de extrañar que, antiguamente, en la India y en otros países, cuando los hombres se disponían a vivir la vida espiritual, lo primero que hacían era separarse de la vida ordinaria y aislarse e instalarse en una cueva o en la selva. Obtenían la ventaja de huir de esta presión de la opinión ignorante, y quedaban en mayor libertad para seguir su propio camino. Muchos de los santos del cristianismo también se retiraron de la vida activa del mundo y se hicieron monjes y ermitaños o se asociaron con personas que pensaban como ellos.

Esta ventaja del retiro todavía es mayor para aquellos que tienen el privilegio de estar en el aura del Maestro o de alguno de Sus discípulos más avanzados. Las vibraciones de esa aura están actuando constantemente en los cuerpos del discípulo, armonizándolos, despojándolos de tipos de materia no apropiada y proporcionándoles la materia requerida. El

estudiante deberá esforzarse constantemente en desarrollar alguna virtud —el amor, por ejemplo. Si se le deja abandonado a sí mismo lo hará de un modo esporádico porque lo relegará constantemente al olvido; pero el aura de su superior lo mantendrá en el más elevado nivel de pensamiento y sentimiento que él desee establecer en sí mismo de una manera permanente. El resultado que se obtiene no es distinto del que se consigue cuando se trata de corregir la malformación de un miembro en una criatura y este miembro se adereza para obligarle a desarrollarse de una manera correcta.

Mientras el discípulo se encuentra en el aura del Maestro se da cuenta de que no podría tener un mal pensamiento aunque quisiera, ya que esto le resulta imposible. En esa situación, la sonrisa aflora a los labios al recordar nuestros pensamientos de ayer y decimos: “Nunca podré tener ese pensamiento de nuevo; todo eso se ha desvanecido como un sueño.” Pero, al día siguiente, cuando estamos alejados del Maestro puede que nos encontremos de nuevo luchando duramente por mantener una actitud elevada, cosa que tan fácil nos parecía al estar en Su presencia.

Los que ahora están encaminándose hacia el Sendero deben tratar de conservar la misma condición mientras permanecen en la vida activa, porque se trata de ayudar al mundo, no sólo por medio de la meditación y del pensamiento —aunque no cabe duda de que el monje y el ermitaño lo hacen— sino incorporándose a sus diversas actividades. Es una idea muy hermosa y un gran privilegio, pero es difícil, muy difícil de realizar.

El resultado de esa dificultad ha sido que muy pocos lo consiguieron realmente. La mayoría se ha contentado con aceptar las enseñanzas teosóficas del mismo modo que, en general, los cristianos aceptan su religión; considerándola

como un hermoso tema para hablar de ello los domingos, pero en absoluto como una actitud a tener en cuenta constantemente a lo largo de todo el día. El estudiante que se toma la vida interna en serio no puede permanecer ignorante de lo ilusorio de las cosas; tiene que ser práctico y consecuente y debe aplicar constantemente sus ideales en la vida diaria. Alcanzar esta constancia es difícil. No es que la gente no esté deseosa de realizar un gran esfuerzo en favor de la idea teosófica. Si pudieran ayudar a un Maestro, si pudieran hacer algún trabajo directamente para El, lo harían, aunque ello les costara la vida. Recordemos lo que dice San Agustín: “Muchos son los que morirían por Cristo, pero pocos los que vivirían por El.” Convertirse en mártir parece magnífico, heroico; es una gran proeza; pero el que llega al martirio tiene la sensación de estar haciendo un esfuerzo extraordinario y la conciencia de esto le hace resistir y aguantar el dolor y el sufrimiento. En ese momento está excitado por este gran acto de heroísmo. Lo que ahora tiene que hacer es mucho más difícil que eso. No es posible mantenerse siempre afectado por este ramalazo de heroísmo en medio de las pequeñas dificultades diarias que constantemente nos abruman. Es muy difícil sostener la misma ecuanimidad mental al tratar día a día con la misma gente fatigante que no quiere hacer las cosas que uno cree que deben hacerse. Vivir por Cristo en todas las pequeñas cosas, eso es lo difícil; y es precisamente porque estas cosas parecen relativamente pequeñas que es tan sumamente difícil seguir el Sendero.

Examinemos estos tres libros; sigamos sus instrucciones y veamos hasta dónde es posible ponerlas en práctica. Otros lo han hecho así, y han logrado llegar al Sendero; ¿por qué nosotros no? Triunfar significa conquistar el yo; significa aceptar los hechos y enfrentarnos a ellos; y donde haya malas hierbas arrancarlas. No importa cuán profundamente arraigadas estén, o cuanto sufrimiento se derive de esto. ¡Fuera

con ellas! Duro trabajo, en verdad, pero los que ya han logrado entrar en alguno de los estados superiores nos dicen que bien merece la pena algún esfuerzo, grande o pequeño, de una vez por todas o muchas veces si es necesario.

CAPÍTULO II

LA INICIACIÓN Y EL ACCESO A ELLA

C.W.L.— El título de este libro fue escogido por nuestra Presidenta entre unos treinta o cuarenta que le fueron presentados a consideración, y también a ella se debe la dedicatoria

A LOS QUE LLAMAN

cuyo simbolismo es obvio: “Llamad y se os abrirá; buscad y hallaréis.” En el prefacio del libro la Dra. Besant dice:

Por ser un hermano de más edad se me ha concedido el privilegio de escribir unas palabras de introducción a este librito, el primero que ha escrito un hermano más joven de cuerpo, ciertamente, pero no de Alma.

He aquí un punto de gran importancia. En la vida ordinaria, considerando solamente este mundo y esta sola encarnación, juzgamos la edad de una persona por la de su cuerpo físico; pero en el progreso oculto consideramos la edad del Ego, del alma interna. Debemos estar alerta para no juzgar solamente lo externo, aunque casi todo el mundo lo hace. El alma crece constantemente, y cuando alcanza un estado superiormente desarrollado a menudo comienza a mostrar signos de su desarrollo en inteligencia, emoción y poderes ocultos, aún cuando el cuerpo físico sea todavía joven. Alcyo-

ne, ciertamente, dio muestras de que éste es su caso, por la extremada rapidez de su progreso. Respondió a las enseñanzas tan plenamente que pudo alcanzar en unos cuantos meses lo que normalmente requiere muchos años, porque para la mayoría de los hombres esto representaría un cambio fundamental de carácter.

Los casos de esta clase irán en aumento debido a la próxima llegada del Instructor del Mundo. Sus principales discípulos deben ser personas en la plenitud de su vida y de su fuerza; la mayoría probablemente no mucho mayores que Él en lo que al cuerpo físico se refiere y los que habrán de ser sus discípulos deben ser ahora jóvenes. Es sumamente probable que algunos de los que ahora son niños entre nosotros puedan convertirse en el futuro en destacados colaboradores, pues es posible que la mayoría de los que están destinados a tan afortunada oportunidad nacerán donde puedan obtener la enseñanza que los capacite para ello, o sea, en familias teosóficas.

Por lo tanto, deberíamos estar pendientes de esas posibilidades y procurar que todo niño que encontremos en nuestro camino sepa de la próxima venida del Instructor del Mundo, para que puedan conocer la posibilidad que se les brinda. Debe dejarse que ellos mismos aprovechen la oportunidad pero, cuando menos, debemos proporcionársela. Sería muy triste que algunos padres tuvieran que oír de su hijo o hija este reproche: “Si me hubierais hablado de estas cosas cuando era joven, podría haber aprovechado la oportunidad, pero me dejasteis crecer sin saber nada de ello; dejasteis que creciera en la vida del mundo y por eso, cuando se presentó la oportunidad no la aproveché.” Hemos de proporcionar la oportunidad, pero cuando hayamos hecho eso, nuestro deber estará cumplido, porque no nos corresponde a nosotros tratar de obligar a nadie en ningún sentido, ni siquiera formular un plan de futuro y esperar que otras personas,

posiblemente con un mayor desarrollo espiritual, se identifiquen con él.

Las enseñanzas contenidas en él le fueron dadas por su Maestro cuando le preparaba para la Iniciación.

La palabra *Iniciación* se ha utilizado a menudo en un sentido muy generalizado; pero tiene un significado técnicamente definido. La misma Madame Blavatsky, en los primeros tiempos lo utilizaba algo libremente, pero como nuestra terminología se ha vuelto más precisa, el significado de la palabra debería limitarse a las grandes *Iniciaciones*, a los cinco pasos en el Sendero propiamente dicho, para utilizar los términos antiguos. En las antiguas escrituras se habla del Sendero Probatorio, del Sendero propiamente dicho, y del Período de Oficio, como de las tres etapas en el desarrollo del ser humano avanzado. El Sendero Probatorio significa el período de prueba para la *Iniciación*; el Sendero propiamente dicho es el Sendero de la Santidad que empieza con la primera de las grandes *Iniciaciones* (aquella en la que el hombre “entra en la corriente”) y termina con la consecución del Adeptado. Hace cuarenta años se solía hablar de la “*Iniciación en la Sociedad Teosófica*” y la palabra todavía se utiliza en relación con las ceremonias masónicas y de otras clases; no debemos, pues, confundir estos conceptos con las grandes *Iniciaciones del Sendero Oculto*.

En los primeros tiempos de nuestro movimiento, el período de prueba para la *Iniciación* se consideraba dividido en etapas que corresponden a las cuatro cualidades de las que trata este libro: discernimiento, carencia de deseos, buena conducta y amor.

No es correcto llamarlas etapas ni hablar de *iniciaciones* entre ellas. Estas cualidades no se van adquiriendo necesari-

riamente en el orden anotado. En los antiguos libros orientales aparecen descritas en ese orden; pero, probablemente, estamos obligados a adquirirlas todas simultáneamente. Hacemos lo que podemos con todas ellas, y para algunos de nosotros adquirir una cualidad puede resultar más fácil que las otras.

El discernimiento ocupa su lugar como la primera de las cualidades porque capacita al hombre para decidir su entrada en el Sendero. El nombre budhista de esta cualidad es *manodvâravajjana*, “la apertura de las puertas de la mente”, lo cual significa que la mente del hombre se abre, por primera vez, para ver que las cosas espirituales son las únicas cosas reales, y que la vida mundana ordinaria no es más que una pérdida de tiempo. Los hindúes lo llaman *viveka*, que significa discernimiento. Los cristianos llaman a esta realización *conversión*, palabra que también es muy expresiva, porque conversión significa la acción de dar la vuelta y reunirse; se deriva del supino de *verto* y de *con*, que significa junto.

Esto quiere decir que el hombre, al haber seguido su propio camino sin pensar para nada en la Voluntad Divina, ha comprendido ya la dirección en la que esa Divina Voluntad quiere que fluya la corriente de la evolución y da la vuelta para ponerse al paso con esa corriente. En muchas sectas cristianas, la palabra ha degenerado hacia una especie de condición espasmódica o histérica; pero incluso así, implica la idea de dar la vuelta para caminar al paso con la Divina Voluntad. Mucho de esto lo expresó el apóstol cuando dijo: “Pon tus afectos en las cosas de arriba y no en las cosas de la tierra.”

Así como hay etapas en el Sendero, también hay otras etapas definidas que indican los grados de relación personal del discípulo con el Maestro que lo prepara para la Iniciación. Las Iniciaciones se otorgan por la Gran Fraternidad Blanca, en nombre del Iniciador Único, que es su Jefe —y solamente

por Su mandato. Pero las relaciones del discípulo con su Maestro son sólo de su incumbencia. Primero se puede ser un aspirante a prueba, segundo, un discípulo aceptado; tercero, lo que se llama un hijo del Maestro; estas relaciones son privadas y no deben confundirse con las Iniciaciones que sólo son dadas por la Gran Jerarquía.

La primera Iniciación es la etapa que hace a un hombre miembro de la Gran Fraternidad Blanca. Antes de eso, el hombre no está realmente en el Sendero, pero se está preparando para ello. La Iniciación no se otorga de una manera arbitraria, sino en reconocimiento de haber alcanzado una determinada etapa de evolución —lo que se ha dado en llamar la unión del Yo superior con el yo inferior, la unión del Ego con la personalidad. Un hombre que desee situarse como candidato a la Primera Gran Iniciación debe adquirir las cualidades descritas en este libro y hacer de su personalidad una expresión del Ego; no debe haber una personalidad que destaque y tenga deseos propios opuestos a los del Ego reencarnante.

El cambio que entonces se produce se refleja en las ilustraciones que aparecen en *El Hombre Visible e Invisible*. El cuerpo astral del salvaje está lleno de colores que indican toda una serie de bajas pasiones y es de un perfil irregular, porque el hombre no tiene ningún control sobre el mismo; y los cuerpos astral y mental no indican ninguna relación entre ellos. El cuerpo causal está manifiestamente vacío; el cuerpo mental está poco desarrollado y, como hemos dicho, no tiene ninguna relación con el astral. En el cuerpo astral del salvaje existen toda clase de emociones y pasiones que no tienen nada que ver con la mente. El salvaje no piensa en ellas; no sabe aun cómo pensar; las pasiones, simplemente, están ahí y se deja arrastrar por ellas.

Sin embargo, en el hombre adelantado, todos esos vehículos están íntimamente unidos. El cuerpo causal está ocupado en lugar de estar vacío; en él están ya plenamente desarrollados todos los diferentes colores demostrativos de que las virtudes superiores están desarrolladas en él, y que ya está empezando a prodigar su ayuda a los demás. El cuerpo mental contiene los mismos colores, algo más fuertes pero, de cualquier modo, los más delicados en su matiz y representan el cuerpo causal en el nivel más inferior. El cuerpo astral, a su vez, es un espejo del mental —ahí están los mismos colores, sólo que un poco más oscuros y densos, por hallarse en un plano más bajo.

El yo del salvaje se expresa en toda clase de emociones y pasiones, las cuales, posiblemente, el Ego no podría aprobar, pero en el hombre desarrollado no hay más emociones que las que él quiere tener. En lugar de regirse por sus emociones y de someterse a ellas, simplemente, las selecciona. Dice: “El amor es bueno; dejaré que el amor me invada; la devoción es buena: dejaré que la devoción se apodere de mí; la comprensión —hermosa cosa— dejaré que me invada la comprensión. Y esto lo hace con los ojos abiertos, intencionadamente. Las emociones quedan, pues, bajo el dominio de la mente; y esa mente es una expresión del cuerpo causal, de modo que nos vamos acercando a la condición de la unión completa del Ego con el yo inferior.

No hay que pensar que en el hombre existen dos entidades. No hay nunca un yo inferior como ser separado, sino que el Ego hace descender un diminuto fragmento de sí mismo hasta la personalidad para experimentar las vibraciones de los planos inferiores. La personalidad llega entonces a estar mucho más vívidamente activa porque se encuentra en un medio en el que puede responder a esas vibraciones; por consiguiente, se olvida de que pertenece al Ego y se identifica con las cuestiones de la vida por su propia cuenta e intenta

proceder como mejor le parece prescindiendo de los intereses del Ego. Sin embargo, en el transcurso de muchas encarnaciones el Ego se va fortaleciendo y entonces el hombre puede darse cuenta de que la personalidad no es más que una expresión de sí mismo, el Ego reencarnante, y que cuando la personalidad trata de ser el dueño en lugar del servidor, se equivoca y necesita controlar la personalidad. Así pues, es de nuestra incumbencia mandar en la personalidad para que se exprese el Ego y nada más. Esto es lo que el señor Sinnett llama ser reales con el Yo superior. En *La Voz del Silencio* se dice que el discípulo deberá matar la forma lunar. Eso se refiere al cuerpo astral. No quiere decir que hemos de cometer un asesinato astral, quiere decir que el cuerpo astral no debe tener existencia más que como una expresión de lo superior, que en lugar de tener sus propias pasiones y emociones debe reflejar solamente las que el Ego disponga.

Tal es la condición a alcanzar antes de poder ser presentado para la Primera Iniciación. El hombre debe tener el control de sus cuerpos físico, astral y mental. Todos ellos deben ser los servidores del Ego. Lograr ese dominio requiere muchísimo trabajo para el hombre corriente y hay muchos que pueden decir: “Yo no puedo hacer eso; es inútil hablar de ello.” Evidentemente, este es un ideal demasiado elevado para exigirlo de golpe a todo el mundo; pero no debería ser una exigencia tan seria si se hace a aquellos que han estado meditando y pensando en estas cosas durante muchos años. Ciertamente, no es fácil desprenderse, una a una, de toda una serie de pasiones y controlar los cuerpos astral y mental; estas cosas son difíciles, pero vale la pena intentarlo ya que los resultados que se obtienen como consecuencia son incomparables en proporción con los esfuerzos realizados. La idea de capacitarnos para ser más útiles al Instructor del Mundo es un incentivo más y un estímulo en esta ardua empresa. Aquellos que llegan a estas Iniciaciones no lo hacen para ellos

mismos, para escapar al dolor y al sufrimiento del mundo, sino para poder ser útiles en el grandioso plan.

En la existencia humana hay ciertos cambios definidos que superan a todos los demás. El primero de ellos es cuando el hombre se individualiza y entra en el reino humano —cuando llega de la etapa animálica y empieza su carrera como Ego. Su consecución del Adeptado en la Quinta Iniciación es el otro; indica su salida del reino humano porque entonces entra en una etapa superhumana. Esa es la meta para toda la humanidad; es el punto que hemos de esforzarnos por alcanzar en esta cadena de mundos. Al final de este período, el hombre que ha logrado lo que Dios quiso para la humanidad, que ha llevado a cabo por sí mismo y hasta el máximo el designio divino, trasciende el reino humano y muchos de nosotros puede que lo hagan mucho antes de que el período concluya.

Entre estos dos cambios hay otro punto absolutamente de la mayor importancia: la clara “entrada en la corriente” en la Primera gran Iniciación. Las palabras que se pronuncian al admitir al candidato en la Fraternidad incluyen esta afirmación: “Ahora estás a salvo para siempre; has entrado en la corriente; que alcances pronto la otra orilla.” El cristiano le llama “el hombre que se salvó, que está a salvo”. Esto significa que está totalmente seguro para proseguir en esta corriente actual de evolución; seguro de que no será separado el día del juicio, en la próxima Ronda, como un escolar que va muy rezagado respecto al resto de su clase.

El Iniciado tiene que obtener la Segunda, Tercera y Cuarta Iniciaciones antes de alcanzar el Adeptado, que es la Quinta, pero cuando alcanza esa etapa une la Mónada y el Ego, de la misma manera que antes había unido el Ego y la personalidad. Cuando el hombre ha logrado la unión del Yo superior con el yo inferior, su personalidad deja de existir excepto

como expresión del Ego; ahora tiene que empezar de nuevo ese proceso, por así decirlo, y tiene que hacer del Ego una expresión de la mónada. Si más allá existe otro estado de parecida condición, no lo sabemos, pero sí es cierto, por lo menos, que cuando alcancemos el Adeptado descubriremos que ante nosotros se abre una maravillosa perspectiva de progreso todavía mayor.

La gente se pregunta con frecuencia cuál será el fin de esta evolución que se despliega ante nosotros. Por lo que a mí respecta, no sé si hay un final o no. Un gran filósofo dijo una vez: “Es igualmente inconcebible que haya un fin o que no lo haya; sin embargo, una de las dos cosas debe ser cierta.” Algunos hablan de absorción en lo Supremo; pero de eso no sabemos nada. Sí sabemos que nuestra conciencia continúa expandiéndose; que ante ella hay una gradación tras otra, hacia arriba y más allá de la nuestra. Sabemos que es posible alcanzar el nivel búddhico y obtener así una enorme expansión de conciencia, de forma que además de ser uno mismo, también se es otra y más magnífica persona.

Con esto, no es que perdamos en absoluto nuestra individualidad, sino que sentimos que la hemos ampliado tanto, que somos capaces de sentir a través de los demás igual que sentimos a través nuestro. Todos los que puedan hacer esto en la meditación deberían continuar la práctica y expandirse cada vez más, hasta que la conciencia abarque no solamente a aquellos que están por encima de nosotros, sino también a los que están por debajo, aunque los que están más arriba llegan primero porque son mucho más fuertes; con una fuerza mucho más tremenda. Esa expansión tiene lugar gradualmente y uno se abre camino, subplano tras subplano de la conciencia búddhica hasta que, de inmediato, aprende a desarrollar el vehículo búddhico —el cuerpo que puede usar en esas maravillosas alturas desde las cuales todas las esferas parecen una sola y puede desplazarse eficazmente por el

espacio sin atravesarlo, en el sentido que nosotros le damos a esta palabra.

Ahora bien, puesto que esa experiencia la hemos pasado algunos de nosotros, queda justificado el que asumamos que la ulterior expansión de conciencia será algo por el estilo. Hemos alcanzado esa unidad sin perder en lo más mínimo nuestro sentido de individualidad, sin sentirnos sumergidos en un radiante mar, como dice el poeta, sino antes bien, sintiendo que el radiante mar se ha fundido en la gota.

Por paradójico que pueda parecer, la sensación es ésa; la conciencia de la gota se dilata en la conciencia del mar. Siendo esto así, en todo lo que se nos alcanza, quedamos ciertamente justificados al asumir que no habrá ningún cambio repentino en este método. No se puede concebir que nos sumerjamos en algo y perdamos al hacerlo esa conciencia que nos ha costado tanto tiempo desarrollar. Yo creo que la conciencia se expandirá de tal modo que podremos convertirnos en uno con Dios, pero sólo en el sentido en que Cristo lo expuso cuando dijo: "Vosotros sois dioses; todos vosotros sois los hijos del Altísimo."

Podemos retroceder a lo lejos en la evolución y también podemos mirar muy lejos hacia el futuro. Podemos estar seguros de un futuro de millones de años de útil actividad en niveles espléndidos, cuya gloria, poder, amor y desarrollo son inconcebibles aquí abajo; pero esos niveles están más allá de lo que sabemos. Si consideramos esta cuestión desde el punto de vista racional difícilmente podemos esperar desentrañarla. Si la finalidad de todo esto fuera algo que ahora pudiéramos comprender, sería un final muy pobre, completamente desproporcionado con todas las etapas que a él conducen.

Nuestro intelecto es una cosa limitada —de sus limitaciones nadie se da cuenta hasta que se alcanza el desarrollo superior y se empieza entonces a ver que el intelecto del que

tanto nos hemos ufano es, en realidad, una nimiedad, un comienzo solamente, una semilla de un árbol futuro. En comparación con el intelecto del futuro, el hombre sólo tiene ahora un intelecto infantil, aunque sea esperanzador, ya que ha hecho mucho hasta ahora y promete más aún. Pero comparado con el intelecto de los Grandes Seres, es todavía el de un niño pequeño. Por esta razón aún no puede alcanzar las elevadas cimas ni las grandes profundidades, y no podemos esperar comprender ni el principio ni el fin. Yo, por lo menos, estoy más que deseoso de admitir, con toda franqueza, que desconozco absolutamente cuál es la meta que lo Supremo tiene en Su mente, excepto que Él es.

El metafísico y el filósofo especulan sobre estas cosas y obtienen de sus esfuerzos un considerable desarrollo de la mente y del cuerpo causal. Los que se sienten atraídos por esas especulaciones no hacen ningún mal en ceder a ellas; pero creo que deberían entender claramente que son imaginaciones. El filósofo no debería desarrollar sus teorías como sistema y esperar que las aceptemos, porque es sumamente probable que le hayan pasado desapercibidos una gran cantidad de factores esenciales. Por lo que a mí respecta, no especulo. Siento que el esplendor y la gloria que, indiscutiblemente, se encuentran más allá de nosotros, son más que suficientes para satisfacer todas nuestras aspiraciones. "Ni el ojo ha visto, ni el oído oyó, ni el corazón del hombre ha podido concebir las cosas que Dios ha preparado para aquellos que Le aman." Esto es tan cierto ahora como lo fue hace dos mil años.

CAPÍTULO III

COMO LLEGÓ A ESCRIBIRSE ESTE LIBRO

C.W.L.— El Prefacio de la Dra. Besant (fechado en diciembre de 1910) sigue explicando cómo escribió Alcyone el libro:

Y las transcribió de memoria despacio y laboriosamente porque su conocimiento del inglés del año pasado era mucho menos fluido de lo que es ahora. La mayor parte es una reproducción de las propias palabras del Maestro; las que no son una reproducción verbal son el pensamiento expresado con las palabras de Su discípulo. Dos frases que se pasaron por alto fueron suplidas por Maestro. En otros dos casos, se añadió una palabra que faltaba. Aparte de esto, es totalmente de Alcyone; su primera dádiva al mundo.

Lo que sigue sobre lo que sucedió es de mi propia cosecha, tal como se da en *Los Maestros y el Sendero*:

La historia de cómo llegó a escribirse este libro es relativamente sencilla. Cada noche yo tenía que acompañar a este muchacho en su cuerpo astral a la morada del Maestro para poder recibir instrucción. El Maestro dedicaba alrededor de unos quince minutos cada noche para hablar con él, pero al final de cada charla Él siempre resumía los puntos principales de lo que había dicho en una simple frase o en unas cuantas frases, haciendo así un fácil y breve resumen que se le repetía al muchacho para que lo memorizara. El muchacho

recordaba ese resumen por la mañana y lo plasmaba por escrito. El libro consiste en estas frases del compendio de las enseñanzas del Maestro hecho por él mismo y con sus palabras. El muchacho las ponía por escrito muy laboriosamente, porque su inglés no era muy bueno por aquel entonces. Sabía todas estas cosas de memoria y no se preocupaba especialmente por las notas que había tomado. Un poco más adelante, el muchacho fue a Benarés con nuestra Presidenta. Cuando llegó allí me escribió. Yo estaba entonces en Adyar, y me pedía que recogiera y le enviara todas las notas que había tomado de lo que el Maestro había dicho. Yo arreglé estas notas lo mejor que pude y las mecanografié.

Entonces me pareció que, como estas notas eran casi exclusivamente palabras del Maestro, tenía que asegurarme de que no había habido ningún error al transcribirlas. Por consiguiente, tomé la copia mecanografiada que había hecho para el Maestro Kuthumí y le pedí que tuviera la bondad de revisarla. Él lo hizo así y corrigió una o dos palabras, aquí y allá, añadió algunas notas explicativas y unas cuantas frases más que yo recordaba haberle oído decir al señor Krishnamurti. Luego dijo: "Si, parece correcto; está bien"; pero añadió, "Vamos a enseñárselo al Señor Maitreya". Y entonces fuimos los dos; El tenía el manuscrito y se lo enseñó al mismo Instructor del Mundo, quien lo leyó y lo aprobó. Fue Él quien dijo: "Debéis hacer un hermoso librito con este trabajo para presentar Alcyone al el mundo." Nosotros no habíamos tenido la intención de presentarlo al mundo; no habíamos considerado deseable que tan grandes pensamientos apareciesen como de un muchacho de trece años que todavía tenía que terminar su educación. Pero en el mundo oculto hacemos lo que se nos dice y por eso este libro se entregó al impresor tan pronto como pudimos.

Todos los inconvenientes que esperábamos de una publicidad prematura ocurrieron; pero con todo, el Señor Maitreya

tenía razón y nosotros estábamos equivocados; porque el bien que se ha derivado de ese libro supera, en toda medida, las preocupaciones que nos ha creado. Muchísima gente, literalmente hablando miles y miles de personas, han escrito para decir cómo este librito había cambiado sus vidas, de qué manera las cosas habían tomado un nuevo significado para ellos por haberlo leído. Se ha traducido a veintisiete idiomas. Se han hecho unas cuarenta ediciones del mismo ¹ o tal vez más, y se han imprimido alrededor de cien mil ejemplares. Ahora mismo se está preparando una edición de un millón de ejemplares en América. Con este libro se ha hecho un maravilloso trabajo. Lo más importante es que ostenta el imprimatur especial de Instructor del Mundo, que está por venir y esto es lo que lo hace más valioso —el hecho de que, en cierto modo, nos muestra lo que van a ser Sus enseñanzas.

1 Desde el momento en que este libro se publicó por primera vez hasta hoy, son incontables las ediciones que se han llegado a editar del mismo, y siguen editándose todavía

CAPÍTULO IV

LA ORACIÓN PRELIMINAR

C.W.L.— La Dra. Besant termina con un buen deseo para todos nosotros:

Que este libro pueda ayudar a otros, como las enseñanzas de viva voz le ayudaron a él —esa es la esperanza con la que él lo da. Pero las enseñanzas sólo pueden ser fructíferas si se viven como él las ha vivido, desde que brotaron de los labios de su Maestro. Si se sigue el ejemplo, así como el precepto, entonces, tanto para el lector como para el que lo escribió, el gran Portal se abrirá de par en par, y sus pies hollarán el Sendero.

Revisando este libro la Dra. Besant dijo: “Muy raramente se dan a los hombres palabras como éstas; enseñanzas tan directas y tan bellamente expresadas.” Por esta razón, ciertamente, cada palabra del mismo es merecedora de nuestra más atenta consideración.

Al principio del libro, antes de entrar incluso en el Prefacio de Alcyone, se inserta la antigua plegaria traducida del sánscrito:

*Condúceme de lo ilusorio a lo Real
Condúceme de las tinieblas a la Luz
Condúceme de la muerte a la Inmortalidad*

La utilización de la palabra 'real' en este caso puede originar alguna desorientación. Cuando decimos 'real' e 'irreal', la idea que acude a nuestra mente es que una cosa tiene una existencia definida y la otra no. Lo irreal, para nosotros es puramente imaginario. Pero esto no es precisamente lo que los hindúes entienden por esta expresión. Tal vez nos aproximaríamos un poco más a su significado si dijéramos: "Condúceme de lo impermanente a lo permanente."

La afirmación de que los planos inferiores, físico, astral y mental, son irreales conduce a menudo a una preocupante confusión. Estos planos no son irreales en su propio nivel y mientras perduran. Los objetos físicos parecen perfectamente reales mientras estamos en el plano físico, pero cuando el cuerpo se duerme y utilizamos nuestra conciencia astral en lugar de la física, esos objetos dejan de ser visibles para nosotros porque hemos pasado a un plano más elevado. Por esta razón algunas veces la gente dice que son irreales. Pero, precisamente es mucho más razonable decir que el plano astral es irreal porque no vemos sus objetos cuando estamos en el plano físico. Tanto los objetos del plano físico como los del astral están siempre ahí; son visibles para aquellos cuya conciencia está respectivamente en cada plano.

En todo lo que se me alcanza, toda manifestación es impermanente; sólo lo inmanifestado es siempre y absolutamente lo mismo. Toda manifestación, incluso la de los planos más elevados, pasará un día otra vez a lo Inmutable, de modo que la diferencia entre lo que normalmente llamamos impermanente y aquello que se encuentra en los planos superiores, sólo es cuestión de tiempo, el cual, en comparación con la eternidad puede no significar nada. El plano físico, pues, es tan real como el plano nirvánico y es, ciertamente, una expresión de la Deidad, de modo que no debemos de formar-

nos la idea de que algunas de estas cosas son reales y las otras un simple sueño o fantasmagoría.

Otra teoría comúnmente sostenida es que la materia es mala; pero eso no es así en absoluto. La materia es una expresión de lo divino lo mismo que lo es el espíritu; ambos son uno en Él —dos expresiones de Él. La materia opera a menudo para poner obstáculos a nuestro progreso, pero sólo cuando se utiliza así para retrasar nuestro camino; También un hombre que se corta con un cuchillo podría decir que los cuchillos son malos. Considerando la flexibilidad de las palabras sánscritas, igualmente podríamos traducir la primera línea como "Condúceme de lo falso a lo verdadero". 'Verdadero', 'permanente', 'real' —estas palabras parecen abarcar el mismo sentido, de modo que lo que estamos diciendo es más bien que desde lo externo, donde la ilusión es mayor, se nos conduzca a lo interno que está más cerca de la verdad absoluta.

La segunda petición es: "Condúceme de las tinieblas a la luz", —es decir, evidentemente, de las tinieblas de la ignorancia a la luz del conocimiento. La plegaria está dirigida al Maestro; le pedimos que nos ilumine con Su sabiduría. También hay un segundo sentido relacionado con esto en la India, porque en esas palabras se da por sentado que se le pide que nos conduzca hasta el conocimiento de los planos superiores, y aquí tenemos un pensamiento más bien inspirador que encontraremos en algunos de esos antiguos textos: que la luz del plano inferior son las tinieblas del plano que le sigue. Eso es maravillosamente cierto. Lo que aquí se considera como luz, es sombra y oscuridad comparado con la luz del mundo astral y, a su vez, esa luz astral es pobre en comparación con la luz del plano mental. Es muy difícil explicar esta diferencia en palabras porque cada vez que ascendemos un plano en nuestra conciencia tenemos la impresión de algo mucho más maravilloso de todo lo que

habíamos conocido antes —mayor poder, mayor luz, mayor bienaventuranza.

Cuando el hombre realiza un claro desarrollo de conciencia piensa: “Ahora, por primera vez, sé lo que la vida significa realmente, sé lo que es la felicidad y cuán espléndidas son todas estas cosas.” De modo que cada plano está absolutamente desfasado de toda proporción y es superior al plano que está por debajo de él, de manera que, por ejemplo, regresar incluso desde el astral, el plano superior inmediato, al plano físico, es como salir de la luz del sol y adentrarse en una oscura mazmorra. Cuando el hombre puede actuar conscientemente en el nivel mental descubre una expansión en muchas direcciones, completamente más allá de lo que él conoce del astral. Cuando puede alcanzar la conciencia búddhica por primera vez, percibe un poquito de cómo Dios ve las cosas. Entonces, uno llega a contactar con la Divinidad y empieza a saber cómo Él, que está en todo, siente a través de todo. Se dice que “En Él vivimos y nos movemos y tenemos nuestro ser”, y que “De Él y por Él y para Él son todas las cosas” (Romanos XI, 36.); y todo eso no es solamente una bella expresión poética, sino que representa una realidad efectiva. Existe una gloriosa unidad —no sólo una fraternidad, sino una unidad de hecho— y cuando el más mínimo fleco de todo eso puede alcanzarse, por primera vez, uno empieza muy tímidamente a comprender cómo siente Dios cuando contempla Su universo y dice: “Es un buen universo”. Y así, desde las tinieblas de los planos inferiores pedimos ser conducidos a la luz de la conciencia superior —y esto es luz comparado con las tinieblas. Ninguna fraseología podría ser más adecuada; ninguna expresión podría demostrar con más exactitud lo que se siente.

Luego decimos: “Conduceme de la muerte a la inmortalidad”. Esto no tiene el significado que a primera vista le daría una persona religiosa corriente, porque la actitud de los

teósofos ante la muerte debería ser distinta a la del hombre que no ha estudiado estas cosas —en realidad tiene que ser una actitud totalmente opuesta. La muerte no es un horror, ni es el rey del terror, sino más bien un ángel llevando una llave de oro para abrirnos la puerta a una vida más plena y más elevada. Desde luego, siempre sentimos dolor por los que mueren; pero ese dolor es por “el contacto de la mano que se desvanece y por el sonido de la voz que ha quedado silenciosa”. Y cuando pedimos que se nos conduzca de la muerte a la inmortalidad no queremos decir en absoluto lo que piensan los cristianos: que quisieran vivir para toda la eternidad en su actual personalidad, de una u otra manera. Sin embargo, sentimos un claro deseo de escapar de la muerte y de su inseparable compañero el nacimiento. Lo que el hombre tiene ante sí es lo que el budhista llama *Sansâra*, la rueda de la vida. La plegaria ahora es: Desde este ciclo de nacimientos y muertes conduceme a la inmortalidad —a la vida que está más allá del nacimiento y de la muerte, que no necesita sumergirse en los planos inferiores porque su evolución humana ha terminado y ha conseguido todo lo que la materia tenía que enseñarle.

Aunque la gente nunca parece darse cuenta de ello, esa idea predomina también en las escrituras cristianas. El cristianismo moderno padece ciertas obsesiones —no sé si se las podría llamar de alguna otra manera—, y una de ellas es el terrible concepto de un infierno eterno. Esa creencia ha edificado también una nube de incomprensión sobre muchas otras doctrinas. Toda la teoría de la salvación ha venido a significar la salvación de este infierno que no existe; un infierno eterno inexistente, siendo así que no significa eso en absoluto, y todos los pasajes que se supone que hablan de eso, que parecen tan incomprensibles, se vuelven claros y diáfanos cuando se interpreta que realmente es el nacimiento del Cristo en el corazón del hombre lo que le salva.

El Cristo hablaba a menudo a la gente del ancho camino que conduce a la muerte o destrucción y de los muchos que por él caminan. Sus apóstoles, acercándose a Él le preguntaron una vez: "Señor, ¿son unos pocos los que se salvan?" Entonces Él dijo: "Estrecha es la puerta y angosto el camino que conduce a la vida y pocos serán los que lo encuentren." En realidad, los hombres han interpretado estas palabras tan hermosas y perfectamente válidas en el sentido de que la mayoría de la humanidad será precipitada a un infierno eterno, que muy pocos, en verdad, llegarán a alcanzar el cielo; pero es totalmente ridículo atribuir esa idea al Cristo. Lo que Él quiso decir está perfectamente claro. Los discípulos le estaban preguntando cuántos entrarían en el sendero de la Iniciación y Él dijo: "Pocos", lo cual es tan cierto en nuestros días como lo era entonces. Cuando Él dijo: "Ancho es el camino que conduce a la muerte y muchos los que lo siguen", se refería al camino que conduce al ciclo de nacimientos y muertes. Desde luego, es verdad que ese camino es ancho y llevadero; no hay obstáculos de ninguna clase para seguir esa línea de desarrollo, y aquellos que lo hacen llegarán a la meta con facilidad, más o menos al final de la séptima Ronda.

Pero estrecha es la puerta y angosto el camino que conduce a la Iniciación, hacia el reino de los cielos. Cuando Cristo habla del reino de los cielos nunca dice el mundo celestial, el estado después de la muerte, el devachán, sino que siempre habla del cuerpo de los que se han salvado, de la compañía de los elegidos, es decir, de la Gran Fraternidad. Cuando se refiere a las condiciones de la vida entre la muerte y el nacimiento encontramos una serie de palabras muy distintas. Recuérdese el pasaje escrito por San Juan: "Y he aquí una gran muchedumbre que nadie podría contar, de todas las naciones, tribus, pueblos y lenguas, de pie, ante el Trono y delante del Cordero, cubiertos de blancas vestiduras y con palmas en las manos" (Apocalipsis, VII.). Cuando se habla de

esas condiciones se habla de una vasta multitud que ningún hombre podría contar, no de unos cuantos que encontraron su camino con dificultad.

CAPÍTULO V

EL ESPÍRITU DEL DISCÍPULO

C.W.L.— Llegamos ahora al Prefacio del mismo Alcyone:

Estas palabras no son mías; son del Maestro que me enseñó. Sin Él no podría haber hecho nada; pero con Su ayuda he puesto mis pies en el Sendero.

Él atribuye su progreso principalmente a la influencia y ayuda de su Maestro. Nosotros tenemos mucha ayuda de la que él recibió porque tenemos el mensaje de este libro que son las palabras del Maestro; pero, además, esta gran ayuda de Su presencia y de su guía personal está lista y a punto para cada uno de nosotros. Esto debe quedar grabado en nuestras mentes como una realidad; debemos confiar en esto como un hecho absolutamente cierto. Igual que Alcyone fue ayudado, también serán ayudados aquellos que se dispongan a prepararse para recibir esa ayuda.

Vosotros también deseáis entrar en el mismo Sendero, de modo que las palabras que Él me dijo también os ayudarán a vosotros si queréis obedecerlas. No es suficiente decir que son verdaderas y bellas; el que desee tener éxito debe hacer exactamente lo que se dice. Mirar la comida y decir que es buena no satisfará a un hambriento; tiene que alargar su mano y tomarla. Así

pues, no basta con escuchar las palabras del Maestro; tenéis que hacer lo que Él dice, atendiendo cada palabra, aprovechando cada indicación.

No basta decir: "Haré todo lo que está escrito en el libro"; sus enseñanzas tienen que impregnar cada parte de la propia vida. Hay que estar alerta ante las oportunidades. Hay una pequeña estrofa de una poesía al final del libro que expresa esto muy bien:

*Aguardando la palabra del Maestro,
Atentos a la Recóndita Luz;
Escuchando para captar Sus mandatos
En medio mismo de la lucha;
Reconociendo Su más sutil indicio
A través de las testas de la multitud;
Escuchando Su más leve susurro
Por encima del ruidoso canto de la tierra.*

En medio de todo el bullicio, ajeteo y excitación de la lucha por la vida, debemos estar atentos todo el tiempo si se aspira a ser un discípulo del Maestro. Deben buscarse afanosamente las oportunidades de poner en práctica cualquiera de las enseñanzas. Después de todo, esto no es realmente difícil porque es principalmente cuestión de hábito. *Ce n'est que le premier pas qui coute* [Sólo es el primer paso el que cuesta]. Cuando se ha formado el hábito, es tan fácil estar vívidamente alerta para esto durante todo el tiempo, como lo es para el hombre de negocios que está buscando la oportunidad de hacer dinero. Es verdad que el hombre debería mantenerse en constante vigilancia, porque mientras está entregado a los negocios su deber es hacerlo bien. Pero si él puede estar ansioso por las cosas temporales, seguramente

nosotros podríamos igualmente estar todavía más ansiosos por estas cosas de la vida superior.

Es muy importante que aquellos que deseen llegar a los pies del Maestro comprendan su actitud. Es la misma a la que nos induce el estudio teosófico. Pero la actitud es realmente lo que pretende el estudio, porque la Teosofía es para vivirla, no simplemente un sistema de educación. Por lo tanto, debemos tratar de sintonizar nuestras intenciones con las Suyas, pero sin forzarlas en absoluto. Lo más inteligente para cualquiera de nosotros no será adoptar un punto de vista meramente porque es el del Maestro, sino comprender cómo Él ha llegado a ello. Deberíamos tener una confianza absoluta al adoptarlo, porque Él sabe mucho más que nosotros, pero no es esto lo que el desearía para nosotros. Nuestro intelecto debe estar convencido, y no sólo nuestros sentimientos influidos por Su pensamiento.

El principal requisito es estar completamente convencido a nivel mental de que estas cosas son las más reales, permanentes e importantes. El cristiano, generalmente, afirma con certeza que las cosas invisibles son más importantes que las cosas que se consideran temporales; pero no actúa como si creyera en ello. ¿Por qué? Porque no está convencido. El cristiano está completamente seguro en el plano físico de que el dinero es una cosa importante y que cuanto más dinero pueda conseguir mejor para él; pero no está igualmente convencido de que las cosas espirituales sean reales. Las cosas espirituales pertenecen al grupo de lo subjetivo que él califica de 'religión' y, por alguna razón, no tiene la certeza y no ve el sentido práctico de estas cosas para él como lo ve en las que atañen a la vida ordinaria. Los que tratamos de progresar según estas directrices hemos de introducir precisamente esa cuestión del sentido práctico de las cosas del espíritu, esa absoluta y clara certeza de los reinos de lo invisible. El señor Sinnett dijo en su primer libro sobre

Teosofía: "Estas cosas deben ser tan reales para vosotros como la existencia de Charing Cross"¹; eso es verdad; deberían ser tan familiares como las cosas que vemos cada día.

Pueden llegar a ser así para nosotros mediante el razonamiento sobre ellas o a través de la intuición, o mejor aún, a través de la experiencia directa. Cuando hemos llegado a estar completamente convencidos por el intelecto de que una cosa tiene que ser así, esta cosa se convierte en un hecho para nosotros. Esta es, probablemente, una de las ventajas que tienen los estudiantes más antiguos sobre los más nuevos. Por muy entusiastas que puedan ser los nuevos, los más antiguos han tenido tiempo para vivir estas cosas y para hacer de ellas, poco a poco, grano a grano, por así decirlo, una parte de sí mismos. El conocimiento aumenta cada vez más, como dice el poeta. Hay algunos que tan pronto como oyen hablar de las realidades superiores despiertan en seguida al estado de absoluta certeza de las mismas gracias a una afortunada intuición, que en realidad es su buen karma de vidas pasadas. Pero para la mayoría de nosotros, cuyo karma no ha sido tan bueno como todo eso, el desarrollo gradual tiene mucha importancia. Desde luego, una persona *puede* ser miembro de la Sociedad durante treinta años y, transcurrido este tiempo, puede no saber más de lo que sabía al principio. Esto es una pena porque es una oportunidad que se pierde. Pero para aquellos que piensan constantemente en la Teosofía y la viven, hay una sensación de seguridad que ha ido desarrollándose gradualmente. Las experiencias de la vida y el pensar en estas cosas han acumulado para nosotros, prueba tras prueba, hasta que hemos visto que tiene que ser así.

1 Zona comercial de Londres muy conocida. (N.T.)

En muchos casos, los conceptos teosóficos han parecido difíciles e intrincados al principio, pero posteriormente parecen fáciles y sencillos. Han pasado a formar parte de nosotros mismos. Un niño copia una página de escritura y se siente muy orgulloso si no se equivoca, pero más tarde hará lo mismo sin pensarlo —el hecho de hacerlo se ha convertido en habilidad. Mientras estamos aún realizando esfuerzos para comprender, no hemos descubierto el valor de las verdades teosóficas; más tarde, éstas se convierten en un poder en nuestras vidas.

El sendero del hombre que consigue alguna experiencia personal es más fácil y rápido. Muy pocos de nosotros se quedan totalmente sin esa experiencia e incluso, un solo ápice de conocimiento directo de esa clase nos muestra —no tal vez que todo el resto es verdad, sino que es eminentemente probable. Hemos visto por nosotros mismos que una parte de lo que hemos aprendido lo es; descubrimos que con el resto ocurre probablemente lo mismo, puesto que toda la filosofía teosófica es coherente; y esta probabilidad es tan fuerte que prácticamente se convierte en nosotros en certeza.

Si pasáis por alto una indicación, si omitís una palabra, ésta se pierde para siempre; porque Él no las repite.

A.B.— Mucha gente no comprende que aquellos que oyeron estas cosas una y otra vez, si no tratan de ponerlas en práctica, se encuentran en peor situación, no en mejor, que las personas del mundo externo que no han oído nunca este mensaje. Obsérvese que no digo si ellos no las ponen en práctica, sino si ellos no *tratan* de ponerlas en práctica. Se requiere un tremendo esfuerzo, y esto es lo que se olvida demasiado a menudo. Es verdad que el Maestro nunca habla dos veces; hace una sugerencia; si no se aprovecha, no insiste;

no repite lo que ha dicho. Sólo Sus discípulos, respondiendo a las condiciones del mundo, repiten una y otra vez las cosas que tienen que decir, hasta que producen un impacto. Si sois discípulos aceptados, vuestro Maestro no os dirá que hagáis una cosa si esto no es posible. Si no tenéis en cuenta un consejo que Él os ofrezca, no volverá a repetirlo. Esto es así, no porque no sea bondadoso, sino porque no puede permitirse el lujo de perder el tiempo; tiene demasiado trabajo. Todas estas enseñanzas se le dieron a Alcyone porque él se esforzaba duramente todo el tiempo. Sólo aquellos que se esfuerzan denodadamente son los que pueden llegar a contactar con el Maestro. Ya sé que es precisamente este tremendo e incesante esfuerzo el que muchos de nosotros encontramos tan difícil, pero es lo que hace falta y sin esto no se puede entrar en el Sendero.

C.W.L.— Los que siguen al Maestro y tratan de hacer algo de Su trabajo en el mundo, tienen que repetir constantemente; hay que repetir y repetir una y otra vez las cosas que se nos han encomendado, porque la gente no suele prestar toda su atención; pero cuando uno se pone en contacto con el Maestro, no debe adolecer de esa falta de atención; a partir de ese momento, una simple indicación será suficiente y, en verdad, si no se atiende, no se volverá a repetir, no porque el Maestro sea un instructor orgulloso, sino porque el discípulo todavía no está preparado.

El método utilizado por los Maestros para entrenar a Sus discípulos tiene que entenderse. En realidad, es muy raro que Ellos cursen ninguna orden directa. Yo mismo, cuando estaba en probación hace muchos años, mi primera pregunta fue: "¿Qué puedo hacer? El Maestro respondió: "Eso te corresponde a ti descubrirlo." Entonces aclaró: "Estoy convencido de que si te digo lo que tienes que hacer, evidentemente, lo harás en el acto. Pero en ese caso, tú sólo tendrás el karma de la pronta y rápida obediencia; yo tendré el karma de la

acción. Yo quiero que lo tengas tú; quiero que tú, por ti mismo, hagas las cosas buenas y te crees un buen karma. Eres tú quien tiene que tener la idea, no yo." Los Grandes Seres muy raramente dan órdenes directas; pero a menudo, de algo que dice el Maestro, o incluso de alguna mirada que se desprende de sus ojos, uno se forma una opinión respecto a si Él aprueba o desaprueba alguna cosa; aquellos que están cerca de Él, muy especialmente en el caso del Maestro Kuthumí, aprenden muy rápidamente a darse cuenta de estas cosas; están siempre alerta ante cualquier indicación.

El Maestro Morya fue un rey en los primeros tiempos de su actual encarnación y habla con la autoridad de un rey. Él da órdenes directas a menudo y si desaprueba algo generalmente lo dice con toda claridad. El Maestro Kuthumí siempre ha expresado con más dificultad su desaprobación. Sus discípulos han aprendido a interpretar Su mirada porque raramente dice una palabra de reproche. De modo que lo que pasa es que los discípulos vigilan muy atentamente cualquier cosa que pueda tomarse como un indicio. Cuando esto sucede se esfuerzan por captarlo porque saben que si se deja pasar esa indicación en particular no volverá a repetirseles. Como consecuencia de no haber atendido una sugerencia, al discípulo no se le hará ningún reproche ni le seguirá ninguna pérdida; pero sí tendrá menos posibilidades de recibirla en otra ocasión.

En *Los Maestros y el Sendero*, se ha explicado que los diferentes Maestros preparan a sus discípulos de modos diferentes, según sea el rayo al que pertenecen y según sea el esquema de trabajo que están destinados a seguir. En la línea del Manú y del Maestro Morya hay personas de la clase *kshattriya* —hombres del tipo dirigente, jueces, abogados, oficiales del ejército, hombres de estado. En la línea del Bodhisattva y del Maestro Kuthumí están los del tipo Brâhmana —maestros, sacerdotes, reformadores. Además de és-

tos hay otros cinco importantes rayos con sus características especiales. Un Chohan que ha pasado finalmente la 6ª Iniciación está al frente de cada tipo, mientras que a sus órdenes hay varios Maestros. De este modo, en el 2º rayo, por ejemplo, un discípulo no necesariamente pertenece al Maestro Kuthumí; podría estar destinado al Maestro Djwal Kul.

CAPÍTULO VI

LOS CUATRO SENDEROS INTRODUCTORIOS

C.W.L.— En los libros orientales se nos dice que hay cuatro caminos por medio de los cuales el hombre puede iniciar el Sendero Probatorio. Dicen que el método más frecuente de ese viraje es a través del compañerismo de los que ya están en el Sendero. Eso hace que vean su gloria y su belleza, y la necesidad de seguirlo. La influencia de un discípulo avanzado no queda limitada a las palabras que pronuncia; es la vibración de la vida que irradia de esa persona la que es tan poderosa. Este hecho está completamente reconocido en la India, donde existen muchos instructores de diferentes categorías en diferentes niveles, de diferentes grados de poder, que allí se denominan *gurús*. Cada uno tiene su propio grupo de seguidores y les enseña sus propias ideas sobre filosofía y algunas veces les da *mantras* para que los reciten, formas de meditación y prácticas de yoga a realizar. Sin embargo, no es de ningún modo con estas cosas que les ayuda. Lo más importante es que estarán con él. Si es un aristotélico que va de un lugar a otro, todos le siguen igual que los discípulos de Jesús viajaban con él en Palestina. Si vive en un lugar determinado, estos discípulos se reúnen con él, se sientan a sus pies y escuchan cualquier palabra de sabiduría que pueda expresar, pero el beneficio que obtienen no es tanto por lo que enseña como por la influencia de su presencia.

Este proceso es totalmente científico. Los vehículos superiores del gurú están animados de una serie de vibraciones más elevadas que las de sus discípulos, que han llegado más recientemente que él desde la vida mundana donde las vibraciones son de un nivel más inferior. Ellos no se han apartado por completo del lado egoísta de las cosas como lo ha hecho él. Tienen que preocuparse por sí mismos, descubrir sus defectos y buscar la solución para deshacerse de ellos y desarrollar algunas virtudes; en resumen, tienen que modificar su propio carácter y eso, normalmente, es un trabajo lento y pesado. En ese proceso pueden ser ayudados muchísimo si están en contacto constante con el *gurú*, quien ya tiene desarrolladas esas virtudes y extinguidos aquellos defectos en él mismo. La presión de la vibración superior es constante, tanto que estén despiertos como dormidos, y están absorbiéndola y armonizándose con ella todo el tiempo. Este es un principio muy conocido en física: si juntáis cronómetros que no se mueven regularmente en armonía, el más potente atraerá gradualmente en concordancia al más débil, o se pararán al unísono.

La segunda manera de entrar en el Sendero de Probación es escuchando o leyendo las enseñanzas sobre el tema. Una persona que se interese en esta cuestión se apoya en algunas enseñanzas siguiendo estas pautas más elevadas; se entrega a su propia intuición, e inmediatamente busca satisfacer sus deseos de descubrir más sobre ello. Esta fue mi propia experiencia. A través de *El Mundo Oculto* dí con ello y en seguida se me ocurrió: “Si eso es así —y evidentemente lo es— si existen esos Seres tan Importantes, y si Ellos están dispuestos a aceptar nuestros servicios, y a darnos a cambio algo de Su inapreciable conocimiento, entonces yo voy a ser uno de Sus servidores. Recogeré las migajas que pueda y lo único importante a partir de ahora es aplicarme para trabajar y para encontrarme en esa posición de alguna manera.” Desde

luego, hay muchas miles de personas que escuchan y leen las enseñanzas y, sin embargo, no reciben ninguna inspiración de las mismas. Eso es el resultado de las experiencias del hombre en vidas anteriores. Solo aquel que se ha puesto en contacto con la verdad y se ha convencido por sí mismo de su belleza y su realidad en vidas anteriores, siente al instante que esto es verdad cuando se pone en contacto con ello en esta vida.

A muchos de nosotros les parece extraño que alguien que conozca un libro de Teosofía, no quede absorbido por ella. La Teosofía es una enseñanza maravillosa, y tiene respuesta para una gran cantidad de problemas y, sin embargo, sabéis muy bien que cuando tratáis de prestar libros teosóficos a los amigos, la mitad de ellos los devuelven diciendo: “Sí, no cabe duda de que esto es muy interesante”, pero no han comprendido nada en absoluto. La comprensión de la que ahora nosotros disfrutamos es el buen karma de haber estudiado con anterioridad; cuanto más se sabe de una cosa ocurrida antes, más se descubrirá de la misma ahora. Esta es nuestra experiencia con cualquier buen libro que hayamos podido leer, digamos, veinte años atrás. Leedlo de nuevo ahora, y veréis que descubris en él mucho más de lo que habíais descubierto antes. Podéis ver en él según el poder que aportéis a él.

La tercera modalidad por la cual algunas veces los hombres llegan al inicio del Sendero de Probación, es mediante lo que en los libros hindúes se denomina ‘reflexión iluminada’. Eso significa que por medio de una preparación mental intensa y concentrada, un hombre puede llegar a descubrir que existe un plan de evolución; que deben existir Aquellos Seres que lo conocen todo sobre el mismo —los Hombres perfectos y evolucionados— y que tiene que haber un Sendero cuyo recorrido puede llevarnos hacia Ellos. El hombre que mediante dicho entrenamiento llega a esa conclusión, está

entonces a punto para el Sendero; pero los que viajan por esta ruta, probablemente sean pocos.

De alguna manera, lo más remarcable es la cuarta opción —la práctica de la virtud. Esa es una idea está muy de acuerdo con las del cristiano en general, porque éste cree que todo lo que hace falta es ser bueno. Pero el teósofo recuerda que en los primeros tiempos del cristianismo, la purificación o la santidad que ahora ellos se han trazado como su meta, sólo se consideraba un primer paso. San Clemente habla de esto con osadía y dice que la pureza es simplemente una virtud negativa valiosa principalmente como una condición de la visión interna. Cuando se ha llegado a eso, entonces estáis a punto de aprender, de prepararos para la iluminación, la cual era la segunda de las etapas, y después de eso para pasar a la tercera etapa, llamada perfección. Recordaréis cómo habla San Pablo de esto. Dice: “Hablamos de sabiduría entre aquellos que son perfectos”, pero no a los demás.

Esta virtud conduce al principio del Sendero, porque aunque el hombre que ha llevado una vida recta durante muchas encarnaciones puede no haber desarrollado su intelecto, sí adquirirá la suficiente intuición para ponerse en contacto con personas que sí sepan, por cuyo conducto puede ir hasta los pies de un servidor del Maestro. Sin embargo, hay que reconocer que ese método requiere miles de años y muchas vidas. El hombre que practica la virtud y no desarrolla la mente, a la larga alcanzará el Sendero, pero es un proceso muy lento. Se ahorraría mucho tiempo si siguiera el consejo de San Pablo y adquiriera también el conocimiento.

CAPÍTULO VII

LAS CUATRO CUALIDADES

Para este sendero se requieren cuatro cualidades:

Discernimiento

Carencia de deseos

Buena conducta

Amor

C.W.L.— Estas cualidades han sido formuladas una y otra vez en las diferentes religiones, pero esta traducción difiere ligeramente de cualquiera que se haya dado con anterioridad. En el caso de la primera cualidad, el discernimiento, ha sufrido muy poca variación. Ya he explicado las palabras utilizadas para esto por los hindúes y los budhistas, y cómo quieren indicar lo mismo que la conversión entre los cristianos, y cómo el discípulo tiene que unir el Ego con la personalidad. En el mismo Sendero, el proceso tiene que repetirse entre la Mónada y el Ego. El Ego es un fragmento de la Mónada descendido a lo más elevado del plano mental; también desciende para una serie de experiencias, para aprender a recibir y responder a las vibraciones que, de otra manera, no pueden ser recibidas por la Mónada en su propio nivel. De modo que el Ego, a su vez, tiene que aprender que forma parte de la Mónada, que existe sólo por esa Mónada y que, cuando

esto está plenamente comprendido, el hombre ya está listo para acceder a la Quinta Iniciación y de ese modo convertirse en un Adepto.

Estas son las verdaderas definiciones de la disposición favorable para esas dos Iniciaciones; para la Primera, que el Ego y la personalidad se hayan unido, que no haya nada sino el Ego actuando en esta personalidad; y para la Quinta Iniciación, que no quede nada en el Ego que no sea aprobado o inspirado por la Mónada. En el momento en que la Mónada alcanza nuestras vidas aquí abajo lo hace como un dios de los cielos. En todos los casos de Iniciación la Mónada irradia hacia abajo, y durante unos momentos se convierte en una con el Ego, igual como serán permanentemente uno en el momento en que se llegue al adeptado. En otros determinados momentos, la Mónada también desciende, como en el caso mencionado en *The Lives of Alcyone*, cuando Alcyone hizo la promesa al Señor Buddha.

Por uno u otro de los medios antes mencionados, el hombre llega a alcanzar el discernimiento —este conocimiento de lo que vale y no vale la pena seguir. Luego, descubre que tiene que desarrollar una segunda cualidad, a la cual el Maestro da aquí el nombre de carencia de deseos. La Dra. Besant lo tradujo en principio como desapasionamiento o indiferencia. Es el *vairagya* hindú, que significa indiferencia ante el resultado de la propia acción. La afirmación del señor Buddha sobre eso es un poco distinta. Para esta segunda etapa Él utiliza la palabra pali *parikamma*. Karma o *kamma* siempre quiere decir hacer o actuar, y *parikamma* significa preparación para la acción; así que Él llama a esa segunda etapa preparación para la acción, el grado en el que se insiste en aprender a hacer el bien por amor al bien, no en beneficio de algo que el hombre pueda conseguir en absoluto para él mismo. Esto no debe interpretarse equivocadamente. Mucha gente dice que la indiferencia ante el fruto de la acción

significa que uno debe llevar a cabo su deber sin tener en cuenta el efecto sobre lo demás. Tal como este libro nos indicará más adelante, “tenéis que hacer lo que está bien, no tenéis que hacer lo que está mal”, cualesquiera que sean las consecuencias; pero esto no quiere decir que la gente tengan que seguir haciendo lo que les gusta sin pensar de qué modo sus actos afectan a los demás. En realidad, es ese mismo efecto el que determina si la acción es recta o equivocada. El discípulo del Maestro no piensa en el efecto sobre él mismo, sino que piensa insistentemente en el efecto en los demás.

La tercera cualidad, que es la denominada Buena Conducta, incluye las seis reglas que los hindúes llaman *shatsampatti*. En la forma pali, tal como la dio el Señor Buddha, esa cualidad es llamada *upachâro*, que significa ‘atención’ más bien que ‘conducta’ —la una es prestar atención a la conducta de la manera prescrita por esas seis joyas, como se las llama. Llegaremos al Maestro Kuthumí presentándolas ahora, a medida que avanzamos a través de este libro. Con Buddha se introdujeron como *samo*, ‘serenidad’, es decir, control de la mente; luego *dâmo*, ‘subyugación’, es decir, control del cuerpo; luego, *uparati*, *titikshâ*, *samadhâna* y *saddhâ*, literalmente ‘cesación, paciencia, intencionalidad, y fe’. Me tomé la molestia de localizar todas estas palabras en los diccionarios más importantes, y conseguí estas traducciones del Sumo Sacerdote Hikkaduwe Sumangala Thero, que era entonces el Jefe de la Iglesia Budhista del Sur. Las palabras también representan la creencia común de esa Iglesia.

Son un poco diferentes de las traducciones que se dan en este libro. Lo que aquí se llama ‘cesación’ se traduce como ‘tolerancia’, porque la cesación de la que se habla es cesación del fanatismo y la superstición, prescindir también de cualquier idea de que vuestro camino es mejor que el de cualquier otro, y de la idea de que es necesario algún ritual o ceremonia. Paciencia es simplemente alegría en otra forma. Intenciona-

lidad es dirección determinada y equilibrio, conduciendo la propia vida hacia el foco del propio objetivo, y por consiguiente, también es firmeza; y la fe es la confianza en el propio Maestro y en uno mismo. Las cualidades son exactamente las mismas en ambos casos, pero el Señor Buddha habla de ellas especialmente desde el punto de vista de la necesidad de sabiduría, y el Señor Maitreya y el Maestro Kuthumí pone mayor énfasis en la necesidad del amor. Al instruir a Alcyone, el Maestro también apuntaba más a dar el significado práctico que la traducción literal de las antiguas palabras.

La última cualidad se llama Amor. En sánscrito es *mu-mukshatva*, lo que significa "el intenso deseo de liberación de la ronda de nacimientos y muertes y la unión con lo Supremo." El Señor Buddha, en su esquema llamó a eso *anuloma*, que quiere decir 'orden directo', o sucesión. Su significado es que cuando el hombre ha desarrollado las demás cualidades, tiene que desear escapar de las limitaciones inferiores y convertirse en uno con lo Supremo para que pueda ayudar.

Alcyone sigue luego diciendo:

Trataré de explicaros lo que me ha dicho el Maestro sobre cada una de ellas.

Y entonces es cuando empieza propiamente este libro.

SEGUNDA PARTE

DISCERNIMIENTO

CAPÍTULO VIII

LOS VERDADEROS Y LOS FALSOS OBJETIVOS

C.W.L.— Llegamos ahora a la Sección I de este libro.

La primera de estas Cualidades es el Discernimiento; generalmente se interpreta esta cualidad como el discernimiento entre lo real y lo ilusorio, el cual guía a los hombres para entrar en el Sendero. Es esto, pero también es mucho más; y tiene que practicarse, no solamente en los inicios del Sendero, sino en cada etapa del mismo, cada día y hasta el fin.

Esas últimas palabras señalan justamente las dificultades que se encuentran en el camino de la mayoría de aquellos que ven la gloria y la belleza del Sendero, y que tratan de entrar en él y llegar hasta los pies del Maestro. Todos son buenas personas, entregados, cuidadosos, pero la personalidad es díscola y tienen que hacer frente a la gran presión de la opinión pública, tal como ya expliqué. Existe además el hecho de que la humanidad se encuentra ahora tan sólo un poco más allá de la mitad de la cuarta ronda y está tratando de hacer en ella lo que será muy fácil de realizar al final de la séptima ronda. Aquellos que sigan hasta entonces dispondrán en sus vehículos físico, astral y mental, de materia mucho más desarrollada de la que ahora disponemos nosotros, con todas sus aspirillas en actividad en lugar de sólo

una mitad, y todas las fuerzas que les rodeen serán cooperadoras y no obstaculizadoras como ahora.

Los Maestros están de nuestro lado y Sus fuerzas nos ayudan. La fuerza de la evolución, por lenta que sea, también está de nuestro lado, y el futuro es nuestro: pero el presente es una época muy dura para llevar a cabo algo de esta envergadura. A mitad de la quinta ronda, todas las personas cuya influencia está ahora actuando con dureza en contra nuestra en contraposición, habrán sido apartadas y no habrán quedado más que aquellas que siguen nuestro camino. Por esta razón, en la séptima ronda las cosas serán extraordinariamente fáciles. Se podrá vivir en el mundo externo con todas las ventajas que ahora sólo pueden conseguirse en un monasterio bajo la dirección de un hombre desarrollado espiritualmente. Alguien podría pensar: "¿Por qué, entonces, no esperamos hasta la séptima ronda?" Muchos de nosotros hemos estado viviendo alegre y plácidamente durante los últimos veinte o treinta mil años y todos los que no sientan un intenso deseo de progresar o de ayudar al mundo, podrán continuar así otro millón de años, y no cabe duda que sería muy cómodo seguir así hasta el final; pero los que desde ahora hagan frente a las dificultades, tendrán el enorme privilegio de haber ayudado a impulsar la evolución y obtendrán la corona de la cooperación. Recordemos el viejo himno cristiano que explica cómo un hombre que llegó al cielo y miró a su alrededor, se encontró a sí mismo algo diferente a los demás, y preguntó cuál era la causa. Finalmente, al encontrar a Cristo le preguntó por qué esto era así, y el Cristo le dio esta respuesta:

Yo sé que tú has crecido en MÍ
y Mi vida es la tuya
pero, ¿dónde están las gloriosas estrellas
que deben brillar en tu corona?

Ves allí gozosas multitudes
adornadas con profusas gemas.
Por cada alma que hacia Mí condujeron
llevan ahora una joya.

En las escrituras cristianas se afirma que los sabios resplandecerán con el brillo del firmamento, con la luz del cielo; pero aquellos que convirtieron muchas almas a la justicia, serán como las estrellas para siempre jamás —grandiosos soles luminosos que derramarán sus rayos de luz y calor y fuerza a millares de vidas. Esa es la diferencia entre hacer ahora el trabajo o dejarnos llevar por la corriente hasta llegar a la séptima ronda.

Entráis en el Sendero porque habéis aprendido que sólo en él pueden encontrarse aquellas cosas que vale la pena alcanzar. Los que no lo saben, trabajan para obtener riqueza y poder; pero esto dura como máximo una vida solamente, y por tanto, no es real. Hay cosas más importantes que éstas —cosas que son reales y permanentes; una vez que las habéis vislumbrado, ya no deseáis nunca más aquellas otras.

A.B.— Esta cuestión de lo real y de lo ilusorio es profundamente metafísica; pero esto no nos concierne por ahora, pues el Maestro dio esta enseñanza a Alcione como a un niño que era, y más aún, la enseñanza fue dada en el plano astral.

En esos casos, el Maestro se dirige tanto a la mente inferior como al Ego, y en esta ocasión el Maestro dio la enseñanza en una forma adecuada para la mente inferior de un niño muy lejos aún de lograr su completo desarrollo. Por muy viejo que el Ego haya podido ser, los cuerpos eran muy jóvenes, por lo que la enseñanza fue expuesta de una manera sencilla, para

que al regresar el niño a su cuerpo físico pudiese entenderla en estado de vigilia.

Por ilusorio entendemos aquí todo aquello que no es divino; todo aquello que acontece en el mundo fenomenal; todo lo que pertenece a la personalidad, incluyendo incluso las cosas más elevadas que el hombre busca en su lucha por los bienes materiales. Siguiendo el pensamiento del Maestro podríamos decir que todo es ilusorio, excepto lo que forma parte de la Voluntad Divina. Los que tienen discernimiento saben cuáles son las cosas reales, por lo que actúan como agentes de Dios, haciendo Su voluntad, siendo Él quien verdaderamente actúa. Esta no es una insinuación, en el sentido de que deberíamos abandonar la actividad material. El hombre debe hacer su trabajo mejor, no peor, pues es el agente de Dios que ejecuta Sus acciones en el mundo externo. "Yoga es acción", dice el *Gita* y yoga es unión con lo Divino. En el caso del hombre que tiene esa unión, la acción debe ser experta, pues no es él quien hace el trabajo, sino Dios en él. Cuando Arjuna preguntó a Sri Krishna acerca de la lucha, el Señor le replicó que Él Mismo había dado ya muerte al enemigo, y añadió: "Pelea, por tanto, ioh Arjuna!"

Cuando se han visto las cosas elevadas, dijo el Maestro, las otras ya no se desean. Esta idea es familiar a los estudiantes del *Gita*, en el que se dice: "Los objetos de sensación, pero no el gusto por ellos, abandonan al abstemio morador del cuerpo; y aún el gusto lo abandona después de que ha visto lo Supremo." Cuando el hombre ha visto al Uno, verdaderamente se extingue en él el deseo por las cosas de los sentidos.

C.W.L.— Es un hecho que cuando se han visto las cosas grandes no se siente ya ningún deseo por las cosas pequeñas, y debe ser precisamente ese hecho el que nos induzca a frenar nuestros deseos por estas últimas. Es muy frecuente confundir la causa con el efecto y creer que con no aspirar a desear

las cosas pequeñas (que aún cuando muy buenas en su lugar correspondiente las llamamos así para distinguirlas de las elevadas, o sea, las cosas espirituales) el hombre alcanza ya un elevado nivel. No es así. Esta es otra forma de engaño muy corriente respecto al ascetismo. Muchas personas practican lo que llamamos ascetismo como un fin en sí y, erróneamente, piensan que abstenerse de los placeres corrientes de la vida y procurarse molestias y penalidades en diversas formas, es altamente meritorio. Esto es un residuo del puritanismo que en alguna época dominaba en Inglaterra y en gran parte de Europa. Una idea esencial de ese puritanismo era que para ser bueno era necesario sufrir las mayores penalidades físicas. Cuando un hombre se sentía feliz de alguna manera, era cosa segura que estaba infringiendo las leyes divinas, pues no había sido creado para alcanzar la felicidad aquí abajo; su cuerpo era una cosa vil que debía ser reprimido de todas las maneras y, si en alguna ocasión el cuerpo se deleitaba haciendo cualquier cosa, esa persona podía tener la seguridad de que estaba obrando mal. Todo esto es una tontería y se deriva de la perversión de la verdad; y la verdad es que todas aquellas cosas que la mayoría de la gente estima como grandes placeres, dejan de ser considerados como tales por el hombre que, remontado ya a más alto nivel, tiene ante sí placeres superiores que substituyen con ventaja a los primeros.

La gente del mundo halla gran placer en muchas cosas que no tienen interés para aquellos que aspiran a una vida más elevada; las carreras de caballos, por ejemplo, la bebida, los juegos de azar y otras formas de diversión, como el baile y los naipes, que no son necesariamente perjudiciales, pero que pudieran compararse a los juegos de los niños. El niño, a medida que va creciendo, va abandonando sus juguetes. A los tres años le gustan los cubitos de madera y los muñecos; crece un poco y prefiere los soldaditos, las cometas y las

canicas; crece algo más y deja de ocuparse de estas cosas; se dedica al cricket o al fútbol o a algún otro deporte por el estilo que requiera actividad física al aire libre. Todo esto son gradaciones que va alcanzando el niño, y cada una es apropiada a su edad. Al crecer todavía más, prescinde de todas esas cosas que tanto le han divertido, no porque piense que deba hacerlo así sino, simplemente, porque ya ha perdido el interés por ellas; ha encontrado algo más adecuado a su grado de desarrollo. Pero es bien notorio que un niño de tres años no se transformará en un muchacho por el simple hecho de pretender perder el interés por todas las cosas de la primera infancia y sustituirlas por el cricket y el fútbol.

El hombre con un desarrollo avanzado no se preocupa por muchas cosas que la gente considera necesarias, y el hombre de mundo, probablemente encontraría la vida del discípulo intolerablemente fastidiosa, si tratara de llevar la vida que llevamos muchos de nosotros, sin interesarnos por ninguna otra cosa que no sea la Teosofía y los profundos problemas de la vida. El hombre de mundo diría que nosotros siempre estamos haciendo lo mismo y le parecería que no nos ocupamos de nada más: lo cual es perfectamente cierto, porque en las cosas que nos interesan quedan incluidas todas las demás. Pero ese hombre mundano no se convertiría en un hombre avanzado por el solo hecho de pretender o simular que ya no tenía interés por sus cosas, mientras está constantemente deseándolas en su corazón.

En todo el mundo hay dos clases de personas —las que saben y las que no saben; este conocimiento es el que importa. La religión que un hombre profesa, la raza a la que pertenece, —estas cosas no son importantes.

A.B.— El Maestro hace aquí una distinción realmente clarificadora. Divide a los hombres en dos clases, los que

saben y los que no saben. Esa es la gran división desde el punto de vista oculto y cada uno debe preguntarse a cuál de estas dos clases pertenece. Las dos incluyen una gran diversidad de personas, porque las diferencias y las distinciones del mundo no tienen ninguna importancia. Los que no saben, trabajan por aquellas cosas que sólo duran una vida; pero el que ha visto claramente las cosas reales sólo tiene el único deseo de trabajar para el Logos, de armonizarse con Su estupendo plan, y de ayudar en el desarrollo del mismo, aún cuando sea sólo en una parte muy pequeña. Esta es la forma de medir nuestro conocimiento. El simple conocimiento cerebral que nos capacita para expresarnos inteligentemente y para enseñar a los demás, es todo ilusorio; el único conocimiento real es aquel que ha trascendido a nuestra vida. Hay muchas personas que tienen la costumbre de pasar revista al trabajo que han hecho durante el día reclusándose unos minutos por la noche antes de acostarse. Esta es una costumbre muy útil, pero el que la practique debe examinar no sólo lo que ha hecho, lo que ha sentido y lo que ha pensado, sino también cuál ha sido su actitud. Aquel que en todo lo que ha hecho ha procedido pensando únicamente en sí mismo, ha perdido el tiempo en gran medida; pero el que todo lo ha hecho como parte del trabajo divino —como actos de sacrificio— obtendrá ayuda y no dificultades.

Lo realmente importante es este conocimiento —el conocimiento del Plan de Dios para los hombres. Porque Dios tiene un plan, y ese plan es la evolución. Cuando un hombre ha visto eso y realmente lo comprende, no puede evitar colaborar en él e identificarse con él, por ser tan glorioso y tan hermoso.

C.W.L.— El espíritu que impulsa a los hombres a reunirse en asociaciones políticas y de temperancia de diversas clases,

con la idea de cooperación por el bien general, surge en su manifestación más elevada en el mismo momento en que el hombre ve el plan real del Logos para Su sistema. El hombre ve que este plan tendrá que consumarse algún día, y que el plazo para que llegue tan feliz término depende del número de personas dispuestas a trabajar por él. Si todo el mundo pudiese ser inducido, en unas cuantas semanas o años, a ver el plan divino y a cooperar en él, todo lo que el Logos desea para los humanos se obtendría muy rápidamente. Precisamente, porque el hombre no tiene todavía el suficiente desarrollo para ver eso, es por lo que aún estamos tan alejados de esos resultados, y por lo que tantas tristezas, errores y perversidad existen sobre la faz de la tierra.

Muchos estudiantes de Teosofía conocen algo del Plan. No quiero decir que lo hayan visto; pero sí que han estado en contacto con quienes lo han visto, y saben, por tanto, qué es y cuál es la forma de asociarse para trabajar por él. Cuando llega el momento de ver realmente ese Plan, se comprende que todo cuanto se nos ha dicho con entusiasmo es cierto. En el mundo se acometen con frecuencia buenas causas y reformas con entusiasmo y fuerza, pero, a menos que se conozca algo del vasto Plan de Evolución en general, para ver si esos trabajos contribuyen a dicho plan, es muy fácil equivocarse. La persona se adhiere a esos movimientos benéficos porque los estima urgentes y de utilidad. Un ejemplo es el movimiento que imbuye a la templanza tendiendo a suprimir el tremendo mal que significa el vicio de la bebida y a mejorar las condiciones del mundo si se puede conseguir desterrar esta costumbre. Se ha tratado de combatir este vicio, no convenciendo al hombre de lo estúpido y perjudicial de la embriaguez, sino prohibiendo la venta de licores y obligando a la gente a la sobriedad —un plan que en absoluto hace desaparecer el vicio de la bebida, sino que únicamente dificulta satisfacerlo. No es que combata aquí la ley de la prohibición; se puede decir

mucho en su favor. Si estimamos conveniente restringir la venta de arsénico o de ácido prúsico, ¿por qué no hacer lo mismo con un veneno que ocasiona mayores males que los dos anteriores? Sólo intento exponer que este remedio no llega hasta la raíz del mal; pretende reformar por coacción, no por convencimiento.

En forma exactamente igual, los que se han percatado del horrible sufrimiento de los *submerged tenth* [en Inglaterra llámase así a la clase pobre de la sociedad, considerada una décima parte de la misma] buscan de todas las maneras remediar este grande y vergonzoso crimen; es lamentable que se haya llegado a pensar que el remedio estaba en el radicalismo e incluso en el anarquismo. No debemos censurar a nadie que trate altruísticamente de remediar los sufrimientos de su prójimo. En casos como éste, es su cerebro el que falla, no su corazón, lo cual les acarrea pérdidas personales y sacrificios en su afán de mejorar las condiciones públicas. Es indispensable darse cuenta de que existe un plan de evolución humana para que lo estudien y puedan actuar de forma inteligente a la vez que altruista. Lo que hace falta es el discernimiento; el hombre ve solamente una parte del problema y en su afán de hallarle solución procede en una forma que conduce a mayores inconvenientes que los que se trataba de corregir.

Así, porque lo sabe, está al lado de Dios, firme ante el bien y resistiendo al mal, trabajando para la evolución y no por egoísmo.

C.W.L.— Esa es la piedra de toque que nos permite reconocer a los que saben; no por su religión o por su raza, sino solo y únicamente por el hecho de que luchan por el bien y en contra del mal. Siempre que encontremos una persona que sea leal a sus conocimientos más elevados y que lucha

por lo que considera que es bueno y en contra de lo que considera malo, debemos ver en ella a un hermano o hermana que se ha alineado en el lado de Dios, independientemente de que podamos o no aprobar parte de su trabajo ni juzgar que sea satisfactorio para Dios. Hay muchísimas personas que son totalmente buenas y fieles a sus convicciones, pero que tienen lamentables limitaciones. Estas personas, devotas y fieles, sacrifican su energía y su tiempo con el fin de salvar almas para Cristo, según dicen; pero adolecen de las ideas más limitadas y fanáticas. En muchos casos padecen un sentimiento de franca antipatía que prácticamente llega a ser de odio hacia aquellas personas cuyas creencias difieren en alguna forma de las suyas.

Una de las características más notables del trabajo de la gran Jerarquía consiste en que en esos casos sus allegados extraen el bien y desechan del mal. Toman la fuerza que ese fervor y esa devoción engendran y la usan sin desperdicio, dejando de lado todo el mal que, en este plano por lo menos, impide en gran parte que el bien se manifieste. El fanatismo de muchas comunidades cristianas oscurece y obstaculiza en muchas ocasiones el amor y la bondad en forma tal que producen una impresión amarga. Los Hermanos de la Jerarquía deploran el fanatismo y advierten, más aún que otros muchos, el mal que ese fanatismo causa; pero, sin embargo, extraen toda la fuerza de amorosa bondad, devoción y buena intención, la utilizan y reconocen su mérito a los que la hacen fluir, y todos y cada uno de ellos obtendrán los beneficios correspondientes a su bondad, aún cuando, al mismo tiempo, por su fanatismo y por su cólera, obtendrán exactamente los resultados correspondientes, de acuerdo con la ley kármica.

Por consiguiente, a nosotros nos corresponde ser caritativos en nuestras relaciones con esas personas y tratar siempre de fijar nuestros pensamientos en las cosas buenas; 'hacer brillar las perlas', como dice el Maestro, en lugar de

estar constantemente atisbando defectos como muchos suelen hacer.

Si está al lado de Dios es uno de nosotros, y nada importa que se llame hinduista, budhista, cristiano o mahometano; ni que sea indio, inglés, chino o ruso.

A.B.— Esta es una cosa que los aspirantes al Sendero nunca deben olvidar, pues a menos de que la persona lo viva, estará aún muy alejado del Portal. Ahí nadie nos preguntará cuál es nuestra raza, cuál es nuestro credo, sino solamente qué es lo que hemos aportado a nuestro carácter en lo que a cualidades se refiere. Todos pasamos, sucesivamente, a través de razas diferentes. Ahora nos encontramos en una subraza en particular de una determinada raza raíz porque necesitamos adquirir las buenas cualidades que corresponden a esta raza y porque ella es la que nos las puede proporcionar, sean las que sean; sin embargo, hay muchas personas muy ocupadas en desarrollar las debilidades de esa determinada subraza. Probablemente sería muy correcto decir: "En ninguna otra raza podría yo corregir mis defectos y perfeccionar mi carácter", pero no debemos presumir de que las prácticas y las virtudes inglesas, por ejemplo, son las únicas buenas, y ensalzarlas y glorificarlas con exclusión de las demás. Cada raza tiene su determinado papel en el drama evolutivo, cada una contribuye con su parte al grandioso conjunto. En cualquier raza en que nos encontremos, la nota que a esta raza corresponda en la armonía general es, por el momento, la que nos permite trabajar de la manera más fácil y más natural. Pero, trascenderemos esta raza y nos tocará después desempeñar nuevos papeles en las otras. Si esto se comprendiera, el hombre sería menos propenso al torpe orgullo racial y a la crítica de las demás razas.

Cuando advierto que alguien censura a otro, y cuando esa crítica lleva implícita la idea de que la falta censurada se debe a que se trata de un inglés o de un hindú, inmediatamente comprendo que la persona autora de esos reproches está todavía muy engañada por lo ilusorio. Lo mismo ocurre cuando alguien trata de disculpar sus defectos aduciendo que son los que pertenecen a su raza. Nos es preciso adquirir las mejores cualidades de nuestra raza y sub-raza; no sus deficiencias. El hindú, por ejemplo, debe tratar de adquirir espiritualidad, indañabilidad, tolerancia y capacidad de acción, sin miras a sus resultados, pues esas son las cualidades que corresponde mostrar a la primera familia de la raza aria.

En ocasiones hallamos que la capacidad de acción sin miras a los resultados, participa de descuido y atolondramiento en el trabajo, de donde se sigue la errónea idea de que si el hombre debe ser indiferente a los frutos de la acción, la acción carece de importancia; siendo así que lo que verdaderamente debemos buscar es la acción perfecta con indiferencia a sus frutos. Con el inglés acontece muy frecuentemente lo inverso. Por lo general es muy competente y cuidadoso en la acción; pero es muy propenso a conceder gran importancia a los resultados de la misma, debido a que carece de la cualidad de la indiferencia. El trabajo de cada uno consiste en buscar lo que le falta: el hindú debe tratar de practicar la acción; el inglés la indiferencia, sin perder las cualidades que ya posee. Si tal se hiciese, las diferencias entre las razas servirían para el enriquecimiento de todas ellas, pues cada una podría adquirir de las otras aquello que le hace falta.

C.W.L.— Ser patriota, admirar a nuestra raza, sentir que algo le debemos y estar listos para servirla, son cosas muy buenas. Pero hay que precaverse, no sea que la admiración por nuestra raza surja del desprecio a las demás. Estamos relacionados permanentemente con la humanidad como un todo. Somos ciudadanos del mundo, no de una raza en

particular. Ciertamente: el patriotismo es bueno, lo mismo que es bueno el amor a la familia; en ambos casos, sin embargo, no debemos llevar nuestra virtud hasta el extremo de poner el mal en lugar del bien. Ciertamente, el afecto familiar es una cosa espléndida; pero el que profesaban los barones de la Edad Media que los llevaba hasta el grado de asesinar a otras personas con el propósito de enriquecer a sus familias, no es sino un exceso de virtud que se convertía ya en vicio. En la misma forma el patriotismo es bueno; pero si nos lleva hasta agredir a otros pueblos, es malo. Si podemos hacer algo en favor de nuestra raza, sin dañar a los demás; si podemos demostrar que somos dignos miembros de ella, de manera que como consecuencia de nuestro paso por ella mejore alguna cosa, bien podemos sentirnos satisfechos. Lo mismo pasa exactamente con las religiones. Todos nosotros hemos pasado por varias de las grandes religiones. Cada una de ellas hace hincapié en determinadas virtudes, pero todas son necesarias para el progreso de la humanidad.

Los que están a Su lado saben por qué están allí y qué deberían hacer y están tratando de hacerlo; todos los demás no saben todavía lo que deben hacer y por consiguiente a menudo actúan insensatamente.

C.W.L.— Nos hallamos aquí con un reflejo de las enseñanzas del señor Gautama el Buddha, de que todo mal se deriva de la ignorancia. El hecho de que aquellos que no saben procedan torpemente nos hace ver que el hombre malvado merece siempre nuestra compasión, no nuestro desprecio ni nuestro odio. Lo que más impresiona a la mayoría de la gente es que el malvado procede siempre de manera egoísta: en beneficio de sus propios intereses, según él, y de ahí nuestra inclinación a no tomar en consideración su ignorancia de las cosas. Pondremos un ejemplo: el de algunos millonarios que

llegaron a su transitoria prosperidad perjudicando en sus negocios a muchas personas pobres a las que condujeron a la mendicidad. Esos millonarios son execrados por aquellas personas a las que arrebataron sus medios de vida y son considerados egoístas y brutales. Es cierto, pero cuando ellos actuaron de esa manera lo hicieron por ignorancia. Hicieron exactamente lo mismo que planearon: arruinaron a los demás creyendo hacer un buen negocio. Tal vez les hubiera sido posible acumular sus fortunas sin necesidad de causar la ruina ajena y nunca hubieran procedido así si hubieran sabido que con esa actuación estaban creando un karma infinitamente peor que el de las personas perjudicadas. En lugar de sentir execración hacia esas personas, sería sensato tenerles piedad por su ignorancia.

Y tratan de urdir medios para ellos que imaginan satisfactorios, sin comprender que todos somos uno y que, por tanto, tan sólo lo que el Uno quiere puede ser realmente satisfactorio para todos.

C.W.L.— La finalidad del utilitarismo es perseguir el mayor bien para el mayor número. Esto significa un gran progreso sobre la idea previa de tener sólo en cuenta el bien de unos cuantos, considerando a los demás como cantidad despreciable. Pero no se debe prescindir de la minoría; en verdad, todos y cada uno deben ser tenidos en cuenta, porque todos somos uno. Esto no lo podremos entender hasta que hayamos desarrollado la conciencia del plano búddhico, hasta cierto grado por lo menos, y aún entonces, solamente muy poco a poco podremos comprender en qué forma tan completa somos todos uno. Consideramos como un deber religioso creer que esto es así o como una especie de aspiración piadosa el aceptar que algún día todos seremos uno. Decimos: “Todos procedemos del mismo Padre Celestial y

por lo tanto todos somos hermanos y todos somos uno”. Sin embargo, no comprenderemos la realidad y la profundidad de esto hasta que lo experimentemos en la conciencia búddhica.

No obstante, podemos hacer algunas sugerencias diciendo que todas las conciencias son una; que todo el mundo es uno; que todo el amor que hay en él es el Amor Divino; que toda la belleza que hay en él es la Belleza Divina; que toda la Santidad del mundo es la Santidad de Dios. Esto lo expresó el Cristo cuando un hombre se acercó a Él y le llamó ‘buen Maestro’, a lo cual el Cristo dijo: ‘¿Por qué me llamas bueno? No hay sino Uno que es bueno y ese es Dios’. La bondad de cada hombre es la bondad de Dios que se muestra a través de él; y la belleza y la gloria del mundo tal como lo vemos, en la tierra y en el mar y en los cielos, no son sino parte de la Belleza Divina. Y al ir alcanzando los diferentes sub-planos, nivel tras nivel, vamos viendo cada vez más la belleza que se abre ante nosotros, hasta que aprendemos a ver toda la belleza a través de cada cosa bella. Todo es uno.

Cuando comprendamos esto, la gloria Divina será vista en todas las cosas y todas sus demás glorias a través de cada una de ellas, de modo que al contemplar un bello panorama, no sólo admiraremos la grandiosa escena, sino también todo cuanto ello sugiere; el todo infinito, del cual lo que tenemos delante es sólo una pequeña parte. Y entonces la vida será para nosotros maravillosamente feliz y llena de amor. A través de esa felicidad experimentaremos algo de la Felicidad Eterna, y a través de ese Amor seremos conscientes del Amor Eterno. Solo así puede lograrse un gran progreso; sólo entonces, cuando nuestra conciencia esté en condiciones de sumergirse en la Suya, de tal manera que a través nuestro Él pueda ver toda su belleza y nosotros en Él, podamos ser también conscientes de ella.

Ellos van en pos de lo irreal en vez de lo real; hasta que hayan aprendido a distinguir entre los dos, no se habrán alineado del lado de Dios, y es por eso que este Discernimiento es el primer paso.

Más, aún después de hecha la elección, debéis recordar que hay muchas variedades de lo real y lo ilusorio, y que todavía debe discernirse entre lo recto y lo equivocado, entre lo importante y lo que no lo es, entre lo útil y lo inútil, entre lo verdadero y lo falso, entre el egoísmo y el altruismo.

C.W.L.— Todas estas son subdivisiones de la gran distinción entre lo real y lo irreal y su enumeración nos deja ver en qué forma debe ramificarse el discernimiento de arriba a abajo, hasta llegar a las pequeñas menudencias de nuestra actividad en la vida, si es que aspiramos a llegar al Sendero. Constantemente nos vemos obligados a decidir en una forma o en otra sobre pequeñas cosas, por lo cual nos es necesario tener presente de continuo la idea del discernimiento y mantener una constante vigilancia. Detenerse y pensar a cada momento es un proceso fatigoso. Muchos se cansan al intentarlo; la tensión constante que esto implica es demasiado para ellos. Esto es natural, pero el que no pueda sostener ese esfuerzo fracasará en su propósito; por tanto, aun cuando esto sea muy cansado, debemos seguir ejerciendo esa continua vigilancia.

La elección entre lo recto y lo erróneo no debería ser difícil, puesto que aquellos que desean seguir al Maestro ya han decidido tomar lo recto a toda costa.

A.B.— Quien se siente vacilar entre actuar bien y actuar mal, no desea realmente seguir al Maestro. Quien decida seguirlo, pues, debe decidirse a proceder bien en todas las ocasiones y a cualquier costo, grande o pequeño, sin tener en cuenta las consecuencias que le puedan sobrevenir. En los *Yoga Sutras* se habla de las cinco grandes cualidades denominadas *yama* y que incluyen inofensividad, verdad, honestidad, y otras virtudes que se prescriben precisamente al comienzo del Sendero y de las que se dice que reciben el nombre de 'los grandes votos que son universales', lo que significa que deben recibir cumplimiento en *todas* las circunstancias y que ninguna ventaja para sí o para otros justificaría que el discípulo quebrante alguna. El hombre que ha llegado a este grado nunca hablará o procederá con falsedad, por grande que pueda ser la aparente ventaja que esto le produzca. Y esto deberá hacerse no sólo en cuestiones monetarias, sino en todo lo demás; por ejemplo, el hombre no buscará nunca una alabanza que no le corresponda. El hombre debe preguntarse a sí mismo si siempre escoge la verdad *instintivamente*, porque hasta que esto no sea así, estará todavía muy lejos del primer Portal. Sobre este punto el Maestro estima que no es necesario decir más; es bien claro y palpable.

C.W.L.— Esta idea no se refiere tan sólo a las cuestiones de conducta, sino también al hecho de que siempre hay una forma correcta y otra incorrecta de llevar a cabo cualquier cosa que haya que hacer. Quien no sea estricto en seguir esta regla, no desea realmente, en su interior, tener éxito. Con frecuencia oímos decir: "¡Cómo desearía ser clarividente! ¡Cómo desearía tener visión astral! ¿Cuál es el primer paso?" El primer paso es la purificación de todos los vehículos; hay que cuidar de no dar al cuerpo físico sino los alimentos más adecuados. Muchos desearían la visión astral, pero cuando llega el caso prefieren una buena comida. Sienten esa necesi-

dad como resultado de la costumbre y, llegado el momento, olvidan todos sus deseos de visión astral. Esta tendencia, sin embargo, se debe simplemente a un hábito y cuando conocemos esta peculiaridad del cuerpo ya podemos emprender confiados la fatigosa tarea de desarraigar los hábitos malos o impropios y formarnos otros nuevos. Es alentador considerar que es posible convertir la fuerza del hábito en un aliado nuestro, aun cuando al principio sea una fuerza contraria a nosotros, pues, cuando hayamos logrado formarnos nuevos hábitos, éstos harán su labor automáticamente y nosotros podemos ya olvidarlos para dedicar nuestra atención a otras cosas.

Por lo que a la conducta se refiere, no hay ningún problema de elección entre proceder bien o mal. Todo aquel que se interese en este libro o que quiera llegar a los pies del Maestro, no debe vacilar en actuar bien, al darse cuenta de esto. Confíemos en que ninguno de nosotros trate de defraudar a su prójimo (creo que todos hemos trascendido ya este punto): en que ninguno de nosotros sea culpable de la más ligera falta de veracidad, aún cuando fuere para conseguir un bien aparente. Es de creer que ninguno de vosotros obtenga sus medios de vida en forma reprochable, por ejemplo, en el negocio de la carnicería; probablemente ninguno de vosotros usa vestidos o adornos que sólo se puedan obtener dando muerte a los animales; algunas veces causando la muerte de los pájaros hembras en circunstancias peculiarmente crueles. Todos los que continúan usando esos artículos no desean, realmente, seguir al Maestro; prefieren seguir la moda.

CAPÍTULO IX

LA VIDA DE LOS CUERPOS

Pero el cuerpo y el hombre son dos cosas diferentes y la voluntad del hombre no siempre coincide con lo que el cuerpo desea. Cuando tu cuerpo desea algo, detente y reflexiona si tú realmente lo deseas.

A.B.— Aquí el Maestro da a Su discípulo la orden clara de que cuando el cuerpo desee algo debe detenerse y pensar si realmente es él quien lo desea. Muchos hallarán muy difícil y muy fastidioso este continuo detenerse todos los días y durante todo el día; pero hemos de admitir que esto es una parte muy importante de la preparación. Es muy difícil, lo sé. Y es por ello que muchos aspirantes se cansan de hacer el esfuerzo.

Los que no persisten en este esfuerzo porque se cansan, no consiguen su propósito. Eso es todo. El esfuerzo para proceder así debe ser grande y prolongado: significa llevar una vida regulada de tal manera que no haya ni acto, ni palabra, ni siquiera un pensamiento precipitados, porque todas las actividades del discípulo, físicas, emocionales y mentales, deben quedar enteramente bajo su control.

C.W.L.— Para el que quiera realmente hacer el máximo posible en su progreso, vale la pena que realice un cuidadoso estudio de sus vehículos y vea exactamente lo que son. Aquí se nos dice claramente que el cuerpo físico desea cosas que

el hombre no desea, y esto es igualmente cierto por lo que respecta a los cuerpos astral y mental. Si comprendemos la constitución de esos vehículos veremos que es muy probable que lo que ellos quieren no sea lo que al hombre le conviene. Estamos hablando de ellos casi como si se tratara de entes separados, y en cierto sentido lo son. Cada uno de estos cuerpos está hecho de materia viviente y la vida en ella los agrupa y adquiere una determinada clase de conciencia organizada.

En el cuerpo astral toma forma lo que llamamos el elemental de deseo que es prácticamente una entidad compuesta de la vida conjunta de las células astrales que constituyen el cuerpo. Cada una de esas células en sí, no es sino una vida pequeña, consciente sólo en forma parcial, que pugna por ascender, o mejor dicho, por descender, ya que para esa partícula la evolución significa que baja hasta alcanzar el reino mineral. Cuando estas vidas se encuentran juntas en un cuerpo astral, podría decirse que celebran un convenio de asociación y actúan como si fueran una sola unidad, quedando así el hombre bajo la influencia de un cuerpo astral que tiene poderosos instintos propios, tan fuertes en realidad, que casi podría decirse que tiene voluntad propia. La forma en que ese cuerpo debe evolucionar consiste en recibir las vibraciones más groseras conectadas con todos aquellos sentimientos y emociones que nosotros no debemos desarrollar, como la envidia, los celos y el egoísmo; he aquí porque los intereses de ese cuerpo son tan frecuentemente contrarios a los nuestros. Las vibraciones de amor, simpatía y devoción —más rápidas, más delicadas— pertenecen todas a una zona más elevada del cuerpo astral y, consecuentemente, son de aquel tipo que éste no quiere, aunque nosotros sí.

Las personas de vida desordenada que, según dicen, quieren ser libres y hacer y decir todo cuanto les venga en gana, en realidad son esclavas de su cuerpo astral. Pero no

debemos recriminar por eso al cuerpo astral, ni considerarlo, al igual que los cristianos de la Edad Media, como un demonio seductor. Él no sabe nada de nuestra existencia; no nos está poniendo tentaciones en absoluto; simplemente, trata de encontrar la expresión que necesita para evolucionar en la forma adecuada para él, lo mismo que hacen todas las criaturas.

Con frecuencia hay quien pregunta: “¿No deberíamos dar a ese elemental una oportunidad de evolución; no deberíamos permitirle que obtenga las vibraciones toscas que necesita?” No; esta es una filantropía equivocada que no debe practicarse en absoluto. Lo más amable que podemos hacer con la materia tosca del cuerpo astral —que está en él porque en alguna de nuestras vidas anteriores hemos permitido que las emociones bajas tuvieran una fuerte expresión a través nuestro— es arrojarla de nosotros y hacer que pase al cuerpo de algún salvaje, de algún perro o una vaca en donde sus vibraciones puedan actuar sin dañar a nadie. El elemental del deseo tiene una astucia peculiar. Nos resulta imposible ponernos en su lugar y tener la conciencia que corresponde a tan bajo nivel de evolución; pero es evidente que siente que está rodeado de algo delicadamente superior —materia mental— y parece haber advertido por experiencia que si puede lograr que ese algo vibre en consonancia con su materia, obtiene vibraciones de mucha mayor intensidad y más abundantes que de otra manera. Si puede lograr que el hombre piense lo que quiere, es muy probable que se salga con la suya y por eso trata de hacer vibrar la materia mental. Si puede inducir pensamientos impuros, por ejemplo, conseguirá las emociones impuras que le agradan, o si puede despertar un sentimiento de celos, logrará sentir los celos enconados que es lo que desea. Y esto, no porque sea malo, pues para él todo se reduce a disfrutar de vibraciones groseras. Y de esta forma el elemental es con frecuencia un contrincante que derrota al

hombre, aun cuando de hecho se halla muy abajo en la escala evolutiva. Al pensar así, es algo humillante darse cuenta de ser vencidos y utilizados como instrumentos por lo que aun no es ni siquiera mineral. Tenemos que enfrentarnos a esta situación y purificar el cuerpo astral contra su voluntad, modificando los malos hábitos que podamos arrastrar de nuestro pasado y sustituyéndolos por buenas emociones para el futuro.

Hay un elemental mental y también un elemental físico. Este último está encargado de la estructuración de los tejidos y del cuidado general del cuerpo. Cuando el cuerpo recibe un arañazo, un corte o una herida, el elemental físico es el que se apresura a hacer que los glóbulos blancos lleguen al lugar lesionado para construir nuevas células. Hay muchos detalles interesantísimos en el trabajo de este elemental del cuerpo físico; algunas de sus actividades son enormemente útiles para nosotros, pero, al mismo tiempo, algunos de sus impulsos no son convenientes.

Porque vosotros sois Dios y sólo queréis lo que Dios quiere; pero debéis bucear profundamente en vosotros mismos para descubrir el Dios interno y escuchar Su voz, que es vuestra voz.

C.W.L.— El concepto de nuestra unidad con el Espíritu Uno es difícil de entender. Voy a deciros cómo llegué a ella por primera vez, si bien fue por un método que no se puede recomendar a los demás. En una ocasión estaba tratando de concentrar toda mi fuerza en el subplano atómico del plano mental, con el propósito de ver hasta qué punto es posible utilizar los caminos directos que conducen entre los subplanos atómicos de los diferentes planos. Para ascender de uno a otro plano se puede ir del plano físico, subplano por subplano, hasta el atómico físico; desde éste se puede pasar

al subplano más inferior del astral y así, grado a grado, se puede llegar hasta el atómico astral y de ahí al mental inferior, y así sucesivamente. O bien se puede seguir el camino directo, pasando del atómico físico al atómico astral, y de ahí al atómico mental.

Había oído a algunos discípulos más avanzados que, para conseguir esta ascensión, existían otra clase de caminos, trazados, como si dijéramos, en ángulos rectos. Me habían dicho que si se pudiera enfocar la conciencia en uno de nuestros subplanos atómicos se podría obtener una línea de comunicación hasta el plano cósmico correspondiente. Por lo cual, centrándome totalmente en el subplano atómico mental, existía la posibilidad de ponerme en contacto con la división mental de un grupo de planos totalmente nuevos (o sea el plano mental cósmico) aparte ya por completo de todo lo que conocemos.

Desde luego, no contaba con ninguna esperanza de alcanzar ese plano, pero sí que existía la posibilidad de comunicación. Hice un intento y descubrí que estaba en condiciones de ver —lamento no poder describir esto— el subplano correspondiente en el plano mental cósmico, dos juegos completos de planos por encima de donde nosotros nos encontramos. En realidad, no pude alcanzarlo de ninguna manera (ni creo que ni siquiera un adepto pueda hacerlo), pero sí que pude verlo. Fue como si, estando en el fondo de un pozo estuviera mirando hacia arriba a una estrella; pero pude ver esa elevada conciencia. Lo único que entonces experimenté, con una intensidad que no puedo describir, fue el hecho de que si yo antes suponía tener voluntad, tener intelecto, tener emociones, todo eso no era ya mío: era suyo; era su voluntad, su sentimiento, no los míos en absoluto. Jamás he olvidado esta experiencia que dejó impreso en mí este hecho con una certeza que no me es posible describir.

Esta certeza de que lo divino está en nosotros puede conseguirse también mediante la conciencia búddhica, como ya he explicado. En el momento en que la tenemos nos sentimos rodeados por un océano de conciencia y sentimos que somos parte de ella y, a la vez, sentimos que muchos más participan de ella al mismo tiempo que nosotros; y de hecho, además de estos sentimientos, comprobamos que todo es una sola conciencia que nos penetra a nosotros lo mismo que a los demás: que somos Dios. Esta comprobación nos imbuye un sentido de la más perfecta seguridad y confianza; el impulso, el estímulo más tremendo que podamos imaginar. Cabe pensar que muchas personas pudieran alarmarse al principio de estas experiencias, por parecerles que se estaban extinguiendo. No hay nada de esto; recordemos lo que dice el Cristo: "Aquel que por Mi causa pierda su vida, la encontrará." Cristo representa el principio búddhico y sus palabras, pues, tienen ese significado. "Aquel que por Mi causa —por el desarrollo del Cristo interno para que salga de su cuerpo causal en el cual ha estado viviendo durante tanto tiempo— se encontrará a sí mismo: encontrará una vida mucho más grande y elevada." Se necesita valor para hacer esto y la primera vez es desconcertante sentirse por completo en el vehículo búddhico y advertir que el cuerpo causal, en el que se ha vivido durante tantos años se ha desvanecido. El que llegue a practicar una u otra de las dos experiencias que se describen sabrá, con absoluta certeza, que el Ser es uno. Esta idea no puede expresarse; pero esto se conocerá al tener la experiencia y a partir de ese momento, no habrá nada que haga desaparecer esa certeza.

No confundáis vuestros cuerpos con vosotros —ni el cuerpo físico, ni el astral, ni el mental. Cada uno de ellos pretenderá ser el Yo Superior para conseguir lo que quiere. Pero tenéis que

conocerlos a todos, y reconocerlos a vosotros mismos como su dueño.

C.W.L.— El Maestro habla de estos cuerpos de una manera clara y concisa, como si fueran personas separadas refiriéndose, por supuesto, a los elementales que ya hemos considerado. La tiranía de esos elementales es absoluta sobre la mayor parte de las personas, que no sólo no hacen ningún esfuerzo para librarse de ese dominio, sino que ni siquiera saben que llevan un yugo del que hay que desprenderse. La gente no establece una diferenciación entre ellos y sus cuerpos. La desastrosa creencia de que el hombre *tiene* un alma, ha sido causa de muchísimo daño en este sentido. Si la gente se diera cuenta de que el hombre es un alma y que *tiene* cuerpos, de inmediato empezaría a clarificar un poco las cosas. Mientras el hombre tenga la idea de que el alma es algo vago que flota por encima de él, hay muy pocas esperanzas de que esto se logre. Cuando notemos que los elementales comienzan a vibrar, deberíamos decir: "Esta emoción es una vibración de mi cuerpo astral y yo vibraré como *yo* quiera. Por el momento, yo soy el centro de este grupo de cuerpos y los utilizaré como *me* convenga."

Cuando se ha de hacer un trabajo, el cuerpo físico quiere descansar, pasear, comer y beber; y el hombre que no sabe se dice a sí mismo: "Quiero hacer estas cosas y debo hacerlas." Pero el hombre que sabe, dice: "Esto que en mí desea, no soy yo, y debe esperar."

C.W.L.— Esto es muy notable en el caso de los niños. Cuando un niño quiere hacer alguna cosa, esa cosa constituye para él el cielo y la tierra; tiene que hacerla allí mismo y en ese momento, y si algo se lo impide piensa que el universo se derrumba. Los salvajes hacen lo mismo: son impulsivos

hasta tal punto, que por cualquier nimiedad son capaces incluso de matar a un hombre. El hombre civilizado reflexiona: "Esperaré y tendré en cuenta lo que pueda suceder." El niño se lanza a satisfacer su capricho y, frecuentemente, los mayores le regañamos y le reprochamos demostrando así que no conocemos bien su naturaleza. El niño dice: "Lo olvidé", lo que es absolutamente cierto; pero nosotros lo ponemos en duda porque sabemos que debemos recordar. Hemos olvidado tanto nuestra infancia como la de nuestra raza. Debemos decir al niño: "Sé que sientes un impulso, pero no debes hacer eso en este momento; causarías muchos trastornos a los demás. Lo harás en otra ocasión." Así es como se progresa en educación. Lo mismo sucede con el salvaje que con el transcurso del tiempo va aprendiendo que hay impulsos que no deben seguirse. Esto requiere varios nacimientos y generalmente se muere en el proceso; pero, gradualmente, va siendo primero menos salvaje y luego más civilizado. El hombre de evolución avanzada trata a su cuerpo como una entidad separada, como una cosa que él puede manejar.

A menudo, cuando se presenta la oportunidad de ayudar a alguien, el cuerpo incita a pensar: "¡Cuánto esfuerzo será esto para mí! Que lo haga alguien más!" Pero el hombre le replica a su cuerpo: "No me estorbarás para hacer el bien."

C.W.L.— Con relación a este punto, la Dra. Besant hace notar que son muchas las ocasiones en las que encontramos alguna tarea notablemente buena y que debe llevarse a cabo; pero que la mayoría se limita a decir: "Sí, hay que hacer eso. Algún día alguien lo hará; ¿por qué tengo que molestarme yo?" Pero los que son inteligentes dirán: "He aquí una buena labor que hay que hacer; ¿por qué no hacerla yo? Y, de inmediato, empezarán a trabajar.

El cuerpo es vuestro animal —el caballo en el que cabalgáis. Por tanto, debéis tratarlo bien y cuidarlo; no debéis fatigarlo; debéis alimentarlo adecuadamente, con alimentos y bebidas puras solamente, y mantenerlo siempre escrupulosamente limpio, incluso de la más leve mota de polvo.

C.W.L.— El concepto de que el cuerpo es un animal, es realmente útil; el símil es obvio y cuanto más de cerca lo sigamos, más cerca estaremos de proceder en la forma correcta. Supongamos que tienes un caballo. Doy por sentado que eres una persona responsable y bondadosa que a la vez que quieres que el caballo haga su trabajo, comprendes que debe gozar de bienestar, de comodidad y de salud en el mayor grado posible. Antes que nada, pues, procurarás llevarte bien con tu caballo, le conocerás y harás que te conozca y que sienta que tu disposición hacia él es buena. Luego averiguarás qué alimentos le convienen y se los suministrarás en la cantidad adecuada, no dándole los que le perjudiquen. Al mismo tiempo, le harás trabajar, porque para eso tienes el caballo; pero jamás con exceso de ninguna clase. Conocerás lo que puede hacer y procurarás que lo haga. Si has conseguido que confíe en ti, te obedecerá fácilmente y cuando le sugieras algo te obedecerá porque sabe que todo será para su bien y confiará en ti incluso en el caso de que esté asustado. Y de esa manera es como podrás conseguir de él el máximo rendimiento posible con la menor fatiga. Un mal entrenador aterroriza a veces a su caballo, pero después ya no podrá hacer que trabaje bien. Tú no buscas eso: deseas entenderte bien con el animal.

El cuerpo es exactamente como un caballo. Hemos de encontrar la mejor forma de tratarlo. Es un grave error aplicar métodos severos de Hatha Yoga. Debemos ser ama-

bles con él y conseguir el máximo del mismo sin someterlo a un trabajo excesivo, porque en una hora podemos causar daños que requieran muchos años de reparación. Grande es la intensidad y el ajetreo de la vida moderna. El hombre de negocios piensa que debe trabajar más, pero es frecuente que ese exceso de trabajo trastorne su organismo físico y que lo que está trastornado no vuelva a su condición normal. Es muy fácil organizar estos daños, porque el cuerpo es una maquinaria muy delicada; una maquinaria *viviente*. El cuerpo tiene un asombroso poder de recuperación y, en muchos casos, lo que conocemos por "un cuerpo fuerte" puede soportar muchísimos excesos. Pero el hecho de que el cuerpo sobreviva a esos excesos no es prueba de que no haya sufrido ningún daño. Al contrario, con frecuencia un exceso de esfuerzo deja huellas permanentes. Por lo tanto, todos los que traten de lograr un desarrollo oculto deben estar prevenidos de que hay que tener mucho cuidado y comprender bien que, como dijo nuestra Presidenta, lo que no tenemos tiempo de hacer no es trabajo nuestro.

Luego viene el tema de la alimentación. La teoría de que todos podemos vivir con cualquier clase de alimentos no es muy recomendable para el hombre con sentido práctico. Las personas difieren notablemente en disposiciones y capacidades. Hay un viejo adagio que dice que lo que para unos es carne para otros es veneno, y esto es cierto por lo que se refiere al valor de los alimentos. Existe la tendencia a creer que la gente que da mucha importancia a la alimentación se inquieta demasiado por asuntos puramente físicos. Cierto, nunca conviene llegar a la exageración; hay que situarse en el punto medio. El mismo cuerpo es el que puede ir indicando qué es lo que conviene y en qué cantidades. Dentro de lo razonable podemos dar al cuerpo lo que desee y le agrade; pero nunca cosas que lo perjudiquen, como carne y alcohol. Nunca se le debe obligar para que tome algo por la fuerza,

procurando siempre darle lo que requiera, entendiendo bien lo que se hace, para ganarse así la cooperación de la inteligencia que en el cuerpo pueda haber.

Es frecuente encontrar dificultades para pasar de la dieta de carne al sistema vegetariano. En Inglaterra los que empiezan a realizar este cambio suelen confundir las cosas con mucha frecuencia; su principal alimento ha consistido en carne, coles y patatas. Entienden que para pasarse al vegetarianismo han de suprimir la carne y alimentarse sólo con las coles y las patatas. Ahora bien, la patata es prácticamente almidón y la col es casi sólo agua. El ser humano no puede vivir sólo de almidón y agua, necesita una alimentación que le permita formar carne, huesos y sangre y esto requiere una gran diversidad de alimentos; fácilmente, pues, puede buscar la alimentación conveniente para su cuerpo y sujetarse después a ella con inteligencia. Los que sufren de indigestión es probable que estén tomando alimentos inadecuados; deben hacer la prueba con otros alimentos, pues casi siempre se puede encontrar la forma de corregir este padecimiento, excepto en algunos casos desesperados. Cuando los niños crían gusanos de seda para observar su metamorfosis en mariposas, tienen mucho cuidado en encontrar la clase de hoja que el gusano necesita comer; saben que sólo hay una clase de hoja que les conviene. Es evidente que por nuestra parte hemos de tener mucho cuidado con el animal que habrá de servirnos durante tantos años y hemos de alimentarlo adecuadamente con alimentos y bebidas puros.

Hay que tener mucho cuidado con la higiene. Hay muchas razones para esto; no sólo por cuestiones de salud, ni simplemente porque resulta una cosa refinada que debe hacerse, sino también porque el Maestro utiliza especialmente a aquellos que están en estrecha relación con él para derramar su fuerza. Esto, generalmente, lo confía a sus discípulos que están en contacto directo con Él; pero cualquier persona que

trata simplemente de vivir los principios que se exponen en libros como el que estamos estudiando está bajo su mirada y, por consiguiente, es posible que esa persona resulte necesaria y sea utilizada como un canal de fuerza. Podría suceder muy bien que en un lugar preciso no se encontrase un discípulo adecuado para canal de determinadas fuerzas, y que alguna otra persona no tan avanzada sí se encontrase en condiciones de servir para ese propósito. En ese caso, el Maestro podría utilizarla.

Hay mucha diversidad de fuerzas que el Maestro derrama con propósitos distintos; en algunos casos, una persona es la adecuada para canal de ciertas fuerzas, y en otros casos lo es otra. Observando el caso de dos condiscípulos vemos que uno de ellos siempre es utilizado para un tipo de fuerza y el otro para otro tipo diferente. Este derrame de fuerza es físico, astral, mental y búddhico y en el plano físico tiene lugar especialmente a través de las manos y de los pies. Por consiguiente, si el cuerpo físico de la persona estuviera en malas condiciones de limpieza en un momento determinado, el Maestro no podría utilizarlo porque no sería un canal apropiado. Esto sería parecido a hacer pasar agua limpia por una tubería sucia; en el camino se contaminaría. Es por esto que aquellos que están en estrecha relación con el Maestro son excesivamente cuidadosos de su higiene corporal. Cuidemos, pues, de cumplir con este requisito de la limpieza porque sin esto nunca podremos ser utilizados.

Otra cosa en la que hemos de tener cuidado, si queremos ser de utilidad, es la de evitar las torceduras y deformaciones, especialmente en los pies. No hace mucho tiempo visité durante unas cuantas semanas una comunidad cuyos miembros acostumbran a caminar descalzos, y quedé horrorizado al contemplar los pies torcidos y deformados de muchos de los estudiantes y al observar en qué forma tan seria esas deformidades impiden que sean utilizados como canal de las

fuerzas del Maestro. El proceso natural para el derrame de fuerzas en condiciones ordinarias consiste en llenar el cuerpo del discípulo y dar salida por las extremidades, pero en aquellos casos en que un tratamiento antihigiénico de los pies ha producido deformaciones permanentes, el Adepto sólo puede utilizar la parte superior del cuerpo, y como tal cosa implica el trabajo añadido de construir un dique o barrera en la región del diafragma del cuerpo del discípulo, es evidente que otros que estén libres de estas deformidades serán utilizados con mayor frecuencia.

Porque sin un cuerpo perfectamente limpio y sano, no podéis realizar el árduo trabajo de preparación, ni podéis soportar su constante tensión.

C.W.L.— En las actuales circunstancias la preparación para el Sendero es cosa verdaderamente árdua y el hecho de apresurarla requiere un esfuerzo incesante que no podremos soportar a menos que todos nuestros cuerpos, incluido el físico, estén en buenas condiciones. Por lo tanto, para el progreso rápido es necesaria una salud perfecta y cuando esa salud falla, de inmediato surge una demora. Aquellos que cuidan del progreso de un discípulo están muy pendientes de que no haya un esfuerzo excesivo y nunca le encomendarán un trabajo sin que tengan la seguridad de que puede ser perfectamente desempeñado por él y con un margen de capacidad adecuado.

Pues tenéis que ser siempre vosotros los que controléis el cuerpo, no que éste os controle a vosotros. El cuerpo astral tiene sus deseos —doras de ellos; quiere que os enfadéis, que digáis palabras hirientes, que sintáis celos, que codiciéis el dinero, que envidiéis a los demás sus

posesiones, que sucumbáis a la depresión. El cuerpo astral quiere todas esas cosas y muchas más, no porque desee perjudicaros, sino porque a él le gustan las vibraciones violentas, y le gusta cambiarlas constantemente. Pero vosotros no queréis ninguna de estas cosas y, por lo tanto, tenéis que saber distinguir entre vuestros deseos y los de vuestro cuerpo.

A.B.— Imagino que la mayoría de las personas que piensan se dan cuenta claramente de que ellos no son sus cuerpos físicos; pero los ejemplos que aquí da el Maestro demuestran cómo de una manera continua se identifican con sus cuerpos astrales. Con mucha frecuencia notamos que hemos dicho, 'estoy enfadado, me siento irritado'. Incluso aquellos a los que no les gusta mezclarse con sus emociones bajas, se mezclan con ellas cuando son elevadas. Es probable que no digan 'me siento celoso', cuando son conscientes del sentimiento de los celos, porque aunque la persona pueda confundirse con sus sentimientos, trata de disimular los que son bajos, y en este caso se engañará a sí misma pensando que el sentimiento no es de celos, sino de amor: 'Estoy dolido porque fulana, a la que tanto quiero, ama a otro hombre más que a mí'. El amor es tan amplio, abarca tantas virtudes, que al hombre le gusta escudarse en él y atribuirle infinidad de cosas que no le corresponden en absoluto. Por lo que a nosotros se refiere, es mejor examinar nuestros sentimientos y no jugar con esas cosas serias y engañarnos con palabras bonitas. En el caso que estamos estudiando, el hombre no se siente herido porque ame a su amiga, sino porque desea apropiarse de esa amiga para él mismo. Siempre que el hombre se siente ofendido está en el terreno del egoísmo, el polo opuesto al del amor. Tú, el ego real, no puedes tener celos; tu cuerpo astral sí; ni tampoco puedes sentirte colérico o irritado; estas son actividades propias del cuerpo astral.

El Maestro cita otros ejemplos: la avaricia, la envidia, la depresión. Los aspirantes al Sendero no son tan propensos a ser víctimas de los dos primeros atributos como del último. Generalmente, no nos preocupamos tanto de la depresión como de otros sentimientos, porque estamos en el error de que la depresión sólo nos afecta a nosotros. Decimos: 'Si estoy triste o deprimido, es cosa mía'. Pero esto no es cierto: la depresión también causa daño a los demás. El mecanismo de este proceso es muy conocido por los estudiantes de ocultismo. Las vibraciones de la depresión se extienden a nuestro alrededor y afectan los cuerpos astrales e incluso mentales de otras personas. Este mal es mucho más peligroso de lo que generalmente se cree, porque muchas de las personas que pueden verse afectadas por nuestros sentimientos pueden ser personas poco desarrolladas y también pueden estar expuestas a circunstancias que las impulsen a cometer crímenes.

Los que están familiarizados con la historia y las estadísticas de la criminalidad saben que un gran número de crímenes, especialmente asesinatos y suicidios, se cometen después de un período de depresión. En el banquillo de los acusados es frecuente la disculpa: 'tuve un irresistible sentimiento de desesperación; no pude contenerme'. Hay muchas personas poco evolucionadas que pueden verse afectadas de esta manera y algunas pueden sufrir cárcel y muerte, sin haber sido realmente responsables, o por lo menos habiéndolo sido sólo parcialmente, del crimen cometido por sus manos. Vivimos en un mundo donde muy pocos conocen estas leyes internas y nuestros tribunales imparten una justicia muy imperfecta por falta de un simple conocimiento de los rudimentos de la psicología.

Es posible que yo tenga una idea más clara de todo esto porque con frecuencia pasaba de un estado de exaltación a uno de gran depresión. Hay muchas personas con tempera-

mentos parecidos: un día, el mundo les parece lleno de felicidad; brilla el sol, la naturaleza es hermosa; en todo hallan gozo y belleza. Luego sigue la reacción inevitable: les invade un sentimiento de profunda tristeza y todo el mundo se oscurece. Si se examinan las cosas con calma se comprende bien que las causas externas a las que debe atribuirse este cambio no bastan para originar semejantes resultados. Sin embargo, un temperamento de esta índole no deja de tener ventajas. Realmente, yo no hubiera podido expresarme con tanta efectividad si no hubiera nacido con esta condición; forma parte de las características del orador el conocer estos sentimientos en sus extremos. Como cualquier otro temperamento, tiene sus ventajas y sus desventajas, pero uno no debe dejarse arrastrar por estas violentas alteraciones del sentimiento.

No es fácil pensar que el hombre pueda librarse de este defecto diciéndose simplemente a sí mismo: 'no debo sentirme deprimido'; pero incluso los peores casos pueden vencerse teniendo siempre presente que no hemos de dejarnos dominar por esta tendencia, por los deplorables efectos que esto acarrea a los demás. Por consiguiente, no basta con realizar un esfuerzo para alejar de sí mismo estos sentimientos; hay que reemplazarlos por fuertes sentimientos de ánimo y alegría, a los que debe sumarse la calidez de sentimientos altruistas.

El cuerpo astral, como dice el Maestro, no se propone causarnos ningún daño. Procede en la forma en que lo hace porque está constituido por la esencia elemental que va en su arco descendente y que evoluciona por medio de cambios de vibración violentos y constantes. Este deseo constante de cambios violentos del cuerpo astral es una cosa que debe ayudar al estudiante a darse cuenta de que este cuerpo no es él, sino algo que le ocasiona cambios de estado de ánimo sin una causa aparente, y que no son aprobados por la razón,

porque son actividades independientes del cuerpo astral. Debemos percatarnos de ello y no permitir ser juguete de estas alteraciones. Hemos de estudiar nuestra naturaleza astral y hemos de encontrar cuáles son las cosas indeseables que aquella desea particularmente. Luego, hemos de decidir tranquilamente, no hemos de ceder ante ellas. Una vez hecho esto, no pensemos ya más en ellas; no cavilemos más. Escogamos las tendencias contrarias y pongámoslas en práctica durante todo el día. Si el cuerpo astral desea impacientarse, fijemos la mente en la paciencia; pensemos en ella en nuestra meditación matinal y practiquémosla durante todo el día. Si el cuerpo astral quiere sentirse celoso, observemos simplemente el hecho y dejemos de pensar en los celos; pensemos en el altruismo y practiquémoslo sin parar y entonces ya no habrá lugar para los celos. La mente no puede contener dos cosas opuestas a la vez.

Recordemos que las dificultades constituyen oportunidades para el que quiere ser ocultista. No da pruebas satisfactorias el discípulo que demuestra amor cuando todo a su alrededor es bondad, que da muestra de amabilidad con los que le son simpáticos y amables. Esto lo hace cualquiera. Los que aspiran a ser discípulos deben sentir la noble emoción cuando están recibiendo de los demás la emoción innoble. De otro modo sólo serán como los demás. Hay que tener esto presente al enfrentarse con las dificultades y con la tentación; el aspirante tiene que enfrentarse a ellas como oportunidades que se le presentan para liquidar sus deudas. Para un discípulo, cualquier persona o circunstancia con la que se encuentre, no son una tentación: son una oportunidad. Es entonces —cuando el discípulo cambia las emociones malas en emociones buenas— cuando empieza a parecerse a su maestro; es entonces cuando está demostrando las cualidades del Maestro.

Pensemos, pues, en nuestra meditación matinal en las cualidades que nos hacen falta; si somos irascibles, pensemos en la paciencia. De ese modo, cuando nos encontremos con una persona colérica o fastidiosa durante el día, primero responderemos con irritabilidad por la fuerza de la costumbre, pero un momento después de haber caído en el error, pensaremos en la paciencia. La vez siguiente pensaremos ya en la paciencia en el momento de estar cometiendo el error; un poco más de práctica y pensaremos en ella un momento antes y luego sentiremos todavía la irascibilidad, pero no daremos ya muestras de ella; finalmente, ni siquiera nos sentiremos iracundos. El primero de estos estados de ánimo demuestra ya que la meditación está dando sus frutos.

Sé de algunas personas que se han hecho estos propósitos y que se han sujetado a estas prácticas durante algunos días o algunas semanas, que dicen: 'Ya no medito más sobre estas cosas; no obtengo ningún resultado. Mis meditaciones no me hacen ningún bien. No hago ningún progreso.' Es exactamente igual que si una persona emprendiese un viaje de tres días hacia algún lugar y después de transcurridas una o dos horas se sentara y dijera: 'no tiene ningún sentido este caminar; no llego a ninguna parte.' Cualquiera persona se da cuenta de la tontería de ese proceder en el caso físico; lo anterior, en el orden mental, no es menos torpe. La meditación *debe* producir sus resultados, en la misma forma que el caminar nos conduce a nuestra meta. Tan cierta es una cosa como la otra. Las reglas científicas actúan sin cesar y toda la fuerza que pongamos en juego tiene que producir sus resultados. Si no se obtiene de inmediato lo que uno se propone es debido a que todavía quedan algunas resistencias que vencer y que la fuerza está neutralizando hasta conquistarlas completamente. No pensemos en los resultados. Nos basta con pensar en la cualidad de la paciencia, o en cualquier otra que deseemos desarrollar y los resultados vendrán por sí mismos.

C.W.L.— Después de todo, no es muy difícil comprobar con alguna práctica que no somos el cuerpo físico; que éste no es sino una vestidura; pero, por lo que respecta al cuerpo astral —nuestras emociones y nuestros deseos— presenta más dificultad, porque con frecuencia nos parece una parte más íntima de nosotros mismos. En la vida diaria encontramos personas que sienten que ellas son sus emociones y sus deseos; hay algunas tan repletas de ellos que si pudieran imaginar que esas emociones y esos deseos se extinguiesen sentirían que ya no queda nada de ellas; toda la persona es deseo y emoción. Para una persona de esa condición es muy difícil separarse de su cuerpo astral; y sin embargo, esto es lo que hay que hacer. El hecho de que el cuerpo astral esté incesantemente cambiando su temperamento debe ayudarnos a comprender que no es el ego, el 'yo'. Como alma no cambiamos; siempre deseamos lo mismo; el progreso para quedar en condiciones de ayudar a los demás a caminar por el Sendero de nuestros Maestros. Por lo tanto, queda muy claro que el cuerpo emocional no es el ego.

El elemental astral tiene una particular condición de continuidad porque los átomos permanentes atraen a su alrededor precisamente la calidad de materia que poseíamos en nuestra vida anterior. Por eso es difícil someter y controlar repentinamente esta entidad. Pero no obstante puede hacerse, y la mejor manera consiste en determinar por medio de un cuidadoso examen, cuáles son las actividades indeseables que el cuerpo astral quiere seguir. Todos tenemos nuestras dificultades especiales. Alguno es probablemente nervioso o irascible, o con inclinación a sentirse celoso, o tiene ambición de dinero. Cuando esto se haya aclarado, hay que proponerse corregir con calma esta deficiencia. Supongamos que se trate de la irritabilidad, que es muy común en las condiciones terribles y el ruido de la vida moderna. La persona debe grabar en su mente que dejará de ser irascible. Es muy

importante hacer de esto un tema de meditación, teniendo presente que la forma no consiste en combatir el defecto, sino más bien en meditar en la virtud opuesta: la paciencia. Nunca debe pensarse en el defecto y en luchar contra él, porque de esa manera le añadimos una mayor vitalidad.

El mismo método debe aplicarse cuando se trata de ayudar a los demás por medio del pensamiento. Si tratamos de ayudar a alguien que tenga ese defecto de la irascibilidad, en lugar de pensar en ello y lamentarlo, y por consiguiente intensificarlo, debemos pensar: 'Quiero que esta persona se calme y tenga paciencia'. Así es como toda la fuerza del pensamiento va en la dirección de que esa persona tenga esas cualidades.

Al principio, cuando nos encontremos con una persona irascible, es probable que la fuerza de la costumbre nos haga sentirnos irritados también, aunque momentos después recordemos que ya no queremos ser irascibles ni coléricos. El hecho de recordarlo ya es algo, aun cuando sea después. Probablemente, la vez siguiente, o después de veinte veces, lo recordemos en el mismo momento y no después. En el tercer grado lo recordaremos antes de decir cosas irritantes; el sentimiento de irascibilidad todavía subsiste pero ya no lo exponemos. El siguiente paso es que ya no se siente ira en absoluto; está vencida y no volverá a molestarnos ni en esta vida ni en las vidas siguientes.

Para dominar la naturaleza astral también es necesario no tener sentimientos personales que puedan sentirse dañados u ofendidos. Los mejores sentimientos, como la comprensión y el amor hemos de fomentarlos en nosotros hasta donde nos sea posible. Pero hemos de tener sentimientos que no puedan ser heridos u ofendidos. Aquel que pueda sentirse herido en sus sentimientos está pensando en sí mismo, y nosotros, si es que nos hemos entregado al Maestro, no tenemos derecho

a hacerlo. Es posible encontrar personas tan primitivas que no adviertan un insulto; esto no es recomendable: lo que hace falta es advertir el insulto y prescindir de él, lo cual siempre es el mejor camino. Si alguien dice de nosotros cosas desagradables no hay que hacerle caso; los seres humanos han estado hablando mal unos de otros desde el principio de los tiempos y hasta que no hayamos alcanzado el adeptado las cosas continuarán de esta manera. Después de todo, lo que digan los demás no importa en absoluto. Sólo es una vibración pasajera del aire y no será más que esto mientras nosotros no permitamos otra cosa. Si alguien dice de nosotros algo desagradable, si no la oímos no nos hiere en lo más mínimo. Si sucede que sí la oímos y nos produce ira, horror y desesperación y todo lo demás, esto no son cosas que puedan imputarse al que profirió esas palabras: somos nosotros mismos los que nos estamos haciendo daño. Hay que tomarse estas cosas filosóficamente. Hay que decir: 'Pobre hombre, poco sabe él de todo esto.' En esos casos hay que ser amable y bondadoso. Lo que dicen los demás tiene muy poca importancia porque nunca saben lo que dicen. Recordémoslo: "el corazón conoce sus amarguras". En todos los casos, el hombre tendrá sus razones para lo que dice y para lo que hace y lo que piensa; desde fuera nunca conocemos esas razones, porque sólo observamos las cosas superficialmente y, por lo general, de una manera completamente equivocada. Por lo tanto, mientras no alcancemos el plano búddhico, concedámosle el beneficio de la duda, o lo que es más sabio todavía, dejemos de atribuir motivos a nadie. Si los actos de alguna persona nos parecen impropios, la actitud más bondadosa es decir: 'Yo no habría hecho eso; me parece equivocado, pero doy por sentado que esa persona tiene sus razones, aun cuando yo desconozca cuáles puedan ser.'

Cuando alguien reacciona bruscamente, con frecuencia es porque las cosas le han ido mal y por eso se siente descen-

trado y entonces es posible que, después de su contratiempo, la primera persona con la que se haya topado y con la que haya hablado seas tú. No es que esté disgustado *contigo*. Ha sufrido algún trastorno; tal vez no le haya sentado bien la comida. Hay que aprender a ser condescendientes con los demás y a decir: 'Pobre hombre, quizá no siempre se sienta tan amable y condescendiente como yo'. Probablemente esa persona lamente luego el haberse manifestado con brusquedad, o tal vez, quizá, ni siquiera se dé cuenta de haber dicho algo impropio.

Cualquier sentimiento de sentirse ofendido o herido nace de una mente egoísta. Si no estuviéramos pensando en nosotros mismos no podríamos sentir ninguna ofensa. Este pensar en nosotros mismos es precisamente lo que hay que desarraigar y arrojar. También los celos son consecuencia de pensar en nosotros. Aquel que piensa en lo mucho que ama a otra persona no se preocupa porque la persona amada ame a un tercero. El concepto engañoso de que somos un ser separado es la base y el origen de casi todas nuestras contradicciones.

La persona egoísta es en realidad una persona desfasada; vive todavía como le fue necesario hacerlo hace veinte mil años; ahora eso ya no resulta útil ni necesario; esa persona, simplemente, se encuentra muy atrás en el tiempo. Hemos de modernizarnos. Nuestra vida y nuestros pensamientos están consagrados al futuro que el Gran Maestro del Mundo hará para nosotros y es por ello que debemos desechar todos estos conceptos anacrónicos.

Al examinarnos a nosotros mismos para descubrir las faltas que debemos corregir, hemos de preocuparnos de no caer en la actitud impropia del arrepentimiento y del remordimiento. Recordemos la historia de la mujer de Lot y no miremos hacia el pasado: esta es una ocupación que resulta

inútil. Después de haber cometido una falta debemos decir serenamente: 'Cometí una tontería; no volveré a hacerlo.' Se atribuye a Tayllerand esta frase: "Cualquier hombre puede cometer un error; todos cometemos errores; pero el hombre que comete dos veces el mismo error es un necio." Un Maestro dijo en cierta ocasión: "El hombre que nunca comete errores, nunca hará nada." Si no nos inquietamos por lo que hemos hecho en vidas pasadas, ¿por qué hemos de inquietarnos por lo que hicimos ayer? Todo pertenece igualmente al pasado. El remordimiento es una pérdida de tiempo y energía. Más todavía: es una de las formas del egoísmo.

Es fácil ser amable y bondadoso con aquellos que lo son con nosotros; pero si es que hemos logrado algún verdadero progreso, debemos prodigar amor aun cuando éste no se nos devuelva. Cristo dijo: "Si amas a los que te aman, ¿qué recompensa te corresponde? ¿No hacen también lo mismo los publicanos? [San Mateo, v. 46]. Su mandato fue: "Ama a tus enemigos y ruega por aquellos que te injurian." [San Lucas, VI, 27-29.] Es entonces cuando un discípulo del Maestro puede demostrar lo que vale; cuando puede hacer lo que haría el Maestro; cuando, aunque la gente hable mal de él y lo denigre, piensa en ellos con bondad y amorosamente y encuentra excusas para aceptar sus torpezas. Esto es lo que hay que hacer. No basta con devolver amor y bondad, éstos hemos de derramarlos sobre aquellos que apenas saben lo que esto significa. Del Cristo se dijo que cuando fue injuriado no injurió; que cuando sufrió no amenazó; pero encomendó su causa a Aquel que juzga rectamente. [Pedro, II, 23]. Todos sufrimos injusticias y malos enjuiciamientos, y en ocasiones malos entendimientos. Nadie debe inquietarse por ello. El karma lo pondrá todo en su sitio. "La venganza es mía. Dejaré todo saldado, dijo el Señor." [Romanos, XII, 19.] Dejémoslo todo en Sus manos. La justicia deberá cumplirse y todo lo que está mal quedará como es debido y los que ahora nos

juzgan mal algún día comprenderán su error y lamentarán sus equivocaciones. No habrá ninguna injusticia. Todo quedará como debe ser.

El mismo Logos nos está poniendo constantemente ejemplos de Amor. Hay muchos que hablan mal de Él; muchos. Lo comprenden mal y Lo escarnecen. Él no responde; el flujo constante de la vida divina continúa sin cesar. Una actitud así debe caracterizarnos en la misma medida que deseemos ser una expresión de la divinidad.

Vuestro cuerpo mental desea pensar orgullosamente que es algo aparte, pensar mucho en sí mismo y poco en los demás.

C.W.L.— También aquí hemos de establecer la diferencia entre lo que el cuerpo mental desea y lo que nosotros deseamos. Tenemos la costumbre de decir: 'Yo pienso esto y lo de más allá' pero, en nueve de cada diez casos, la realidad es que nosotros no pensamos; es la mente la que piensa. Muchos de nosotros hemos estado tratando de controlar nuestros pensamientos, pero si les pasamos revista podemos observar cuán pocos son los que se pueden atribuir a nosotros —al Ego— y cómo la mayor parte corresponden a la mente inferior. La mente inferior deambula de una cosa a otra, revolotea sobre la superficie de una gran variedad de cosas, sin concentrarse en ninguna de ellas. Por lo general, la mente no quiere centrarse en una sola cosa, sino que quiere ir de una cosa a otra para conseguir un cambio constante de vibraciones. Es muy probable que al hacer un examen de nuestras actividades mentales encontremos que hemos estado pensando en una infinidad de cosas triviales durante un corto espacio de tiempo. Por ejemplo, cuando caminamos por una calle observaremos que, si bien *nosotros* no hemos estado pensando en una forma definida, hay algo que ha

estado pensando todo el tiempo; ese es el cuerpo mental. Si no lo sometemos a control, pasará revista a una infinidad de cosas inútiles para nosotros, aunque no necesariamente malas, a menos que sean puramente egoístas. La mente también tiene la costumbre de la asociación de ideas por medio de lo cual irá confundiendo nuestros más bellos pensamientos hasta conducirnos hasta cosas triviales y completamente distintas. Hemos de controlar y modificar todo esto. Ya sé que es difícil estar siempre pendiente de lo que hace la mente, pero hay que hacerlo así, porque la mente es una fuerza poderosa; la más poderosa de las que tenemos en nosotros. Si conseguimos dirigir la voluntad mediante el cuerpo mental, hay pocas cosas que no podamos hacer por su mediación. Este enorme poder puede ser nuestro, seamos ricos o pobres, jóvenes o viejos, y constituye un valioso instrumento al servicio del Maestro si ejercemos una vigilancia constante hasta formar nuevos hábitos mentales. Con el pensamiento podemos hacer muchas cosas que de otra manera nos resultarían imposibles. Un pensamiento de afecto enviado a una persona de la que sepamos que está necesitando ayuda, puede ser un servicio mucho más valioso que la dádiva pecuniaria; puede producir resultados benéficos para toda la vida. Tal vez los resultados puedan no manifestarse en el plano físico, pero no por ello dejan de ser un trabajo real para el Maestro.

En el fondo de nuestra mente hemos de llevar siempre el pensamiento del Maestro y a Él hemos de volver siempre que el Ego no esté pensando realmente en algo que requiere su atención. Este pensamiento debe ser tan preciso como sea posible. Hay personas cuyo pensamiento en el Maestro es una especie de beatitud incierta, una especie de semi-éxtasis; una cierta clase de colapso religioso durante el cual no piensan realmente en algo preciso. En lugar de sumergirnos en un pensamiento que carece de precisión, hagamos que nuestra devoción hacia el Maestro tome una forma definida como

‘¿Qué puedo hacer para servirle, en qué dirección puedo utilizar la fuerza de mi pensamiento?’

En este libro encontramos, una y otra vez, una marcada insistencia sobre el hecho de que realmente sólo hay un pensamiento; de que sólo hay una voluntad; un sólo trabajo para nosotros. El pensamiento único es el pensamiento de servir al Maestro; la voluntad única es hacer ese trabajo; el trabajo único es la devoción hacia Él y en Su nombre hacia el mundo. Aun cuando en el trabajo que hemos de hacer habrá la más compleja diversidad, todo será para el Maestro y para el mundo. En la mente del Maestro sólo hay un pensamiento: el servicio; y si queremos ser uno con Él, ese debe ser también nuestro único pensamiento. Esto implica que debemos capacitarnos para servir y en ese sentido esto incluye algún progreso para nosotros, no porque deseemos ser grandes, sino porque deseamos ser instrumentos eficaces.

Hay muchas personas que están desarrollando sus cuerpos mentales. Los grandes investigadores científicos lo hacen con la única finalidad de adquirir conocimiento. Quizá en ocasiones también tengan la idea de adquirir celebridad cuando hacen un descubrimiento, pero entiendo que esto es muy poco frecuente entre los hombres de ciencia. En el fondo, generalmente, desean que el descubrimiento sea de utilidad, pero ante todo, el hombre con una mentalidad científica siente un inmenso deseo de saber. Noble actividad de muchas almas que prestan grandes servicios a la humanidad. Nosotros también debemos esforzarnos en cultivar nuestros cuerpos mentales para hacer de ellos instrumentos delicados, eficaces, útiles. ¿Por qué? ¿Por qué afila su cepillo el carpintero? No con el propósito de tener un instrumento mejor afilado que el de cualquier otro carpintero, sino para poder trabajar mejor la madera; para poder realizar un trabajo bien hecho. Precisamente por razones parecidas es por lo que

debemos entrenar nuestros cuerpos mentales. Pero siempre hemos de tener presente el pensamiento: “Estoy haciendo un instrumento para servir al Maestro”. Quien alcance este ideal quedará libre del orgullo espiritual y así evitará los tropiezos que sufren los que tan sólo logran un desarrollo intelectual.

Incluso, aun cuando lo hayáis alejado de las cosas mundanas, todavía tratará de planear para sí, de haceros pensar en vuestro propio progreso, en vez de pensar en la labor de los Maestros y en ayudar a los demás.

A.B.— Lo que más me ha llamado la atención en esta enseñanza del Maestro es la forma en que insiste reiteradamente en la idea de un pensamiento, una voluntad, un trabajo. Aparece esa unidad irradiando con tal fuerza, que sentimos que el Maestro sólo puede tener este pensamiento único; que se ha unido con el Uno en forma tan perfecta que no puede pensar en ninguna otra cosa; que no puede olvidarla, sea cual fuere el pensamiento que ocupe Su atención. Este debe ser el ideal del discípulo. Debe estar siempre pensando en el trabajo del Maestro y en la ayuda a los demás. Cuando esto no sea así, es la mente la que piensa: no el hombre. El que vive siempre con esta idea ya tiene todo lo demás. Supongamos que en vuestra meditación pensáis en una virtud, ¿para qué la deseáis? ¿para ser admirados? ¿para poder alcanzar la iniciación?, ¿o bien deseáis esa virtud para poder ser mejores instrumentos en el trabajo del Maestro? Esa es la piedra de toque para dilucidar si es la mente la que piensa o si es el hombre.

Es muy conveniente hacer la prueba en uno mismo de una manera clara. Imaginemos el caso (y no lo creo inconcebible, aún cuando por regla general cuanto más evolucionada está una persona tanto más útil es) de que se presenta un trabajo en servicio del Maestro para el cual se requieren cualidades

inferiores a otras que ya se hayan adquirido. ¿Desearíais llevar a cabo ese trabajo dándole preferencia a otro en que hubiera que emplearse más talento y habilidad? ¿Desearíais ser más insignificantes para poder ser más útiles? Esta será la actitud de aquel que tenga siempre presente el motivo único de ser útil en el servicio del Maestro. En este trabajo se presentarán innumerables oportunidades para cultivar nuestros cuerpos mentales, para dignificarlos, para hacer que sean más activos, más útiles. Si nos esforzamos en mejorar con ese propósito no corremos el riesgo de caer en la herejía de la separatividad. En el mundo externo hemos de estar constantemente buscando las oportunidades que otras personas hayan desechado por juzgarlas menos importantes. Un discípulo siempre está pendiente de lo que los demás han dejado por hacer para suplir esta falta. Una actitud así es síntoma de que la mente está empezando a ser controlada.

C.W.L.— El trabajo del Maestro debe predominar sobre todo lo demás en nuestras mentes. Si tenemos otros pensamientos, si tenemos otros móviles que nos empujen a la acción, entonces es la mente la que trabaja, no el Ego. He aquí una diferencia importante. La mente es ciertamente orgullosa; se cree separada y cuando ha abandonado ya toda clase de orgullos terrenales, tratará de hacernos sentir el orgullo de nuestro progreso, de nuestra posición con respecto al Maestro, o de algo por el estilo. Cuando más adelante hayamos logrado liberarnos de todos esos orgullos, la mente tratará de que sintamos el orgullo de no ser ya orgullosos. Pero no culpemos de esto al sutil elemento mental; él no tiene ninguna idea de nosotros; sólo trata de obtener las diferentes clases de vibraciones que le son necesarias para su evolución.

Cuando meditéis, tratará de haceros pensar en las diferentes cosas que él desea, en vez de pensar en la única cosa que vosotros queréis.

Vosotros no sois esta mente, sino que ella está a vuestro servicio, y así, también en este caso es necesario el discernimiento. Debéis vigilar constantemente, si no queréis fracasar.

C.W.L.— En la India se dice que la mente es el rajá o rey de los sentidos y que de todas las partes de nuestra naturaleza es la más difícil de controlar. En este punto, nosotros los occidentales, estamos con mucho en peores condiciones que los hindúes, porque de una manera especial hemos estado desarrollando la mente inferior y sentimos el orgullo de la rapidez con que pasa esa mente de un asunto a otro.

No obstante, por medio de un paciente esfuerzo podemos imponer a ese elemental la vigorosa fuerza de la costumbre; podemos conducirlo por un canal e inducirlo a comprender que nosotros, el Ego, queremos perseverar todo el tiempo en nuestra idea predominante, en relación con la cual hay infinitas ramificaciones, pues no hay nada que no pueda ser utilizado en servicio del Maestro. De esa forma, este curioso elemental ingobernable llegará a comprender por entero que le conviene más, cooperar con nosotros que actuar en contra de nuestros deseos; y a partir de ahí trabajará dócil y armónicamente con nosotros.

CAPÍTULO X

EL BIEN Y EL MAL

El Ocultismo no transige entre lo recto y lo equivocado. Cueste lo que cueste, debéis hacer lo que es justo, lo que sea injusto no debéis hacerlo, no importa lo que el ignorante pueda decir o pensar. Debéis estudiar en profundidad las leyes ocultas de la Naturaleza, y cuando las conozcáis, debéis adaptar vuestra vida a ellas, utilizando siempre la razón y el sentido común.

A.B.— Examinando las cosas serenamente se comprende que la vida es una serie de transacciones. El hombre hace siempre un poco menos de lo que sabe que debe hacer, tratando de evadir esta terrible pregunta: “¿Qué dirán los demás?” Sabiendo perfectamente qué es lo que debe hacer en un caso determinado, se escabulle un poco, se evade de las cosas, busca un camino intermedio para hallar el modo de proceder en la forma menos en desacuerdo con la opinión del medio entorno. Este miedo a la opinión ajena es debido en parte a una debilidad que, en su raíz, obedece a una especie de condescendencia. Este deseo está muy generalizado en la India; pero si queréis caminar por el Sendero propiamente dicho, nunca deberéis dejaros llevar por este sentimiento hasta el terreno de las transacciones cuando se trate de principios o de cuestiones importantes, tales como los grandes temas religiosos y sociales. Por ejemplo, tomemos el caso del matrimonio prematuro. En muchos casos estos matrimo-

nios se consuman a edad muy temprana. He hablado ya una y otra vez públicamente de la crueldad que implica permitir que una niña llegue a la maternidad antes de alcanzar la edad adulta, y del mal que esta práctica conlleva para la vitalidad de la raza. Hay muchos que entienden que esto no debe ser así y lo reconocen francamente; critican que los demás casen a sus hijos demasiado jóvenes y, sin embargo, cuando les llega el turno, hacen lo mismo por miedo a lo que los demás pudieran decir si no actuaran así. De una persona así no se puede esperar que se convierta en un ocultista.

Dejando aparte, por el momento, las importantes cuestiones que pueden afectar a escala importante al futuro de una nación, pasemos a considerar las pequeñas cosas de la vida diaria. En este campo tampoco debe haber condescendencia. Es necesario decidirse a proceder como es debido y a perseverar con firmeza en nuestro propósito. Comprendo muy bien que no sea posible alcanzar de inmediato la cúspide de nuestros ideales, de la misma manera que no es posible alzarse en un salto hasta la cima de una montaña. Pues el que desee llegar hasta esa cima, tendrá que dirigirse hacia ella paso a paso, acercándose cada vez más a su meta. Jamás hemos de rebajar nuestros ideales; es una cosa fatal. Como dice el Upanishad, "Una cosa es el deber, otra lo agradable; el hombre sabio prefiere el deber a lo agradable."

En las cosas pequeñas de la vida diaria esforzados por hacer lo que vuestra conciencia ordene que debe hacerse. No sois responsables de lo que otras personas estimen como los dictados de su conciencia, ni de que sigan o no lo que ella les pida; pero sí que sois responsables de actuar conforme a vuestra conciencia, sean cuales fueren los resultados *aparentes*; porque no es posible obtener malos resultados cuando se procede en la forma que uno estima que es la correcta. Evidentemente, hay que tener cuidado en no confundir los prejuicios, los caprichos o la imaginación con lo que debe

hacerse, aquí el Maestro nos pone en guardia ante este peligro cuando dice: "Debéis estudiar en profundidad las leyes ocultas de la Naturaleza." Determinad primeramente lo que es el bien y vivid de acuerdo con vuestro conocimiento.

El Maestro añade una importante sugerencia en la última parte de este pasaje: "...utilizando siempre la razón y el sentido común." Tened siempre en cuenta los sentimientos de los demás, pero no dejéis nunca que se interpongan entre vosotros y lo que vosotros sabéis que es lo recto. Si tuviérais que elegir entre lastimar los sentimientos de otra persona o transigir con vuestra propia conciencia, escoged lo primero. Un ocultista siempre discernirá en sus relaciones con los demás entre la persona real y los prejuicios de sus diversos cuerpos. Jamás dañará a una persona, pero sí lesionará sus prejuicios antes que proceder indebidamente. Más aún: nunca lesionará ni siquiera sus prejuicios innecesariamente pero, si esto es inevitable, comprenderá al mismo tiempo que realmente está ayudando a la persona y no perjudicándola, y que él mismo está siendo el instrumento para destruir una limitación que tiene oprimido al hombre interno. Incluso en esos casos, su acción debe llevarse a cabo de una manera bondadosa y considerada. Muchos lo encontrarán difícil. Es mucho más difícil proceder con razonada calma; una oleada de emoción no facilita la actuación. La emoción, buena o mala, implica un impulso que hace que el hombre camine sin gran esfuerzo por su parte. El que desee ser un ocultista no debe dejarse llevar por sus impulsos, como hacen la mayoría de los mortales; es necesario desarrollar la razón y el discernimiento, y con este esfuerzo y de manera inconsciente se empezará a desarrollar el buddhi.

C.W.L.— Normalmente, la gente, muchas personas, tiene sus prejuicios y suelen identificarlos con lo recto. Al haber nacido en un ambiente determinado, nunca se ha pensado en la conveniencia de someter a examen sus ideas y de ahí que

se piense que el que no está de acuerdo con su manera de pensar está equivocado, mayormente cuando sus prejuicios son aceptados por la mayoría. Los prejuicios populares casi siempre están fuera de razón y, por lo tanto, no debemos permitir que nos influyan en asuntos que conciernen a lo recto y a lo equivocado. No es que vaya a decir que estos prejuicios no estén justificados, en algunos casos, y cimentados en la razón y que podemos hallar algo de ésta si profundizamos en los mismos, aunque, por lo general, no es precisamente la razón la que se estima, sino alguna otra cosa. Sin embargo, corrientemente, ese fragmento de verdad está falsificado y se aplica inadecuadamente debido a la cantidad de errores en los que se encuentra envuelto.

El ocultista nunca permitirá que se le obligue a actuar de forma inadecuada por temor a molestar los prejuicios de su prójimo, pero nunca ofenderá esos prejuicios sin necesidad: la razón y el sentido común deben orientarnos en todos los casos. Imaginemos que hay alguna cosa que deseáis hacer, seguros como estáis de que es una cosa buena e importante. Muy bien: pero no es necesario embestir con la fuerza de un toro bravo ante una puerta; podrá conseguirse ese propósito pero a costa de mucho daño para uno mismo y para la puerta. Siempre hay que exponer un amable razonamiento en lo que se hace. Si al hacer algo nos dejamos llevar por la ira, esta oleada de emoción nos empujará en nuestro propósito; pero hacer eso mismo en forma amable y con serenidad, sin ningún sentimiento en contra de los que se oponen a nuestra actuación, es mucho más difícil, ciertamente, pero es evidente que ese es el camino a seguir.

No hemos de dejarnos llevar por los impulsos como hacen muchos. Ellos no pueden soportar ninguna oposición, ni pueden comprender las cosas, ni intentan realizar un esfuerzo para comprenderlas; se limitan a seguir su camino obstinadamente y dan por sentado que tienen la razón; sin

embargo, a nosotros nos corresponde tomar en consideración a los demás; tener en cuenta sus sentimientos y admitir también la posibilidad de que ellos tengan razón y de que nosotros estemos equivocados en un caso particular.

Debéis distinguir entre lo que es importante y lo que no lo es. Firmes como una roca cuando se trate de lo justo y de lo injusto, ceded siempre entre los demás en cosas que no tengan importancia. Porque debéis ser siempre amables y bondadosos, razonables y complacientes, concediendo a los demás la misma entera libertad que necesitáis para vosotros mismos.

A.B.— He aquí un hermoso y tierno pasaje que viene a suavizar el anterior el cual, considerado aisladamente, podría habernos parecido áspero. Ahora bien, como las cosas que en general busca el hombre son precisamente las que carecen de importancia, el ocultista puede aceptar fácilmente que todo el mundo actúe como le apetezca en la mayoría de los casos.

Para el ocultista, lo importante es lo que tiene que hacer él; refuerza su voluntad en lo importante que haya en ello y con relación a lo demás deja que todo el mundo actúe como le convenga. Cuando los demás advierten cómo transige el ocultista con todas esas cosas, se dan cuenta de que es una persona muy tolerante y, poco a poco, se van dejando conducir con facilidad en las cuestiones importantes casi inconscientemente de que están siendo conducidos. En lenguaje mundano, esta cualidad se denomina tacto. En ocultismo se llama discernimiento.

El fanático carece de esta cualidad y por eso nunca alcanza el éxito, mientras que el ocultista siempre lo logra. El fanático jamás se apercibe de la diferencia entre lo importante y lo no

importante, por lo cual nunca cede, ni siquiera en las cosas que nada significan; por este motivo, fustiga con torpeza a los demás, los cuales nunca podrán secundarlo, por mucha que sea la razón que le asista, y por muy importantes que sean los fines que persigue. Tratándoles con delicadeza se sentirían complacidos y terminarían por prestarnos su colaboración. Todo se basa en una realidad fundamental de la naturaleza. Tanto en el hombre como en el animal está el instinto de oponerse a quien trata de imponerse. El otro día presencié un caso de éstos. Un hombre intentaba conducir en una dirección determinada a un ternero; tiraba de él con toda su fuerza y el ternero, por supuesto, afirmado en sus cuatro patas, meneaba el rabo y tiraba en la dirección contraria, sirviéndose asimismo de toda su fuerza. Si ese hombre hubiera utilizado un poco el sentido común, hubiera dejado de presionar al ternero; el animal hubiera hecho lo mismo y con unas cuantas palmaditas en el lomo y unas cuantas caricias, lo hubiera conducido a donde deseaba.

He aquí una lección provechosa; si los demás no hacen lo que uno quiere, busquemos el fallo en nosotros; casi siempre encontraremos que hay alguna cosa en nuestra manera de actuar que hace que los demás se vuelvan contra nosotros. Yo siempre utilizo este sistema. Cuando me encuentro con dificultades o fricciones que tienen que ver con mi trabajo en algún lugar, me retiro a meditar para averiguar qué es lo que hago que origina esas dificultades y para descubrir la forma en que debo hacer mi trabajo. Eso es mucho más cuerdo que pretender que los demás vayan por nuestro camino. Ciertamente, es posible forzar a los demás en cierta medida, pero, en principio, es una equivocación, y en la práctica esto acarrea contrariedades y dificultades. Esto demuestra la falta de las cualidades de líder, cualidades que el Maestro desearía que tuviéramos en el futuro. El Maestro necesita gente que tenga

la habilidad de conducir a los demás para que puedan ser de ayuda en lugar de ser causa de confusión.

C.W.L.—Dentro de unos setecientos años algunos de nosotros tendremos la oportunidad de trabajar en el desarrollo de la sexta raza-raíz y en el entretanto, mucho tendremos que hacer a fin de preparar a la humanidad para el advenimiento del Maestro del Mundo. Algunos estaremos viviendo cuando Él llegue y trabajaremos a Sus órdenes, para lo cual tenemos que desarrollar las cualidades de líder. Lo primero que se requiere para esto es el tacto.

A la larga, como sea que un ocultista nunca deja de insistir en cualquier obra de importancia, siempre tiene éxito, aún cuando de momento encuentre oposición e impedimentos. La Revolución Francesa fue un ejemplo de esto. Los que iniciaron el movimiento liberador de Francia no pudieron controlar las tremendas pasiones del pueblo que desembocaron en crímenes y en una carnicería “y que anegaron al mundo en sangre.” No cabe pensar que esas personas hayan aprobado la locura, la diabólica orgía de sangre, la indecible oleada de crueldad, traiciones y terrorismo de ese período espantoso de la historia. El poder cayó en manos de una población enloquecida por la tiranía y la opresión que se mostró a un nivel inferior al de las bestias salvajes. No cabe imaginar que tan tremendas atrocidades hayan sido aprobadas por los que trabajaban en pro de la civilización. A la postre, y en cierta manera, consiguieron sus propósitos y en la actualidad ese país, así como otros muchos, han logrado la libertad por la que lucharon aquellas gentes. Eso es lo que pasa con las grandes reformas que se llevan a cabo y con todos los demás trabajos que se acometen. A la larga tienen éxito, aun cuando no sea al momento.

Eso es lo que nosotros tenemos que hacer: no aceptar nunca la derrota y perseverar siempre en el trabajo; pero,

para conseguirlo hemos de adquirir el arte de ayudar con habilidad. Muchas buenas personas quieren conducir a los demás, pero esa no es la manera. Hemos de hacer ver a los demás la delicia y el gozo y la gloria del futuro de la humanidad y del trabajo del Maestro, y ellos acabarán por seguirnos por su propia voluntad. Quien no sepa congeniar con los demás que busque el fallo en sí mismo. No hay que cavilar en los defectos ajenos, que seguramente son muchos, sino que hemos de ver qué es lo que hay en nosotros que nos impide acercarnos a ellos. Seguramente que al examinarnos bien encontraremos algún fallo en nosotros.

Tratad de daros cuenta de qué es lo que vale la pena que hagáis y recordad que no debéis juzgar las cosas por su tamaño. Es mucho más meritorio hacer una cosa pequeña que sea de utilidad inmediata para el trabajo del Maestro que hacer otra de grande que el mundo considere buena. Debéis distinguir, no sólo entre lo útil y lo inútil, sino entre lo más útil y lo menos útil.

A.B.— Como ya he dicho, las cosas que tienen importancia desde el punto de vista de lo real son precisamente aquellas que la gente no toma en consideración. Se interesan por lo que no tiene importancia. Se exige, pues, al discípulo que utilice el discernimiento y que no pierda el tiempo en las inútiles ocupaciones que llenan los días del hombre mundano.

Luego viene algo más sutil: no hay que juzgar el valor de una cosa por su tamaño. Las actividades de un hombre de Estado que atraigan la atención de todo un país, desde el punto de vista del Maestro pueden ser cosas que carecen de importancia; simple polvo del camino. Algunas nimiedades llevadas a cabo por personas anónimas pueden ser infinita-

mente más importantes si están en perfecta armonía con el trabajo del Maestro.

Y viene luego una distinción todavía más sutil: la diferencia entre lo más útil y lo menos útil. Nadie puede abarcarlo todo, así que es preciso hacer lo que uno juzgue que es de mayor servicio para el Maestro. Todo aquello que ayuda al mundo es útil para el trabajo del Maestro; pero, como sea que el tiempo y la energía los tenemos limitados, hemos de hacer siempre lo más útil que nos sea dado elegir. El Maestro nos da un ejemplo típico en sus dos frases siguientes al decir que es más útil alimentar las almas que los cuerpos de los hombres. Ayudando a las almas atacamos la raíz de todos los males, ya que todos ellos, sin excepción, nacen de la ignorancia y del egoísmo.

Alimentar a un pobre es una obra buena, útil y noble; pero alimentar su alma es más útil que alimentar su cuerpo. Cualquiera persona rica puede alimentar el cuerpo, pero sólo aquellos que saben pueden alimentar el alma.

C.W.L.— Con frecuencia se ha reprochado a la Sociedad Teosófica el que no desarrolle actividades filantrópicas, tales como la distribución de alimentos y ropa entre los pobres. Algunas de nuestras Ramas han hecho algo en este sentido, pero este no es su principal trabajo. Cualquiera hombre rico y de buena voluntad puede hacerlo; pero hay muchas clases de trabajo que solamente pueden desempeñar los que saben. Podría parecer una fatuidad adjudicarnos el título de 'los que saben', pero en realidad esas palabras no implican ninguna alabanza para nosotros. Podemos comprender claramente que existen innumerables personas que nada tienen que ver con la Sociedad Teosófica y que están mucho más desarrolladas intelectualmente que muchos de nosotros; pero nuestro karma ha sido el estudiar estos temas y por eso sabemos

más de ello que muchas otras personas estupendas que no lo han estudiado. Entre ellas hay muchas con un gran intelecto, espiritualidad y devoción que progresarán muy rápidamente cuando adquieran este conocimiento que nosotros ya tenemos de la forma en que debemos dirigir nuestras fuerzas. Quizá muchos de ellos nos dejarán atrás en el camino, pero, por nuestra parte, les daremos la bienvenida con entusiasmo, pues no hay envidias en nuestro sendero y todos los que por él caminamos celebramos el progreso de un hermano. Mientras tanto, este conocimiento teosófico es el 'talento' que ha sido puesto en nuestras manos. Si no hacemos nada para los demás y nos limitamos a atesorar para nosotros todo el gozo que nos produce liberarnos de las inquietudes, la comprensión de los problemas difíciles, etc., estaremos haciendo exactamente lo mismo que el hombre de la Biblia que enterró su talento. Pero si hacemos todo lo posible para difundir la luz que nos ha llegado y para ayudar a los demás, habremos puesto nuestro talento a interés.

"El que sabe", con su conocimiento, puede alimentar igualmente las almas de los ricos que las de los pobres. Y este trabajo no es menos práctico que los otros, aun considerándolo desde el punto de vista material. ¿Cuál es la causa de toda la pobreza y de todo el sufrimiento que hay en el mundo? La ignorancia y el egoísmo. Si combatimos la ignorancia y el egoísmo exponiendo ante los hombres las leyes de la vida y mostrándoles por qué, necesariamente, deben ser altruistas, todavía hacemos más incluso desde el punto de vista material, a favor del bienestar y la felicidad de la humanidad en el plano físico que el que podríamos hacer dedicándonos a distribuir alimentos. No queremos decir que esto no sea bueno y necesario y que no deba hacerse. Hay que prestar atención a las necesidades del momento, pero es mayor servicio corregir las causas del sufrimiento. Estamos llevando a cabo lo que

no puede hacer aquel que sólo se dedica a beneficios de orden puramente físico.

Siempre que se consigue algo de sabiduría y de conocimiento de esta índole, aquellos que lo han alcanzado se encuentran libres de otra clase de trabajos para que puedan enseñar. Por ejemplo, en las Actas de los Apóstoles podéis leer que en la Iglesia cristiana de los primeros tiempos sus miembros tenían comunidad de bienes y cuando se presentaba alguna dificultad en cuanto a la distribución de alimentos y se solicitaba la intervención de los apóstoles para solucionar esas dificultades, ellos contestaban: "No es cosa razonable abandonar la palabra de Dios para dedicarnos a servir la mesa". Y les indicaban que eligiesen entre ellos a los que deberían ejercer esos trabajos y que acataran sus decisiones, pero que no pretendieran que aquellos cuyo trabajo consistía en difundir la palabra de Dios, se dedicaran al aspecto puramente material de las cosas. No es que pensarán que esas cuestiones no debieran ser atendidas, sino que quienes debían intervenir eran propiamente los que podían encargarse de esas actividades, y no de otras de carácter superior.

A.B.— Los miembros de la Sociedad Teosófica tenemos conocimientos que los demás no tienen; por eso la difusión de las enseñanzas teosóficas debe ser nuestra exclusiva actividad. Aquellos miembros que todavía no estén preparados para realizar ese trabajo (trátase de conferencias, de escribir o de enseñar en alguna otra forma) tendrán que hacer otra clase de trabajo mientras se preparan. Yo establecí la Orden Teosófica de Servicio para aquellos que no pueden enseñar, de tal manera que todo el que ingrese en la Sociedad pueda encontrar algo en lo que ocuparse. Lo único que un miembro de nuestra Sociedad no puede hacer es permanecer ocioso. Todos los miembros deben estar activos en el servicio del Maestro.

C.W.L.— Es difícil comprender cuántas son las personas que están en condiciones de lograr rápidos progresos y a las que solamente les es necesario que pongamos estos conocimientos a su alcance. Creo haber observado esto más bien entre la juventud, porque mi trabajo es generalmente con gente joven. En todos los países me encuentro con docenas de jóvenes que estarían en condiciones de hacer rápidos progresos en el campo teosófico si esta enseñanza se pusiera a su alcance. Pero esto no se hace y cuando se dedican a las actividades del mundo, se convierten en personas magníficas de tipo corriente. Continúan así durante veinte o treinta encarnaciones o más, aun cuando están preparados para estudiar Teosofía y se interesarían mucho en la materia si les fuera presentada adecuadamente. En verdad que ese estado de cosas representa una seria responsabilidad de todos aquellos que poseen este conocimiento. Es, pues, nuestro deber prepararnos y estar atentos para difundir la Teosofía siempre que se presente una oportunidad idónea. Hay muchas personas que lo mismo podrían empezar ahora su desarrollo teosófico que después de veinte encarnaciones. Por supuesto, esto es cuestión de su karma, pero también lo es del nuestro el proporcionarles la oportunidad y presentarles la materia; que la tomen o que no lo hagan es asunto suyo. Hasta que no hayamos hecho todo lo que sea posible, no podemos saber si está en el karma de los demás el recibir o no esta ayuda.

Si vosotros sabéis, vuestro deber es ayudar a los demás a saber. A pesar de lo sabios que podáis ser ya, en este Sendero tenéis mucho que aprender, tanto, que también aquí es preciso el discernimiento, y debéis pensar con mucho cuidado qué es lo que vale la pena aprender. Todo conocimiento es útil, y llegará día en que tendréis todo el conocimiento; pero mientras sólo tengáis una parte, procurad que ésta sea la parte

más útil. Dios es Sabiduría tanto como Amor, y cuanto más sabiduría tengáis, más podéis manifestar de Él. Estudiad, pues, pero estudiad primero aquello que más os ayudará a ayudar a los demás.

C.W.L.— Aquí el Maestro recomienda el estudio, pero indica al discípulo que escoja aquello que más le sirva para ayudar a los demás. Entiendo aquí que uno debe esforzarse en comprender la Teosofía a fondo y antes que nada, pero que también debe adquirirse el conocimiento y la educación de la época que lo conviertan en un hombre culto. Conozco a muchos miembros de la Sociedad Teosófica que, por diversas razones, son personas sin educación y que son conscientes de ello; también hay otros, fieles y devotos, que estiman que no hay por qué preocuparse por detalles de educación, que lo importante es llegar a la realidad de las cosas y presentar las verdades de la forma que sea. Ciertamente: pero el hombre sin educación está muy expuesto a presentar estos conocimientos en una forma tal que el hombre educado y culto los reciba con extrañeza e incluso con reserva. Algunas personas dicen que un hombre intuitivo al que le lleguen estos conocimientos, aunque estén mal explicados, trascenderá la forma y alcanzará su verdad; pero, desgraciadamente, la mayoría de las personas no son intuitivas y no tenemos derecho a que nuestra desidia añada un obstáculo más en el camino de alguien que, si se utilizara una forma más adecuada, podría ser inducido a tomarse interés en esta materia.

Así pues, nuestro deber, clara y categóricamente, es hacer nuestra presentación en la forma más perfecta posible.

Ocuparos pacientemente de vuestros estudios, no para que los hombres puedan pensar que sois sabios, ni siquiera para que podáis tener la satisfacción de ser sabios, sino porque sólo el

sabio puede ayudar sabiamente. Por mucho que deseéis ayudar, si sois ignorantes, podéis hacer más mal que bien.

A.B.— He aquí un consejo especialmente importante para los miembros jóvenes. Con mucha frecuencia contacto con estudiantes influidos ya de este nuevo espíritu; sienten ansias de ayudar y a menudo se sienten inclinados a abandonar sus estudios. “¿Para qué nos sirven estos estudios?”, se dicen. Mi consejo en esos casos siempre es el mismo: “Continúa tus estudios y edúcate. Aunque entre las cosas que estudies haya mucho de superfluo, el entrenamiento de la inteligencia es de gran importancia. Es ahí donde reside la utilidad de tus estudios; te proporcionarán una mente lógica y exacta. Si no llevas a cabo esa disciplina mental, de ahora en adelante tu trabajo se verá entorpecido.”

No basta con ser capaz de reconocer las verdades teosóficas; el que quiera ayudar a los demás en este conocimiento debe contar con la preparación intelectual necesaria para presentarlas bien. Si una persona carece de esa preparación se nota de inmediato por la forma que tiene de presentar una cuestión. No hay ninguna parte de mi entrenamiento de la que me sienta más satisfecha de haber llevado a cabo que la parte científica. En primer lugar, me ha permitido presentar las cosas en forma lógica y racional, lo cual atrae la atención de las personas cultas y educadas; y en segundo lugar, me facilita muchos ejemplos que causan impacto en los demás por estar relacionados con asuntos que pueden ser comprobados.

Los miembros de nuestra Sociedad que tenemos ya algunos años, si queremos, podemos ser de mucha utilidad para los jóvenes, aprovechando la oportunidad de explicarles en forma amena e inteligente la importancia de convertirse en lo que el mundo llama hombres educados. En el momento en que captamos estas grandes verdades, se apodera de noso-

tros la desazón ante nuestros estudios de menor calibre. Y por eso el Maestro dice a Su joven discípulo que necesita todavía entrenamiento intelectual que realizar: “Ocuparos pacientemente de vuestros estudios.”

C.W.L.— La historia nos hace ver con insistencia la sabiduría de este consejo. Muchas buenas personas, con la mejor intención, han fracasado lamentablemente, perjudicando su causa en mayor grado que los ataques de los adversarios. Con mucha frecuencia el trabajo teosófico se ha resentido debido a una presentación torpe o confusa. No deseamos que la Teosofía se vea atacada como consecuencia de nuestros defectos e incapacidades personales. Si se nos encarga un trabajo en pro de nuestra Sociedad y no podemos actuar en la forma requerida, pongamos manos a la obra y aprendamos a hacerla satisfactoriamente. Si se nos pide que leamos algo y no estamos preparados para ello, aprendamos a hacerlo con propiedad. Si no estamos en condiciones de hacerlo en público, podemos tener la seguridad de que si estudiamos hasta saber lo suficiente y nos tomamos la molestia de prepararnos, estaremos en condiciones de ejercer esa actividad. Pero, de cualquier modo, hagamos algo y esforcémonos en hacerlo bien. Nuestro deber como teósofos es el de adquirir conocimientos gramaticales para conseguir una correcta expresión que nos permita explicar estos conocimientos en una forma aceptable ante aquellas personas a las que deseamos transmitirlos. Cualquier verdad, por muy gloriosa que sea, puede quedar eclipsada cuando se expone torpemente y confusamente. Nuestro deber es hacer las cosas lo mejor posible. Si queremos presentar esas verdades correctamente hemos de educarnos.

CAPÍTULO XI

SER TOTALMENTE VERACES

Debéis distinguir entre lo verdadero y lo falso; debéis aprender a ser veraces en todos los sentidos, en pensamiento, palabra y obra.

A.B.— Podríamos quedar sorprendidos, a no ser porque hemos venido siguiendo tanto el pensamiento como la palabra del Maestro, al hallar aquí abordado este punto. Seguramente que el discernimiento entre lo verdadero y lo falso tendría que haberse tratado al principio. El Maestro lo aborda con posterioridad porque es una cosa muy difícil. Debemos ser totalmente veraces, nos dice, y lograr esto por lo que respecta al pensamiento, palabra y obra no es cosa fácil. Observaréis que el pensamiento está en primer lugar y ese es el orden que establece el ocultismo que sitúa primero el pensamiento y después la palabra y la acción. El Señor Buddha también establece este orden cuando habla de pensamiento recto, palabra recta y acción recta.

Primero en pensamiento; y eso no es fácil porque en el mundo hay muchos pensamientos falsos, muchas supersticiones absurdas, y nadie que esté esclavizado por ellas puede progresar.

C.W.L.— Los teósofos pensamos que ya estamos totalmente libres de superstición; pero no estoy absolutamente seguro de que esto sea así. Existe la posibilidad, creo, de la existencia

de una superstición teosófica. El que cree una cosa 'porque está escrito en la Biblia' es, sin lugar a dudas, una persona supersticiosa hasta ese punto, porque no tiene una sólida base donde basar esa creencia. Y sin embargo, esa superstición no dista más que un solo paso de lo que implica decir: "Es así porque lo dijo Madame Blavatsky", o bien 'Así consta en *La Doctrina Secreta*'. Sólo hay un paso, aunque hay una razón para admitir que Madame Blavatsky sabía mejor lo que decía, que San Pedro, por ejemplo, o que cualquier otro de los autores de la antigüedad; pero, la afirmación no se convierte en más nuestra porque sea de Madame Blavatsky o porque sea atribuida a San Jaime o a San Pedro. Es preciso comprender esa verdad, hacer que sea parte de nosotros mismos, compenetrarse con ella y estar imbuidos de ella. Mientras no pasemos de leer las cosas y de repetirlas como lo haría un loro, no pasaremos de la superstición. Incluso la creencia en una cosa verdadera no pasará de la superstición si no contamos con otra base que no sea la de que está escrito en alguna parte. Cuando algo pasa a formar parte de nuestra estructura mental, ya podemos decir: 'Es una parte de mi mismo, y es mía; sé por qué lo creo y, por lo tanto, mi creencia es una creencia inteligente y no una mera superstición'. Me temo que en muchos casos hay creencias que no son inteligentes, aun cuando las cosas que se creen sean enteramente ciertas.

A.B.— Para algunas personas resulta tan difícil librarse de la superstición, cuya naturaleza consiste en tomar lo no esencial por lo esencial, que no se espera que nadie lo consiga hasta después de la primera Iniciación. Esto pone en evidencia que se trata de una cosa sutil y profunda que radica en la misma naturaleza humana. Nadie que esté esclavizado por la superstición —dice el Maestro— puede progresar. Esta afirmación podría parecer desalentadora pero hay que fijarse bien en la palabra esclavizado. El Maestro no dice que nadie

que sea supersticioso en alguna medida no pueda progresar, sino que dice que ese progreso no lo puede lograr el que sea esclavo de la superstición. La superstición tiene mucha fuerza para obstaculizar el progreso de la humanidad. ¡Cuántas personas conocemos que son buenas, piadosas, caritativas, que llevan una vida de entrega y devoción, pero que son supersticiosos! Ellas piensan que sus creencias, sus formulismos, sus maneras de hacer las cosas tienen importancia, cuando la verdad es que todo esto carece de significado.

Por ejemplo, tomemos la práctica de la ceremonia que tiene como finalidad ayudar a los muertos. La Iglesia católica celebra la misa de difuntos; los hindúes celebran las ceremonias de Shradha con el mismo propósito. Ambas ceremonias están inspiradas en el deseo de auxiliar a los fallecidos, y ambas consiguen su propósito, aún cuando en forma sumamente diferente. Sin embargo, tanto el creyente hindú como el católico, al aferrarse a *esas formas* serán supersticiosos. La buena voluntad y el fervor que pongan en ellas, el amor que logren hacer fluir sobre los desaparecidos, son las cosas reales y las que consiguen los resultados. Los buenos deseos son muy importantes, aunque el carácter específico de la ceremonia externa no lo sea, porque el ropaje en que se envuelve el deseo es local y carece de importancia. Esa forma externa depende del lugar de nuestro nacimiento, porque nacemos en una religión lo mismo que nacemos en una raza o en un país. De todas las creencias supersticiosas en ritos y ceremonias, en la eficacia de las simples formas externas, debemos liberarnos. Durante mucho tiempo esa creencia tuvo mucha importancia; fue una cosa muy buena ya que la ceremonia es la única manera de impulsarnos a salir de nuestra indolencia y de nuestra indiferencia. Todas esas cosas externas son muletas; muy buenas para los que no pueden caminar sin ellas, pero una vez que ya podemos andar sin su ayuda, debemos alejarlas de nosotros.

Por lo tanto, no debéis sostener una idea sólo porque otros la sostienen, ni porque se haya creído en ella durante siglos, ni porque esté escrita en algún libro que los hombres tengan por sagrado; debéis pensar al respecto por vosotros mismos, y juzgar si es razonable.

C.W.L.— Estas son las palabras del Maestro Kuthumí. Estas mismas fueron las del Señor Gautama el Buddha, hace dos mil quinientos años, cuando le hicieron esta pregunta: “Son tantos los maestros y tantas las doctrinas que nos enseñan y todas ellas parecen buenas que, ¿cómo podremos escoger entre todas?” Su respuesta a esta pregunta se encuentra en el Kalama Sutta del *Anguttara Nikaya*:

“El Señor Buddha ha dicho que no se debe creer una cosa por el hecho de que haya sido dicha; ni en las tradiciones porque nos hayan sido transmitidas por los antiguos, ni en simples rumores; ni en los escritos de los sabios porque fueran sabios los que los escribieron; ni en fantasías que podamos sospechar que nos han sido inspiradas por algún ángel (o sea en la presunta inspiración espiritual); ni por lo que podamos deducir de alguna suposición sin fundamento; ni en lo que pueda parecernos una necesidad por analogía; ni en la simple autoridad de nuestros instructores o maestros. Debemos creer cuando el escrito, la doctrina o la afirmación queda corroborado por nuestra propia razón y nuestra conciencia.” “Por eso —continúa diciendo— yo os digo: no creáis simplemente porque lo habéis oído, sino cuando la creencia sea la de vuestra propia conciencia y entonces actuad de acuerdo y con esplendidez.”

Uno de los ejercicios que los Maestros ponen a Sus discípulos es que decidan qué es lo que realmente saben y qué es lo que solamente creen. Es una estupenda práctica determinar qué parte de nuestra estructura mental podemos

considerar como perteneciéndonos realmente, qué parte es ya nuestra por haberla entendido y asumido y qué parte hemos aceptado simplemente porque nos ha sido dicha por los demás, sin ni siquiera haber pensado en ello. En todos los casos, un hombre nace en una religión, de la misma manera que nace en un país. Lo mismo pasa con una gran cantidad de costumbres. Por ejemplo, cuando salimos a cenar utilizamos una forma determinada de ropa. Esa es la costumbre y no hay que prescindir de ella en cosas que carecen de importancia, en cosas que no son un problema sobre lo correcto y lo incorrecto.

A.B.— Es un ejercicio muy útil examinar el contenido de la mente de vez en cuando y observar, primeramente, cuántas cosas creemos simplemente porque los demás las creen; segundo, cuántas cosas creemos simplemente porque son creencias antiguas; tercero, cuántas cosas creemos porque están escritas en los libros sagrados. Y cuando hayamos desechado todas las creencias de estas tres clases, observemos cuántas son las creencias que quedan y esto nos hará darnos cuenta de cuáles son las verdaderas bases de las que disponemos para establecer nuestras creencias. Es una ventaja practicar —como hice yo— el Libre Pensamiento. Sólo el que haya tenido esa experiencia comprenderá, pienso, qué significa desechar sus propias creencias religiosas cuando éstas han sido sinceras; sólo ése podrá saber qué significa el derrumbamiento total de lo que uno consideraba como fundamento de sus opiniones. Casi estuve a punto de morir; sufrí físicamente durante varias semanas. Pero, una vez que se ha pasado por esto, ya no es necesario volver a experimentarlo. Y esto fue debido a que cuando me puse en contacto con las enseñanzas teosóficas, aun cuando estaba segura de su enseñanza con perfecta convicción interna, la sometí a una prueba mental al ir la recibiendo.

Recordad que aunque miles de personas estén de acuerdo sobre una cuestión, si no saben nada sobre ella su opinión no tiene valor.

C.W.L.— Esto es muy difícil de comprender para el mundo moderno. Parece ser que en la actualidad se estima que es suficiente acumular ignorancia para obtener de ella conocimiento. El ignorante debe contar con quien sepa dirigirlo.

A.B.— En cierto sentido, la cantidad de libros que hoy se publican es una desventaja. Estos facilitan la lectura pero sin reflexión, lo cual ocasiona volubilidad y superficialidad del pensamiento. Por eso siempre recomiendo a los demás que lean un poco y que, después, reproduzcan lo que han leído, no memorizándolo, sino considerando la idea del tema que han logrado captar. Sólo es nuestro aquello que realmente hemos pensado, y sólo pensando y entendiendo lo que hemos leído u oído podemos hacerlo nuestro. De otro modo, cuanto más leamos más supersticiosos nos volveremos. Seguiremos añadiendo más creencias a las que ya teníamos, sin ninguna base sólida.

En cierta ocasión empleé a un contable que llevaba muy mal la contabilidad. Cada vez que revisaba sus notas comenzaba un nuevo libro de cuentas y daba por sentado que de esa manera acabaría por poner las cosas en orden. En la actualidad sucede otro tanto: se desea siempre algo nuevo porque el ser humano no consigue ninguna verdadera satisfacción con la información adquirida. Aquellos miembros de nuestra Sociedad que, sin más, citan los libros del señor Leadbeater y los míos, también son supersticiosos. Por muy auténticas que sean las afirmaciones que citan, no son verdaderas *para ellos*; porque, si realmente las hubieran comprendido no sería necesario que las corroboraran con nuestra autoridad. Si en algún caso citan nuestras palabras deben citarlas sólo

como opiniones y nunca tratar de imponerlas a los demás. Solamente existe una autoridad: la sabiduría.

El que quiera hollar el Sendero debe aprender a pensar por sí mismo, porque la superstición es uno de los mayores males del mundo, una de las trabas de las que debéis desembarazaros totalmente.

C.W.L.— Que la superstición es perniciosa y sutil queda evidenciado por el hecho de que es la tercera de las ligaduras de las que el hombre debe desprenderse en el Sendero, después de la primera Iniciación. Su nombre en pali es *silabbataparamasa*, 'la creencia en la eficacia de las ceremonias o ritos de cualquier clase'.

Vuestros pensamientos sobre los demás deben ser honestos; no debéis pensar de nadie lo que no sabéis.

C.W.L.— Si creemos de los demás lo que solamente suponemos de ellos, con toda probabilidad nuestro pensamiento no pasa de ser una simple especulación. En realidad es muy poco lo que sabemos de aquellos con los que estamos en contacto y mucho menos todavía de aquellos que tratamos ocasionalmente; y, sin embargo, hay una charlatanería constante e inútil sobre lo que hacen, dicen y suponen los demás, la mayor parte de lo cual, y felizmente, es totalmente falso.

A.B.— Por regla general, las opiniones sobre los demás son falsas. Sólo podemos pensar sinceramente sobre los demás cuando efectivamente los conozcamos, cuando podamos ver sus pensamientos y entenderlos. Este conocimiento está fuera del alcance de la generalidad y sin embargo, todos tienen opiniones definidas sobre los demás; constantemente los juzgan y piensan en ellos sin benevolencia.

Un poco más adelante el Maestro dice: "Nunca atribuyas motivos a nadie". Este es un consejo de grandísima importancia; de tanta importancia que si el mundo lo tuviera en cuenta, por lo menos la mitad de los problemas que hay dejarían de existir. Si una persona hace algo que no sabemos interpretar, dejemos las cosas tal cual, no inventemos posibles motivos. Una persona hace algo por razones que desconocemos, pero siempre suponemos un posible motivo, generalmente un motivo reprobable y nos aferramos a él inmediatamente y luego lo censuramos por lo que nosotros hemos pensado y hemos hecho. Al atribuir motivos reforzamos las fuerzas negativas que posiblemente actúan en la mente de la persona criticada, o contribuimos a crearlas si no existían. El Cristo dijo: "no presentéis resistencia al mal"; caso, aquel, donde debemos aplicar este consejo; no nos incumbe buscar el mal en la mente de los demás para combatirlo; no hagamos caso de él y morirá.

No supongáis que los demás están siempre pensando en vosotros.

C.W.L.— Esto sucede constantemente; siempre que alguna persona dice o hace algo interpretamos que se refiere a nosotros. Por el hecho de que siempre estamos pensando en nosotros nos imaginamos que también los demás piensan en nosotros; pero si siempre estamos pensando en nosotros, lo más razonable es suponer que los demás también están pensando en *ellos mismos*, no en nosotros. Los demás se sitúan en el centro de su círculo, alrededor del cual giran todos sus pensamientos y sus emociones, y piensan de todo según les afecte. Giran constantemente en su círculo y por eso creen que todo el mundo tiene que girar también a su alrededor. Pero no es así. Evidentemente, cada uno está encerrado en su propio círculo, igualmente vicioso. Probablemente las

nueve décimas partes de los casos en los que el hombre se siente ofendido tienen su origen en esta condición.

Si un hombre hace algo que pensáis que os va a perjudicar, o dice algo que creáis que tiene que ver con vosotros, no penséis enseguida: "Lo ha dicho para ofenderme". Lo más probable es que no haya pensado en vosotros en absoluto, porque cada alma tiene sus propias tribulaciones y sus pensamientos giran principalmente alrededor de sí misma. Si una persona os habla airadamente, no penséis: "Me odia, trata de herirme." Probablemente alguien o algo ha hecho que se enfade y, como sucede que se ha encontrado con vosotros, a su vez, descarga su cólera en vosotros. Él obra insensatamente, porque toda clase de enfado es una insensatez; pero por este motivo no debéis formar de él un juicio equivocado.

C.W.L.— Esto es sólo simple sentido común; pero, ¡qué pocos son los que lo practican! Cuando era sacerdote de la Iglesia de Inglaterra, en una ocasión, prediqué respecto a cierta prueba o tentación que suponía que podría presentárseles a los labriegos y a los campesinos que formaban mi congregación. Les expliqué de qué modo un hombre podía tropezar con una determinada clase de dificultades. Cuando mi servicio hubo terminado se presentó en la sacristía un campesino, pálido de ira y me increpó por haber pronunciado un sermón dirigido a él con toda intención. Por supuesto, esto no se correspondía en absoluto con la verdad. Nunca lo supuse culpable de esa falta en particular, pero seguramente que mis palabras habían hurgado en su herida. Estoy completamente seguro de que aún ahora ese hombre sigue creyendo que quise aludir a su falta y que prediqué en contra suya.

En el ajetreo de la vida que llevamos es inevitable encontrarse con algunas fricciones que es necesario no tomarse en serio ni considerarlas de mayor importancia. Cuando caminamos por una calle de una ciudad populosa, a nuestro lado caminan cientos de personas, cada una de ellas absorbida en sus propios asuntos y cada una se esfuerza por abrirse camino sin pensar para nada en los demás. Es inevitable que unos y otros se den codazos y se empujen, pero nadie se tomará esto como una afrenta. Eso parecería ridículo. Lo mismo sucede a nivel mental y emocional. Entre las grandes multitudes es inevitable que se produzcan choques y roces emocionales y mentales. Hemos de considerarlos de la misma manera que lo hacemos cuando se trata de empujones físicos, aceptando que la persona que momentáneamente nos ocasionó determinada fricción mental, sólo estaba pensando en sus cosas y no estaba en absoluto pendiente de nosotros. No hemos de considerar esas pequeñas fricciones como cosas serias, del mismo modo que no damos importancia a los empujones y codazos que recibimos en la calle. Pero al mismo tiempo que debemos conservar esa actitud con respecto a la manera en que viven los demás, absortos como están en sus propios problemas, hemos de estar alerta para no dejarnos atrapar por los nuestros, hasta el punto de olvidar esas pequeñas cortesías que tanto suavizan la vida.

Un teósofo debe distinguirse del resto de las personas por su cortesía, su serenidad y su alegría inalterables. Sed amables, sed pacientes; siempre queda tiempo para ser amigables y atentos por mucha que sea la prisa que se tenga. No hemos de dejarnos arrastrar por la oleada de irascibilidad resultante de un esfuerzo nervioso tan propio de estos tiempos y de esas ciudades congestionadas por la multitud.

A.B.— La sugerencia que hace aquí el Maestro es muy sabia. No des por sentado que los demás están siempre pensando en ti por el mero hecho de que tú siempre lo estás

haciendo. Los demás están pensando en ellos mismos, no en ti; están siempre preocupados con sus cosas, no con las tuyas. Contribuiría mucho a la felicidad de una nación el que la gente comprendiera esta idea y la pusiera en práctica. Cuando alguien te molesta en este ajetreo y en este traginar de la vida, no pienses que trata de herirte o que tiene malas intenciones hacia ti. A menos que estés seguro de que una persona quiera perjudicarte, es mucho mejor pensar lo contrario.

Imaginemos que alguien te habla iracundo. Si tienes presente que no debes atribuirle motivos erróneos, ni tampoco dejarte llevar por la ira, harás muchos progresos en el control de ti mismo. En general, las personas recuerdan esto después. El que se domina a sí mismo no da *muestras* de su irritación, pero el que se controla *a la perfección* ni siquiera la siente. Aun cuando la persona que te habla con ira está cometiendo una falta, esto no es sino una muestra de debilidad por su parte, y el que desee convertirse en ocultista debe recordar que hay que ser condescendiente con las faltas de los demás. También hemos de recordar que el que habla con ira o contesta con irascibilidad o impaciencia, con frecuencia se encuentra bajo una tensión producida por alguna inquietud o ansiedad y no se encuentra en condiciones de refrenarlas o demostrarlas: está nervioso y por eso actúa de esa forma.

Verdaderamente actúa con torpeza, como dice el Maestro. Pero hemos de ser consecuentes. La mayoría de las pequeñas dificultades de la gente tienen este origen. Un esfuerzo excesivo es causa de que una persona se sienta ofendida por cualquier cosa. Piensa cuántas dificultades hay en el mundo: una serie de penas de todas clases que constantemente presionan sobre la gente y la llenan de inquietud. Por supuesto, nosotros no conocemos las dificultades de los demás, porque ninguna persona sensata va pregonando sus dificultades. La dignidad se lo impide. Pero si tenemos presente que esas dificultades existen, y si nos mostramos comprensivos,

lograremos esa paz perfecta que es una de las metas de la enseñanza del Maestro.

Quando os convertís en discípulos del Maestro, siempre podéis poner a prueba la sinceridad de vuestro pensamiento comparándolo con el Suyo. Porque el discípulo es uno con su Maestro, y sólo necesita integrar su pensamiento con el pensamiento del Maestro para ver enseguida si concuerda. Si no es así, es que es un pensamiento malo, y el discípulo lo cambia al instante, porque el pensamiento del Maestro es perfecto, porque Él lo sabe todo.

A.B.— Un discípulo aceptado puede poner a prueba su pensamiento en cada ocasión colocándolo junto al del Maestro. Si advierte alguna discrepancia comprenderá que su pensamiento es equivocado. Utilizando una analogía física, diremos que es como una nota musical falsa. El discípulo no necesita llamar la atención del Maestro: simplemente, pone su pensamiento junto al del Maestro y, si no hay armonía, se separa al instante de él y de inmediato se pone a trabajar para ponerlo a tono con el de su Maestro. No busca ninguna excusa; no intenta ver si su pensamiento puede ser acertado, porque si existe algún fallo se hace evidente inmediatamente. Los que no son discípulos aceptados no pueden hacer eso y por eso se presentan dificultades a muchos aspirantes. Al identificarse la conciencia del discípulo con la del Maestro, éste no aceptará a nadie contra cuyos pensamientos tenga que crear un muro que lo aisle.

C.W.L.— Se dice que el discípulo es uno con el Maestro. Esto es verdad en un sentido que sólo el Maestro puede conocer perfectamente. El discípulo también lo sabe, pero con menos perfección. Los que no han conseguido esa relación no pueden comprender lo intenso de esa unidad. El

discípulo se convierte en un segmento exterior del pensamiento del Maestro, Le pertenece de una manera parecida a aquella en que la personalidad pertenece al Ego. El Ego hace descender una pequeña parte de sí mismo (esto no es del todo correcto, pero sí es un poco más exacto de lo que sería el concepto de la reflexión) a las condiciones de los planos inferiores en los que incluso el mejor cuerpo astral, mental y físico solamente pueden proporcionar una expresión imperfecta del mismo. Esto debe reconfortarnos cuando nos sentimos deprimidos por nuestras debilidades, aquí abajo. Debemos decirnos: “Sea como sea, el Ego sabe más; por consiguiente, no debo desesperar. Es suficiente con hacer que descienda más de mí mismo a esta manifestación inferior para que mi personalidad sea una expresión más pura de lo que soy realmente allá arriba y así mis defectos disminuirán.”

En forma parecida, el discípulo no sólo representa al Maestro: es el Maestro en un sentido muy real; pero es el Maestro sometido a tremendas limitaciones; las limitaciones no sólo de los planos inferiores, sino también de la personalidad del discípulo que en absoluto ha sido trascendida perfectamente. Si el Ego del discípulo ha logrado un dominio perfecto sobre sus vehículos inferiores, de tal manera que no sean sino reflejos o expresiones de lo superior, estará en condiciones de expresar al Maestro mucho más perfectamente que ahora, pero incluso entonces habrá una limitación que podríamos llamar la de su *tamaño* porque el discípulo es un ego menor que el del Maestro a quien sigue, y por consiguiente sólo puede ser una representación Suya incompleta. Más aún: sean cuales fueren los pensamientos del discípulo, éstos son los que también están en los cuerpos astral y mental del Maestro. En parte es por esa razón por lo que un discípulo tiene que someterse a un período de prueba durante el cual la imagen viviente de éste está constantemente ante los ojos del Maestro. El Maestro quiere saber exactamente cuáles son

los pensamientos y sentimientos de Su discípulo a prueba, porque de otro modo Él podría verse incesantemente obstaculizado en Sus cuerpos astral y mental por pensamientos y emociones que no estuvieren en armonía con el trabajo que Él está haciendo constantemente. Sólo después de que Él ha visto durante algún tiempo considerable que los pensamientos y las emociones que no armonizan son raros en el discípulo, es cuando Lo acepta y Lo hace parte de Sí Mismo.

Aun entonces, el Maestro se reserva el derecho de interponer un velo entre Su conciencia y la conciencia de Su discípulo. El deseo más ferviente de éste es no ser excluido; pero en el plano físico todavía somos falibles y puede suceder que tengamos algún pensamiento o algún sentimiento indebidos. El Maestro no desea eso y aleja de él estos pensamientos. Ciertamente, hay un período posterior durante el cual el Maestro renuncia incluso al poder de proceder de esa forma: cuando acepta al discípulo como Su 'hijo', pero esto sólo pasa cuando Él ya está completamente seguro de que no habrá nada que sea necesario excluir.

Como resultado de esta íntima asociación con la conciencia de su Maestro, el discípulo es capaz de situar su conciencia al lado de la conciencia del Maestro. No es necesario llamar Su atención; el discípulo no trata de conocer Su opinión sobre alguna cuestión. Simplemente, sigue esa línea de unidad para descubrir cuál es la idea que hay en la mente del Maestro con relación a ese asunto determinado. Preguntaréis, ¿de qué modo puede hacer esto el discípulo? Hay varias maneras según sea el grado de unión que se haya podido alcanzar. El discípulo puede imaginar una imagen viviente de su Maestro; puede elevarse hacia esa imagen con toda su fuerza y luego puede situar su pensamiento para ver si existe la mínima desarmonía o discordancia y, si la hay, debe cambiar inmediatamente su propio pensamiento.

Existe una gran diferencia entre el punto de vista oculto y el punto de vista del mundo. En el mundo, cuando existe una diferencia de opinión entre nosotros y otra persona, en seguida empezaremos a argumentar a favor de nuestra opinión y trataremos de mantenerla. En ocultismo nunca se discute; sabemos que quien está en un nivel superior sabe más que nosotros y nos limitamos a aceptar sus puntos de vista. Ni por un momento se nos ocurrirá mantener nuestra opinión en contra de la del Maestro, porque sabemos (y no es cuestión de opinión sino de verdadero conocimiento) que Él tiene acceso a toda clase de fuentes de información, y nosotros no; por consiguiente, Él sabe lo que dice. Su opinión está basada en un conocimiento mucho mayor que el nuestro. Después podemos buscar las razones de esa opinión (lo cual ya es otra cuestión), pero, por de pronto, no nos oponemos a ella ni hemos de pensar en hacerlo. Cuando el discípulo pone su pensamiento junto al del Maestro, no discute. Cuando tenemos un instrumento desafinado no discutimos que probablemente haya uno mejor: lo afinamos.

En el mundo oculto jamás se critica; se da por sentado que cualquiera que esté trabajando por la Jerarquía lo está haciendo lo mejor que puede; y si esto es así, es a su Maestro a quien corresponde juzgarlo, no a nosotros. Evidentemente, si en alguna ocasión advertimos algún fallo en algún sentido, nos queda el derecho de hacer una pequeña sugerencia en la forma más delicada posible: "Si esto se hiciera de esta manera, o de la otra, ¿no te parece que sería mejor?" Criticar sin consideración a los demás censurando sus faltas sin tener en cuenta las dificultades que puedan tener y de las que no sabemos nada, es proceder totalmente ajenos a las actividades de un ocultista y de aquellos que aspiran a serlo. Nunca se actúa de esta manera porque se considera inadecuado.

Los que sienten verdaderos deseos de hollar el Sendero deberían seguir la costumbre de los discípulos del Maestro por lo que a esto respecta. Nunca se critica el trabajo de los demás; la mayoría hace lo que puede desde su punto de vista. Puede que nuestro punto de vista sea superior, pero sea como sea, los demás sólo pueden trabajar de acuerdo con sus propias luces, no según las nuestras. En nuestra Sociedad, cuando se le confía a alguien un trabajo, hay que darle una oportunidad; si no lo lleva a cabo de una manera satisfactoria habrá que elegir a otro para que lo haga, pero mientras tanto no debemos ponerle ningún obstáculo. Esa persona debe tener su oportunidad para demostrar de lo que es capaz para que actúe según las ideas que tiene en su mente. Es completamente impropio entrometerse con los demás.

Todavía es mucho peor criticar sistemáticamente y estar siempre pendientes de cualquier fallo o deficiencia. Este no es el modo de proceder de un ocultista. Con frecuencia oímos decir: 'yo no puedo dejar de criticar, está en mi naturaleza'. Si esa es vuestra naturaleza es una naturaleza muy negativa y lo mejor será esforzarse por trascenderla.

Cuando decimos que una cosa es natural, humana, queremos decir que es la forma de proceder de la generalidad de los humanos, pero si una persona se propone dominar sus pasiones está esforzándose por ser algo mejor que la generalidad. Estamos aquí para cambiar nuestra naturaleza. Esto no significa orgullo; el aspirante está intentando elevarse por encima del nivel de la persona de tipo medio, con el fin de trascenderlo, lo cual no podrá ser si sigue situado en ese nivel medio, o más abajo todavía. Todo el que quiera alcanzar ese progreso debe arrojar lejos de sí la costumbre de criticar.

En algunas ocasiones nos gustaría decir a los demás: "Sepárate del camino de tu yo superior y dale una oportunidad para hacer lo que pueda. Tu personalidad inferior está

impidiendo al yo superior que haga con facilidad lo que desearía hacer." Nadie debería decir jamás: "No puedo." El que asume esa actitud juzga mal, y se condena al fracaso por anticipado. Por el contrario, hay que crear la forma de pensamiento: "Puedo hacer eso y lo haré", y cuando digamos esto llevamos hecha la mitad del trabajo. Con mucha frecuencia fracasamos en nuestros esfuerzos; es muy natural. Al seguir esforzándonos de continuo estamos acumulando fuerza, lo cual, inevitablemente, nos conducirá hacia el éxito. Cuando tenemos un fracaso no hemos de resignarnos diciendo que lo hemos perdido todo, porque la fuerza que hemos conseguido, aunque no sea suficiente para un éxito inmediato, sin embargo es una ganancia substancial, y si seguimos aumentando esa ganancia cada vez más, llegará el momento en que el éxito coronará nuestros esfuerzos.

Entre estas dos actitudes existe una gran separación: sentarse y abandonarse a la desesperación o ponerse en pie y hacer algo. Se ha dicho que el mundo está dividido en dos clases de personas: las que se ponen en pie y hacen algo y las que permanecen sentadas diciendo: "¿Por qué las cosas no serán de otra manera?" Debemos integrarnos con los primeros y jamás hacer lo que hacen los otros que nunca dan un paso por sí mismos.

Los que todavía no han sido aceptados por Él no pueden hacerlo; pero pueden ayudarse mucho parándose a menudo a pensar: "¿Qué pensaría el Maestro sobre esto? ¿Qué diría o qué haría el Maestro en estas circunstancias?" Porque nunca debéis hacer, decir o pensar lo que no podáis imaginar al Maestro haciendo, diciendo o pensando. Hablando, también debéis ser verídicos —exactos y sin exageraciones.

C.W.L.— Si pudiéramos tener esto presente de una manera constante: nunca pensar, decir o hacer lo que el Maestro no pensaría, ni diría, ni haría, no necesitaríamos nunca hacer correcciones en nuestra vida. Quizá podríamos equivocarnos en nuestra apreciación de lo que Él pudiera pensar, o decir o hacer; pero, por lo general, nuestra vida sería de una pureza maravillosa y nos acercaríamos a Él. Es posible que haya quien diga: “Si yo me parara a pensar de esa manera, nunca podría decir nada.” El mundo no sería más pobre por esto, ya que la mayor parte de lo que se dice no tiene ninguna utilidad. Si el hombre se detuviera antes de hablar para pensar seriamente: “¿Diría el Maestro lo que voy a decir?”, seguramente que hablaría muchísimo menos. Este proceso de buscar la armonía entre nuestros pensamientos y los del Maestro, es lento al principio; pero se va convirtiendo en un hábito y llega a ser tan rápido como un relámpago.

El pensamiento se mueve con la rapidez de la luz —posiblemente más todavía— y si, como nos dice la física, la luz recorre 300.000 kilómetros por segundo, para llegar con nuestros pensamientos a Inglaterra que está a una distancia de 20.000 kilómetros de la India, sólo se necesitaría el parpadeo de un relámpago de luz. La velocidad del pensamiento es un problema de la física oculta que todavía sigue entre brumas. Constantemente estamos intentando conocer nuevos hechos en el mundo oculto y haciendo tentativas de experimentación muy parecido a la manera como lo hicieron los antiguos alquimistas de cuyos esfuerzos surgieron los principios de la química que ha ido evolucionando hasta constituir una gran ciencia que abarca millares de hechos. Pienso que de esa incipiente experimentación de unos cuantos, con el paso de los años, surgirá un gran desarrollo de la ciencia oculta en general que será de gran importancia para el mundo.

Generalmente nuestros pensamientos no tienen la velocidad que les corresponde porque no nos hemos ejercitado para usarlos con la debida proporción, separadamente de la palabra y de la acción. Uno de los resultados de la meditación es el entrenamiento que conseguimos para utilizar nuestro pensamiento por separado de la palabra y de la acción. En este sentido, el éxito nos permite lograr resultados realmente maravillosos. La doctora Besant ha realizado estudios sobre este particular. Le he oído decir que cuando habla delante del público, mientras pronuncia una frase, la siguiente se le presenta en su mente de tres o cuatro maneras diferentes, y ella, deliberadamente, selecciona la que juzga más efectiva mientras está todavía pronunciando la frase anterior. Muy pocas personas son capaces de hacer eso, lo cual es el resultado de utilizar el pensamiento de una manera completamente separado de la acción y a una velocidad muy difícil de calcular, pero que demuestra lo que se puede hacer. Es muy conveniente esforzarse en utilizar el pensamiento como pensamiento. El discípulo que ponga en práctica este principio de pensar antes de hablar o de actuar, hallará que esto le proporciona no sólo el resultado de armonizar su vida con la de su Maestro, sino también un valioso entrenamiento en el arte de pensar con rapidez.

No atribuyáis nunca intenciones a otro; sólo su Maestro conoce sus pensamientos, y esa persona puede estar actuando por razones de las que no tenéis idea.

C.W.L.— Todo ser humano es un enigma, incluso para los mismos que lo aman y lo tratan en la intimidad, y si en alguna ocasión —pasado mucho tiempo— alguien llega a penetrar las razones que determinan su proceder en uno u otro sentido, se sorprende de que esas cosas hayan sido la fuerza predominante en su modo de ser. Esto es mucho más prob-

able en la India que en ninguna otra parte, puesto que la mente hindú difiere mucho de la nuestra en infinitud de cosas, y la mayoría de nuestros hermanos hindúes actúan impulsados por ideas que nunca tenemos los ingleses. Sus mentes son muchísimo más sutiles y sus actividades son el resultado de tradiciones totalmente ajenas a nuestra mentalidad. Es por eso que si no es razonable atribuir motivos a nadie por lo que hace o por lo que dice tratándose de personas de nuestra misma raza, mucho más irrazonable resulta cuando se trata de personas de un país extranjero que pertenecen a una cultura distinta. La inclinación a atribuir motivos es la causante de una lastimosa falta de comprensión y debemos desarraigárla. No nos incumbe el por qué se hizo esto o aquello. Hemos de despreocuparnos de ello.

Si oís contar una historia contra alguien, no la repitáis; puede que no sea verdad y, aunque lo fuese, es más caritativo callar.

A.B.— Si oyes un chisme contra otra persona y lo transmites a un tercero desobedeces la orden directa del Maestro que te ha sido dada y dirigida a ti personalmente. Es cosa fácil contener la lengua; puede ser difícil controlar el pensamiento, pero con toda seguridad que podrás dominar el cuerpo. La historia que cuentes puede no tener importancia, pero si es falsa y la repites, estás diciendo mentiras y esto es de gran importancia para aquellos que se esfuerzan en prepararse para la Iniciación. Tal vez puede parecer duro el que hablemos de las mentiras, pero es así realmente y debemos enfrentarnos a los hechos.

Es evidente que no podemos perder nuestro tiempo averiguando si esas historias son o no ciertas, y por eso lo único razonable es no repetir las. Dejando de lado el daño que nos hacemos a nosotros mismos y a nuestros propósitos, e inclu-

so suponiendo que esa historia sea cierta, lo más justo es silenciarla. ¿Qué razón cabe para dañar a nadie? ¿Por qué lesionar la reputación de otra persona?

Desde luego, si llega a nuestro conocimiento que un ladrón o un estafador está intentando sorprender a alguien que nada sospecha, nuestro deber es denunciarlo, o por lo menos prevenir a las personas que se encuentren en peligro de convertirse en sus víctimas; pero esto es muy distinto a dar pábulo a la maledicencia y a la murmuración. No obstante, es un deber que hemos de cumplir con la mayor discreción y cuidado, y sin dejarnos llevar en lo más mínimo por sentimientos de indignación y mala voluntad.

Antes de hablar, pensadlo bien, no sea que incurráis en inexactitudes.

C.W.L.— Esto se ha venido predicando durante muchos años y, sin embargo, todo el mundo sigue hablando con imprecisión. Generalmente se habla en forma exagerada. De algo alejado cien metros decimos que está a muchos kilómetros. Si cierto día hace un poco más de calor que el usual decimos que hace un calor infernal. Nuestro dominio de la lengua es pobre si no podemos encontrar palabras para expresar las diferentes gradaciones de nuestro pensamiento. Esto es una falta de precisión y de educación al mismo tiempo, y me parece que no deberíamos pasar por alto esta falta. No en vano, seguramente, se atribuye al Cristo haber dicho que de cada palabra ociosa tendremos que dar cuenta el día del juicio.

Sed sinceros en vuestros actos; jamás pretendáis ser distintos de lo que sois, porque toda vanidad es un obstáculo para la luz pura de la verdad que debería brillar a través vuestro, como

irradia la luz del sol a través de un diáfano cristal.

A.B.— Es muy difícil poner en práctica la verdad en la acción. Esto significa no hacer nunca nada ante los demás con el propósito de merecer de ellos una elevada opinión de nosotros y, cuando estamos solos, no hacer nunca cosas que nos avergonzarían cuando estamos delante de los demás; significa ser siempre perfectamente honestos. Que los demás nos vean tal y como somos, sin pretender aparecer como algo distinto. La mayoría de las personas tienen un ideal y desearían ser juzgados por los demás de acuerdo con ese ideal; por consiguiente, hay una cantidad de menudencias que hacemos cuando estamos a solas y que no nos permitiríamos cuando estamos en presencia de los demás, porque esas cosas no corresponden a la opinión que de ellos deseamos merecer.

Cuando os sintáis inclinados a hacer algo porque alguien está presente, reprimiros; si lo que vais a hacer es correcto, no tengáis en cuenta la opinión ajena; si no es correcto, no lo hagáis. Este sentimiento lo conozco muy bien porque lo he experimentado. Con frecuencia sentía que debía conducirme ante los demás en la forma que era de esperar de una escritora y conferenciante, etc. Hace algún tiempo este sentimiento me asaltaba en cosas completamente sin importancia. Por ejemplo, al caminar por un buque, donde nunca me sentía bien, tomé la costumbre de practicar algunos pasatiempos completamente inocentes con los viajeros de a bordo. Un día me asaltó la idea de que los demás pasajeros podrían juzgar mal el que yo, de quien sabían que era una ocultista, perdiera el tiempo, en domingo, con juegos de ese tipo; temía su opinión desfavorable. Y entonces me dije: “si la cosa no es correcta, hay que dejar de practicarla; si es correcta, la opinión de los demás no cambia las cosas”. La señora Blavatsky era muy notable en este sentido. Siempre hacía lo que le parecía bien

y no se preocupaba lo más mínimo por lo que los demás pensarán de ella. Si los demás estimaban que su conducta no era la que debía esperarse de una ocultista, ¿qué importaba? La verdad era que los demás no sabían nada de estas cosas.

El ocultista nunca asume una actitud grave y solemne, ni trata de impresionar con su grandilocuencia, aun cuando ese sea el concepto que muchos tienen de él. La creencia del público sobre este punto es totalmente falsa. El ocultista se conduce con extrema naturalidad. Pienso que una de las razones por las que es conveniente llevar una vida realmente perfecta y franca, es porque esa vida puede servir, en grado menor, a preparar el camino para el gran Maestro que está próximo y puede allanárselo un poco. Porque los grandes seres no son siempre como el mundo los concibe. No se amoldan a lo que el mundo les prepara, sino que vienen a reformar el mundo; generalmente, a cambiar de forma radical el estado de cosas existente, y aun cuando son muy considerados con los sentimientos humanos, no lo son tanto con los prejuicios. Nosotros, mediante una vida franca y abierta podemos contribuir a preparar las mentes de los hombres, de tal manera, que cuando llegue el advenimiento del señor Maitreya, ya hayan suavizado algo sus prejuicios y no haya motivo para que sufran tanto como tendrían que sufrir de otra manera. Llevemos, pues, una vida perfectamente abierta, cuidando siempre de no caer por debajo de nuestro ideal. No debemos dejarnos llevar por el engaño de que la forma en que procedamos delante de los demás no tiene importancia; sino que hemos de cuidar siempre de ser correctos igualmente en privado que en público.

C.W.L.— Es muy cierto que no hemos de pensar que siempre existe falsedad en las pretensiones de los demás; pero hay que tener cuidado de que el esfuerzo por evitar esta tendencia no nos conduzca al extremo opuesto. Hay quien dice: “quiero que se me acepte tal como soy en realidad”, y de

acuerdo con esta idea deja vislumbrar lo más bajo, grosero y vulgar de su condición. Los que hacen eso no dejan ver lo que son por naturaleza, sino una copia pobre y degradada de lo que deberían ser. Aquello que hay en el hombre de más noble, de más elevado y mejor, es lo que más próximo está a su Ego; por eso, para ser naturales deberíamos mostrar lo mejor. La simulación de virtudes, la mojigatería, es falta de sinceridad. Cuando encontramos a una persona que se dice ocultista y que elogia su grado de elevación y su tolerancia, aludiendo a sus grandes poderes y tratando de conseguir la admiración de la gente crédula, —al igual que los hipócritas de la antigüedad que ‘gustaban de rezar de pie en las sinagogas y en las esquinas de las plazas para ser vistos por los hombres’ y como los escribas y los fariseos ‘que simulaban prolongadas oraciones’ (San Mateo, vi, 5 y xxiii, 14)— pronto se puede advertir que no se trata de un ocultista de verdad. El verdadero ocultista jamás cae en la mojigatería, aunque su decisión sea la de vivir de una manera mucho más elevada que lo que denominamos ‘natural’ o común y corriente. La gente no siempre consigue reconocer a un Maestro, porque tiene una rígida idea de lo que debe ser un maestro, y el verdadero maestro viviente, no puede ser así. No se adapta a nuestros prejuicios y a nuestras ideas; es tal como es en su propio plano, y si estamos ofuscados con nuestros prejuicios, cuando aparezca puede suceder que no le reconozcamos. Hay quienes ya han decidido lo que el Maestro del mundo tendrá que hacer y decir, y la forma que tendrá de comportarse. No corramos el riesgo de quedar excluidos de Él a causa de nuestros prejuicios. Sabemos que predicará la doctrina del amor, pero la forma y los detalles de su prédica son cosas que sólo Él conoce. Reconozcámoslo de manera plena y estemos listos para seguirlo a dondequiera que Él quiera conducirnos.

CAPÍTULO XII

EL ALTRUISMO Y LA LEY DIVINA

Debéis discernir entre el egoísmo y la generosidad; porque el egoísmo se presenta bajo muchas formas, y cuando pensáis que finalmente habéis acabado con él en una de ellas, resurge en otra, tan potente como siempre. Pero, poco a poco, estaréis tan imbuidos del pensamiento de ayudar a los demás que no quedará espacio, ni tiempo, para ningún otro pensamiento sobre vosotros mismos.

A.B.— Aquí el Maestro describe lo que yo creo que es el único camino para llegar a ser perfectamente altruista. En realidad, es posible liberarse de cualquier forma particular de egoísmo si concentramos en ello nuestros esfuerzos; pero, como dice el Maestro, el egoísmo vuelve a presentarse en otra forma. Trabajando de esa manera podemos emplear mucho tiempo matando una forma de egoísmo, como Hércules cuando trataba de matar a la hidra: tan pronto como le cortaba una de sus cabezas aparecía la otra. El camino, pues, que aquí se recomienda ataca al mal en sus raíces.

Uno de los valiosos resultados de la devoción, el más valioso de todos, pienso que estriba en eso; el pensamiento de otra persona, que es el objeto de la devoción, ocupa por completo la mente, y el hombre deja de ser egoísta sin ningún esfuerzo especial. Esa es la forma más adecuada de evolución:

“crecer como crece la flor, inconscientemente, abriendo el corazón a los rayos del sol”. Todo esfuerzo es un signo de debilidad y es una gran ventaja encontrar un medio fácil para vencer nuestros defectos. Al eludir nuestros pensamientos y verter toda nuestra fuerza en un buen canal, la cualidad indeseable perece por sí sola. Este es el mejor medio de corregir nuestras faltas, pues pensar en ellas, aunque sea con remordimientos, no hace más que vivificarlas.

Llenaros de pensamientos de ayuda a los demás y así, como dice el Maestro, no habrá ya tiempo ni lugar para que penséis en vosotros mismos. Y entonces, también seréis felices. Así lo he comprobado en mi propio caso. Cuando me sentía afligida, cuando me inclinaba a lamentarme de lo que me ocurría (no creo sentir ya esas inclinaciones, pero hubo un tiempo en que sí las sentí), llenaba inmediatamente mi mente con pensamientos de ayuda y trabajo en pro de los demás. Afligirse por lo que a uno le sucede es una forma de egoísmo y sólo conduce a sentirse desdichado. Sin embargo, eso es lo que hacen muchas personas que se sientan y se lamentan: “¡Oh, qué triste es esto! ¡Qué duro es esto! ¡Esto es muy doloroso para mí! ¡Esa persona no se preocupa por mí; no me busca, no me ama!” y así indefinidamente.

Todo esto no es más que egoísmo. El remedio, tanto para la aflicción como para el egoísmo, es hacer algo inmediatamente a favor de alguna otra persona. Id y trabajad. Vuestra mente no puede dar cabida a la vez a las dos cosas, y en el preciso momento en que dejáis de pensar en vosotros mismos, comenzaréis a sentirlos felices. Cuando podáis decir: “No quiero nada de los que me rodean; los amo y no quiero nada a cambio,” entonces seréis felices. Lo que generalmente llamamos amor es sólo un mínimo de amor, bien recubierto por una gruesa corteza de egoísmo. En el momento en que se siente dolor a causa del amor, ya está presente el egoísmo.

Esta lección es muy difícil para la persona afectuosa y emotiva; pero cuando se aprende bien, aporta paz y felicidad. Hablo por experiencia propia. Aprended a amar a los demás sin pedir nada a cambio y cuando podáis hacerlo encontraréis que son muchos los que os aman; pero mientras esperéis algo de los demás, su instinto natural les hará retraerse. Una dura lección, ciertamente, pero que una vez aprendida nos trae una paz inmovible, incluso en el caso de que una persona a quien amemos entrañablemente trate de ofendernos. ¿Qué puede importar? Sabemos que algún día volverá a nosotros y, mientras tanto, seguiremos prodigándole nuestro amor, como hasta ahora. Si somos presa del sufrimiento, tomemos la decisión en nuestra mente de no volver a inquietarnos por ello. Deciros a vosotros mismos: “No tengo en cuenta los sufrimientos de mi personalidad.” Después de todo, ¿quién somos nosotros —nuestra personalidad— para lamentarnos por nuestro sufrimiento o para esperar ser amados? Adoptad esta actitud ante el sufrimiento y lograréis dominarlo.

C.W.L.— El hecho de pensar en nuestros defectos es vigorizarlos. Este es un error muy frecuente de la Iglesia cristiana que recomienda arrepentirse de los pecados y sentir remordimiento. Cuanto mayor es la tristeza y cuanto más la mente se ensimisma en el pecado, mayor es la propensión a cometerlo. Pero si en lugar de esto efectuamos algún trabajo en favor de los demás, la forma de pensamiento no se intensifica, muere de muerte natural, se agota y se olvida. Con frecuencia, una mórbida introspección hace de las faltas pequeñas grandes pecados. Nos hace pensar en los niños que constantemente arrancan las plantas para descubrir cómo tienen las raíces y ver en qué forma crecen. Ese es el caso de una persona que, habiendo emprendido un trabajo noble y bueno, empieza a dudar de sí misma. “No estoy segura de que mis motivos fueran puros; posiblemente inicié este trabajo por orgullo”, o bien, si ha logrado aliviar los sufrimientos

ajenos: “Esto no es necesariamente altruista; es más bien que no pude soportar el sufrimiento ajeno y por ese motivo quise remediarlo.” En la Iglesia de Inglaterra se dice: “Señor, tened piedad de nosotros, miserables pecadores.” Puede que seamos pecadores, pero no es necesario llevar las cosas hasta el extremo de ofendernos a nosotros mismos con el adjetivo de miserables, convirtiendo también en miserables a los demás. No hay que lamentarse del pasado, es preferible trabajar para mejorar el futuro. Es inútil desear no haber hecho estas o aquellas cosas; es mejor decir: “Ya está hecho; lástima; pero no importa, así están las cosas ahora; veremos qué se puede hacer para mejorarlas. Con esto no quiero decir que no sea posible, en un nivel de mucha elevación, alterar el pasado; pero realmente no es razonable que lo tomemos en consideración.

En el Noble Óctuple Sendero del Señor Buddha, el penúltimo peldaño es la recta conducta. Dijo a sus discípulos: “Debéis tener mucho cuidado con lo que os permitís recordar. Si decís que no podéis evitar ciertos recuerdos, es que no tenéis dominio sobre vuestra memoria, sobre vuestra mente que es una parte de vosotros mismos. Es como si fuerais por la calle recogiendo todos los desperdicios que encontraréis en el camino; estáis sobrecargando la memoria con todo lo inútil y perjudicial. Debéis recordar lo que conviene y tener cuidado de olvidar lo demás.” Después enumera con detalle y claridad, todas las cosas que deben olvidarse y menciona entre ellas todas las injurias que se nos han hecho; todas las supuestas ofensas que se nos han inferido. Esas son algunas de las cosas que debemos olvidar de un modo absoluto y permanente, mientras que entre las que debemos recordar están las palabras amables que se nos han dirigido, los actos bondadosos y todas las buenas cualidades que hemos encontrado en nuestros semejantes.

Hemos de aprender a amar a todos aquellos a los que tratamos. No es que tenga que ser a todos por igual. Esto no puede esperarse. El mismo Señor Buddha tuvo un discípulo favorito, Ananda, a quien amó más que a los otros, y el Cristo tuvo a su amado discípulo San Juan, que reclinó la cabeza en su pecho en la última Cena. De nosotros no se espera que amemos a todos los demás de la misma manera, que sintamos por todos el mismo amor que sentimos por el padre o por la madre, la esposa o el hijo; pero sí que se espera que tengamos una actitud de amor activo y de buena voluntad hacia todos y sin odio hacia nadie. Hay que asumir esta actitud sin esperar nada a cambio; en el momento en que empezamos a pedir algo, ya estamos exigiendo; estamos de nuevo bajo la acción del deseo, pensando de nuevo en nosotros, no en los demás. Sentir amor y no esperar nada a cambio es lo único que puede denominarse amor. Sin llegar a ese altruismo, el hombre queda preso en las redes de los celos, de la envidia y de muchos otros deseos, y su amor, en lugar de presentar el glorioso color rojo puro, aparece como un carmesí parduzco, de mal aspecto y de forma también desagradable, porque en lugar de prodigar sus rayos como la luz del sol, da la impresión de ganchos que vuelven a su punto de partida, formando una curva cerrada y con frecuencia no afectan más que al que los envía.

Los mundos se mueven por la acción del amor divino, el amor sin egoísmo, que fluye en grandes curvas abiertas y que nunca retorna ni proyecta retornar. Este amor fluye en otras dimensiones y en otros planos para hacer el trabajo de Dios en la propia forma de Dios. Esa es la lección que hay que aprender; lección difícil porque significa la destrucción de la naturaleza inferior, pero es el camino hacia la paz.

*También debéis distinguir en otro sentido.
Aprended a reconocer a Dios en todos los seres*

y en todas las cosas, prescindiendo de lo malas que puedan parecer externamente. Podéis ayudar a vuestros hermanos por medio de lo que tenéis en común con ellos, es decir, la Vida Divina; enseñadles cómo despertarla en ellos, enseñadles cómo invocarla; así rescataréis a vuestros hermanos del mal.

A.B.— Esta es la lección final sobre el discernimiento entre lo real y lo irreal. Por muy mala que sea una cosa externamente, Dios está en ella, porque no podría existir si no estuviese Dios en su corazón. En las escrituras hindúes esta verdad aparece una y otra vez: “Yo soy la trampa del tahir”, dice el Señor en el *Bhagavad-Gita*. Estas palabras horrorizan a veces a la gente; pero son la verdad, porque el jugador tramposo tiene que aprender algo en esa forma ya que se niega a hacerlo en otra mejor. Quien no quiere aprender de los preceptos tiene que aprender de la experiencia de las leyes naturales. Lo que llamamos leyes de la naturaleza no son otra cosa que la expresión material de la Mente Divina.

Las leyes de la naturaleza son firmes como la roca; el que se golpea contra ellas se causa heridas en la carne y el dolor le enseñará a no reincidir en sus errores. Quien no puede aprender por el precepto y por el ejemplo (hay infinidad de ellos en el mundo), tiene que aprender por el dolor que origina la infracción de la ley. El hombre tiene que llegar a la unidad por las buenas o por las malas, porque la divina voluntad es la evolución, y la voluntad interna del hombre es una con la voluntad divina. Así interpreto yo el significado interno de las palabras del cántico hebreo: “Si subo a los cielos, Tú estás allí”. Es muy claro: todos sabemos que Dios está en los cielos. Pero el cántico prosigue: “Si hago mi lecho en el infierno, ¡he aquí que Tú estás también allí!” (Salmos cxxxix, 8).

Ved, pues, lo divino en todo lo que os rodea; lo demás no os concierne. De esa manera, y sólo de esa manera, podéis ayudar a vuestro hermano, porque lo único que tenéis en común es la vida divina; todo lo demás es diferente, pero en esto sois sólo uno y os es dado usar esa unidad como palanca para ayudarlo de todas las maneras. Cuando deseéis ayudar a alguien a vencer un defecto, recordad que esa persona está tan ansiosa de librarse de ese defecto, como lo podáis estar vosotros mismos; ese defecto le contraría y si pudiérais llegar hasta su interior veríais que su deseo es vencerlo. Esa es la forma adecuada de ayudar; este camino interior nunca hiere ni daña a nadie.

C.W.L.— Todo lo que existe en este plano, lo mismo que en cualquier otro, sólo es una manifestación de la vida divina y, por lo tanto, todo ello —tanto lo bueno como lo malo— tiene que ser una expresión de Dios. Nada puede existir sin que Dios mismo sea el corazón y la raíz de ello. Todas las Escrituras enfatizan esta realidad; nosotros lo tenemos en las Escrituras cristianas: “Yo hago la luz y creo la Oscuridad; yo hago la paz y yo creo el mal; Yo, el Señor, creo todas estas cosas.” (Isaías, 45, 7.) La gente no puede comprender cómo es que todo lo que llamamos malo también puede ser divino; pero nosotros debemos reconocer este hecho. Hay magos negros y gente mala de todo tipo, pero la vida que alienta en todos ellos es vida divina, porque no existe otra vida.

Si una persona trae el mal a su vida por su propia terquedad y estupidez, de ese mal, sin embargo, tiene que resultar el bien: es la única forma en que ese hombre puede evolucionar. El tramposo tiene que llevar a cabo sus fechorías, está en su mente el hacerlas. Sin embargo, está actuando dentro de la Ley Divina, y aunque esté procediendo mal, ese mal le acarreará el bien, porque, actuando como lo hace y fracasando, aprenderá a encontrar el camino del bien. Podría decirse que es el último recurso, pero es un recurso,

y es por ello que debemos reconocer que está dentro de la Ley Divina.

Hay un sentido en el que absolutamente todas las cosas son Dios. Pero no es exactamente éste el sentido en que están escritas estas palabras: es el espíritu Divino en cada uno lo que lo constituye en hombre. Cuando al trascender la personalidad podáis ver cuán tan torcida está, cuanto se ha desviado, y podáis llegar hasta la vida divina que anima al hombre, podréis apelar a este recurso. Podéis tener presente que el hombre 'malo', en lo que representa como alma, desea progresar tanto como podamos desearlo nosotros. Desea librarse del mal que lo acosa, que lo obsesiona, y que conturba su personalidad y, por lo tanto, si nos fuera posible llegar hasta ese alma traspasando la envoltura de dureza y de mal, se apresuraría a cooperar en nuestro esfuerzo de ayudar a su personalidad.

Casi toda mi vida he sido sacerdote y me he dedicado a actividades de ayuda, habiendo trabajado en algunos de los peores lugares de Inglaterra. Me he encontrado con muchos hombres que podrían ser juzgados como criminales incorregibles; pero jamás he hallado uno que no haya mostrado alguna chispa de bien en una u otra forma. Sea el amor a un niño, el amor a un perro lo único que da carácter humano a quien sólo parece ser un bruto, y un bruto peligroso; pero ahí está, latiendo en cierta forma, la vida divina y si nos es posible ponernos en contacto con ella en ese punto, ahí está la oportunidad de poder ayudarlo, apelando a esa vida que sólo en esa forma se hace manifiesta.

A.B.— Las últimas palabras del Maestro sobre este punto son: "Así rescataréis a vuestros hermanos del mal." Aquí Él nos hace la sugerencia más fuerte; nos llama la atención hacia lo que debe ser el verdadero objetivo y finalidad de la vida del discípulo, pues su único propósito es llegar a ser un salvador

del mundo. Esta sugerencia es mucho más fuerte de lo que pudiera ser cualquier otra dirigida a conseguir ventajas personales. El Maestro sólo vive para ayudar al mundo y mientras más logremos que el servicio sea la finalidad y el objetivo de nuestra vida, mejor reflejaremos en ella la hermosura moral del Maestro.

PARTE III

CAPÍTULO XIII

ELIMINACIÓN DEL DESEO

A.B.— Ahora trataremos de la segunda cualidad que en sánscrito es *vairágya*, palabra que el Maestro traduce al inglés como 'desirelessness', [y que en castellano llamaremos 'carencia de deseos']. Esta traducción es muy exacta. En el pasado utilicé para designar esta segunda cualidad la palabra carencia de pasiones, pero a partir de ahora traduciré este término de la misma manera que el Maestro.

Hay muchas personas para quienes la cualidad de la 'Carencia de deseos' es difícil, porque sienten que ellos son sus deseos —que si prescinden de sus preferencias y sus aversiones no quedará ningún yo.

A.B.— Prácticamente todos aquellos que sinceramente desean hollar el Sendero, sienten la verdad de la primera frase en la que el Maestro dice que es difícil la cualidad de 'carencia de deseos'. Esta dificultad se debe a que el hombre se identifica con sus deseos. Mientras un deseo no satisfecho sea causa de infelicidad es que el hombre está identificado con sus deseos. Es conveniente aceptar esta realidad; admitirlo para sí, porque es muy fácil creer que uno ha logrado separarse de sus deseos cuando en realidad no es así. Muchas personas se congratulan pensando que han dominado su naturaleza de deseo, cuando lo que ocurre es que toda su vida, todos sus actos, demuestran lo contrario. Es mucho mejor

aceptar la verdad —si es que todavía no lo hemos hecho— y de este modo estar bien dispuestos para ponerle remedio.

El primer paso es imbuirse de la idea “Yo no soy mis deseos”. En este caso podemos ayudarnos tal como ya dejé explicado respecto a los estados de ánimo; nuestros deseos, lo mismo que nuestros estados de ánimo, son cambiantes, y cualquier cosa que cambie no es el Ego, el cual jamás está sujeto a fluctuaciones. Por ejemplo, conozco a algunas personas que un día piensan: “¡Qué delicia es estar en Adyar, qué bonito es pensar en todas las cosas que van a suceder!” y al día siguiente se sienten deprimidos, desanimados. Ahora bien: ninguno de esos estados de ánimo variables es el hombre; ambos son, simplemente, vibraciones del cuerpo astral, ocasionadas por el contacto externo.

Por este motivo se aconseja la meditación diaria, porque no es posible meditar bien hasta haber silenciado los deseos. Si meditáis concienzudamente y con regularidad, poco a poco iréis comprendiendo que existe un Ego más allá de vuestros deseos, y si continuáis con vuestras prácticas de meditación y durante el día asumís la actitud adecuada, empezareis a notar constantemente la existencia de ese Ego. Entonces ya no os identificaréis con vuestros deseos sintiendo ‘yo quiero’ ‘yo deseo’, sino que pensaréis ‘yo no soy ése; ése es el yo inferior’.

Esta es la primera gran lección que el Maestro da respecto a la segunda cualidad. No es que antes de la Iniciación ya hayamos adquirido con perfección la carencia de deseos; pero el Maestro sí espera que la poseamos hasta cierto punto, y lo que Él espera es la Ley. Para alcanzar la Iniciación es preciso no sufrir ya esos cambios pasando de la depresión al júbilo.

C.W.L.— Son muchísimas las personas que no hacen ningún esfuerzo para diferenciarse de sus deseos y que acostumbran a decir: “Yo soy tal como Dios me ha hecho. Si

tengo mal carácter o soy de voluntad débil, Él me hizo así. Si no tengo fuerza para resistir las tentaciones, es que soy así.” Estas personas no comprenden que son ellas mismas las que se han hecho así en sus vidas pasadas, y tienen por costumbre considerar su carácter como algo inalienable, como algo que les ha sido dado, como el nacer ciegos o cojos. No entienden que tienen que cambiar una naturaleza inconveniente. Tampoco saben que pueden hacerlo y, más todavía, con frecuencia ni siquiera se dan cuenta de que tienen que hacerlo.

En general, el hombre común y corriente no puede encontrar razones para emprender la penosa tarea de cambiar su carácter. Puede que algunos de ellos piensen que tienen que hacerlo para no ir al infierno; pero otros replicarán que ese cielo convencional debe ser enormemente fastidioso y que ellos esperan algo distinto. Es notorio que aunque la enseñanza de un cielo después de la muerte está muy difundida, ejerce muy poca influencia en el carácter humano, debido posiblemente a su falta de verosimilitud. Hasta donde se me alcanza, la única teoría que me parece apropiada para inducir al esfuerzo de cambiar de carácter, es la Teosofía. Esta nos muestra aquello que es digno de llevarse a cabo, y también nos dice que tenemos la oportunidad y disponemos del tiempo necesario para lograr el éxito completo. Si un hombre comprende el plan de Dios y se propone cooperar con Él, tiene a mano las más poderosas razones para entregarse al trabajo en pro de la evolución y prepararse para ella. Entonces se da cuenta de que es posible realizar los cambios más fundamentales en su carácter y en su actitud, y que su éxito está totalmente asegurado.

El deseo inamovible del Ego es el del progreso; el del desarrollo del Yo superior, el de armonizar sus vehículos para poder usarlos como instrumentos. Siempre que hallemos en nosotros deseos que no sean parte del Ego o que no vayan de acuerdo con Él, sabemos que esos deseos no proceden del

alma, y por tanto no diremos, 'yo deseo esto', sino, 'mi elemental del deseo está cambiando de nuevo; desea esto y lo de más allá; pero yo, el Ego, deseo progresar, deseo cooperar en el plan divino. Estos estados de ánimo, estos deseos no son míos.' Mientras un deseo no satisfecho sea causa de infelicidad, el hombre tendrá que aceptar que todavía sigue identificado con los deseos de su elemental.

Pero éstos son sólo los que no han visto al Maestro. A la luz de Su sagrada Presencia todos los deseos mueren, excepto el deseo de ser como Él. Sin embargo, antes de que tengáis la felicidad de encontraros frente a frente con Él, podéis lograr, si queréis, la carencia de deseos.

A.B.— Esto nos hace recordar nuevamente los versos del *Bhagavad-Gitâ*; "Los objetos de los sentidos, pero no el gusto por ellos, se retira del abstemio morador del cuerpo; e incluso el gusto por ellos se retira después que el ser humano ha visto al Supremo." Todo deseo muere cuando se ha logrado un vislumbre del único objeto digno de deseo. Por eso, al comprobar la presencia del Maestro, el hombre queda libre, no sólo de los deseos, sino del deseo en sí. El deseo es una raíz que germina en muchos tallos, pero mientras quede la raíz ésta volverá de nuevo a germinar. Sin embargo, la unión con el Maestro liberará finalmente al hombre de la raíz de todos los deseos.

No obstante, dice el Maestro, antes de eso, si queréis, podéis llegar a la carencia de deseos. Estas dos palabras 'si queréis' son particularmente importantes. Nos hacen ver donde radica la dificultad. No se trata de habilidad; casi siempre es la voluntad de hacer algo lo que falta. Si en vuestro trabajo en el Sendero pusieseis la misma voluntad que ponéis en vuestro trabajo mundano, vuestro progreso será rápido en verdad.

C.W.L.— Aquí nos encontramos con una de las frases más bellas de este libro. En verdad que cuando veáis al Maestro y os déis cuenta de lo que Él es, todos los deseos inferiores se extinguirán en vosotros y todo vuestro ser quedará empapado de algo superior.

Muchos hablan del anhelo que sienten de llegar a la carencia de deseos, e incesantemente están dando cabida en sus mentes a los objetos de deseo, y se sentirían desgraciados si se quedaran sin esos deseos. En realidad, no desean llegar a esa carencia de deseos; pero eso es sólo superficial; en el fondo de su personalidad eso no existe. Conviene indagar sobre este punto, profundizar en lo más íntimo y ver si realmente hemos conseguido liberarnos de todos esos deseos inferiores. Frecuentemente, el teósofo cree que ha logrado esa liberación y piensa que es cosa de poca trascendencia, pero en muchísimas ocasiones esas cosas de poca trascendencia son de una gran profundidad. Aparentemente uno se libera de ellas pero vuelven a presentarse en formas diferentes y es difícil cerciorarse de si han sido vencidas realmente. Por suerte, no se espera de nosotros que nos liberemos totalmente del deseo en esta etapa de nuestro esfuerzo. La Iniciación puede alcanzarse incluso existiendo todavía en nosotros algunas de estas cosas; pero después de haberla alcanzado, hay que arrancar totalmente esas raíces; sin embargo, es mejor empezar a arrancarlas ya desde ahora para que nuestro progreso sea más rápido y regular. Esto puede hacerse, porque el Maestro nunca sugiere algo que no podamos hacer, aunque sí pone ante nosotros muchas cosas que ponen a prueba nuestra paciencia y nuestra fuerza moral, porque es necesario si deseamos progresar con rapidez.

El discernimiento ya os ha mostrado que las cosas que más desean los hombres, como la riqueza y el poder, no vale la pena poseerlas.

Cuando esto se siente realmente, y no son meras palabras, todo deseo por ellas cesa.

A.B.— Los deseos de riqueza y poder se presentan en una gran variedad de formas, no solamente por lo que respecta al dinero o a la influencia social o política. Lo que la mayoría de la gente desea por encima de todo es la riqueza; pero en realidad, esto no es algo que sea conveniente alcanzar, porque sólo sirve para incrementar los deseos y no aporta la felicidad, tal como podemos observar en mucha gente rica que no constituyen en modo alguno una clase privilegiada de seres felices. Lo mismo pasa con el poder, tanto social como político: no deja de ser una escoria y un vano oropel: no es oro. El *Gitâ* dice que el hombre sabio se conforma con lo que le llegue, lo cual significa que hará un uso gozoso de lo que esté a su alcance, sin perder el tiempo y la energía ambicionando algo distinto.

Son pocos los que alcanzan elevadas posiciones sociales o políticas, pero la tentación del poder está latente con mucha frecuencia. El poder incluye todo deseo de avasallamiento sobre los demás; de intervenir en sus asuntos; de decirles qué es lo que deben hacer, en lugar de dedicarse a sus propios menesteres exclusivamente. Aunque los que ambicionan el poder político o social no son muchos, es frecuente entre los seres humanos el deseo de que los demás hagan lo que a nosotros nos parece que deben hacer. Todo esto hay que desecharlo, si es que realmente queremos progresar. Los que deseen alcanzar este progreso, pronto se darán cuenta, tal como nos ha sucedido a muchos de nosotros, que ya tenemos bastante trabajo solamente con dominar nuestra propia personalidad para que, encima, queramos intervenir en los asuntos ajenos. El Ego en los demás es el mismo que en nosotros y la forma en que debe manifestarse en ellos es una cuestión que sólo a ellos atañe, y no a nosotros. Por lo tanto,

toda inclinación a intervenir en asuntos ajenos debe desecharse.

No tenéis ningún derecho a intervenir, excepto que sea vuestro deber, y esto sólo pasa cuando tengáis una determinada autoridad limitada sobre una persona que haya sido puesta bajo vuestra tutela por la naturaleza, como en el caso de vuestros hijos, o en casos kármicos, por ejemplo, cuando se trata de personal a vuestro servicio o asalariados.

El dominio sobre vuestros hijos debe ser protector y sólo debe ejercerse cuando exista alguna debilidad que proteger; este dominio debe ir desapareciendo a medida que el Ego interno va desarrollando su capacidad para tomar posesión de sus vehículos. Con vuestros iguales (me sirvo de esta palabra en un sentido generalizado) queda claro que no tenéis ningún derecho a intervenir.

C.W.L.— A los seres humanos nos gusta intervenir en los asuntos de los demás porque creemos que podemos dirigirlos mejor de lo que ellos lo hacen, pero, evidentemente, esto no lo *sabemos*. El poder divino actúa a través de cada uno de nosotros; es mejor dejar que ese poder siga su ruta. Tened presente que el Cristo recordaba a los judíos lo que decían sus escrituras, “Vosotros sois Dioses” [San Juan, 10, 34 y Salmos, 82, 6] y les decía que eran hijos del Altísimo. Puede pasar que alguien no actúe de la mejor manera posible, y también puede suceder que algunos cometan errores, pero mientras sean sinceros y estén ansiosos de hacer lo mejor, todo marcha bien. Permitidle que batee aunque no sea tan buen bateador como vosotros. En algunos casos, de forma respetuosa y delicada y con tacto, se puede aconsejar; pero hay muchos casos en que esto resultaría incluso una impertinencia; en ninguna circunstancia se debe tratar de imponer una opinión a otra persona. Nuestra primera atención tendría

que ser manejar bien nuestros propios asuntos, porque cada uno es responsable de sí mismo.

CAPÍTULO XIV

EL BUEN DESEO ÚNICO

Hasta aquí todo es sencillo; sólo se precisa que lo comprendáis. Pero hay algunos que abandonan la persecución de los objetivos terrenales sólo para ganar el cielo, o alcanzar la liberación personal de los renacimientos; no debéis caer en este error.

C.W.L.— El deseo de la liberación personal de la rueda de nacimientos se encuentra principalmente en la India, porque la mayoría de sus habitantes creen en la reencarnación. Para el cristiano en general, el cielo es una liberación de la cárcel terrena. Estas enseñanzas fueron dadas a un niño hindú y es por esto que, principalmente y ante todo, se refieren a las condiciones de la India, aunque las ideas puedan aplicarse también al mundo occidental. Nosotros, los teósofos, no nos sentimos inclinados a realizar grandes esfuerzos para alcanzar la felicidad del cielo, en la cual el hombre permanece cientos o incluso miles de años entre una y otra encarnación. Muchos de nosotros preferimos renunciar a todo este período de vida celestial para regresar rápidamente a la tierra a trabajar y es posible para aquellos que realmente lo desean. Esto exige, ciertamente, un determinado desarrollo, porque en esos casos es necesario servirse de los mismos cuerpos astral y mental en el nuevo cuerpo físico.

Esto no significa que el cuerpo astral y el cuerpo mental sean capaces de sentir la fatiga como el cuerpo físico. Y aún queda algo más a tener en cuenta: los cuerpos astral y mental que tenemos en esta vida son la expresión de nosotros al finalizar nuestra última encarnación. En el curso de la vida los vamos modificando considerablemente, pero eso sólo puede hacerse hasta cierto punto. Por ejemplo, hay un límite para la reparación o para el adecentamiento de un automóvil, y a menudo es preferible comprar un coche nuevo en lugar de tratar de conseguir que uno de viejo se convierta en otro de flamante y moderno.

Poco más o menos pasa con los cuerpos astral y mental. Para cambiarlos de forma radical se necesitaría mucho tiempo y es muy posible que ese cambio sólo se conseguiría de forma parcial. Si las capacidades de un hombre en esta vida han aumentado considerablemente, tal vez resultaría mejor para su progreso dotarse de nuevos cuerpos astral y mental para expresarse, en lugar de tratar de remendar los cuerpos antiguos.

Pero una inmediata reencarnación no siempre es factible. No obstante, y dadas las condiciones del momento —por la necesidad especial de personas que trabajen con motivo del advenimiento del Maestro— podemos admitir que cualquier persona que haya trabajado bien en esta vida y tenga verdaderos deseos de reencarnar inmediatamente para poder continuar en el servicio, esté en condiciones de lograr sus deseos.

La vida post-mortem tiene establecido un curso ordinario para todos los hombres, y el que sigue este curso no necesita preocuparse; pero el que quiera tomar un derrotero diferente, tiene que hacer, por así decirlo, una solicitud especial de trabajo, o bien es necesario que otra persona lo haga en su nombre. Esta solicitud hay que someterla a una autoridad superior, quien concederá el permiso si lo juzga conveniente;

pero es seguro que negará Su visto bueno si cree que no es conveniente para el interés del solicitante. Sin embargo, pienso que los que se sientan inquietos sobre este particular, pueden sosegar sus mentes, porque aquellos que hasta ahora hayan trabajado bien, con seguridad que encontrarán nuevas oportunidades para continuar su trabajo. El que ansíe una pronta reencarnación debe hacerse indispensable, de tal modo, que se llegue a estimar que su pronto regreso es de utilidad. A veces, este proceder resulta también el medio más apropiado para hacer que los cuerpos astral y mental adquieran las condiciones necesarias.

Si os habéis olvidado del yo por completo, no podéis estar pensando en cuándo se liberará ese yo, o en qué clase de cielo tendrá. Recordad que todo deseo egoísta ata, por elevado que sea su objetivo, y hasta que no os hayáis liberado de él, no seréis completamente libres para dedicaros al trabajo del Maestro.

A.B.— Hemos de tener presente que los planos astral y mental son planos materiales, aunque estén contruidos de materia mucho más sutil que la física. También son planos objetivos y están llenos de objetos de deseo. El deseo del cielo, que está en el plano mental inferior es, por consiguiente, un deseo del yo inferior, de igual manera que los deseos de las cosas terrenas, sólo que lo es de una forma más lejana e impalpable. La ventaja del primero de estos deseos sobre los segundos estriba en que éste reprime la naturaleza del deseo, puesto que no es posible satisfacerlo de inmediato, y así es como contribuye a que el hombre se libere del deseo en general y, al mismo tiempo, hace que elija placeres más refinados y que se goce con los placeres de la mente con preferencia a los más groseros. Sorprendentemente existen muchas personas a las que resultaría inútil decirles: “matad

el deseo". Si se quiere ayudar a un hombre aficionado a los placeres de la comida, la bebida y el sexo, hay que poner ante él el deseo del cielo, para facilitarle el que vaya anulando el deseo de los placeres inferiores. Es por eso que muchas religiones hacen especial hincapié en el infierno y en el cielo. Incluso el Señor Buddha aludía a ellos cuando se dirigía a la gente corriente.

Los que deseen hollar el Sendero tienen que despojarse no sólo del deseo del cielo, sino también del de la liberación personal de la rueda de nacimientos y muertes, llamada *moksha*. La razón es bien simple y el Maestro nos la da aquí. Al olvidaros por completo de vosotros mismos ya no podréis estar pensando en cosas que os afecten. Tenéis que quedar libres del deseo de esas cosas, si tenéis en mente dedicaros al trabajo del Maestro.

Hay quienes desean servir al Maestro en ésta o en aquella forma, pero el discípulo tiene que servir al Maestro en la forma que Él decida y donde Él disponga que se haga el servicio. Cuando el corazón está todavía atado a algo, no es posible un servicio de este tipo. Como dice uno de los Upanishads, "Mientras no se hayan roto los lazos del corazón, el hombre no puede alcanzar la inmortalidad." Esto resultará un poco duro para el que piense que los lazos del corazón incluyen el atributo del amor, al que atribuimos un valor tan enorme. Pero la frase que citamos no dice que debemos romper el corazón, sino que hemos de romper las ataduras del corazón para que el amor del mismo pueda ser ilimitado. No me entendáis mal; no interpretéis que digo que el amor no es conveniente. No es el amor el que ata, sino los elementos de egoísmo que con frecuencia van mezclados con él. El amor del Ego de una persona hacia el Ego de otra persona es imperecedero por su misma naturaleza; no nos es dado cambiar eso, aunque nos lo propusiéramos; pero cuando el amor del Ego se mezcla con el amor por la forma, empieza a

ligar y así es como el mismo amor puede convertirse en una atadura.

La única manera para alcanzar las condiciones que dejan al hombre libre para desempeñar el trabajo del Maestro, es el esfuerzo constante para romper las trabas que lo constriñen. Si en vuestro amor encontráis algo que sea causa de sufrimiento es que hay en él algo que es origen del dolor, egoísmo que debe ser eliminado. Liberaros de esto y vuestro amor se hará más fuerte, más noble, más puro y por lo mismo se ennoblecerá, ya no podrá obstaculizar nunca el trabajo del Maestro. Imaginemos que sentís deseos de ir a cierto lugar donde se halla una persona con la que os complace encontraros; muy bien: abandonad la idea de ir a ese lugar. Esto no es sino un ejemplo del modo como, de una manera deliberada, podéis romper las ligaduras egoístas que os atan a determinadas personas o cosas. Romped esas ataduras.

Sólo digo esto a los que sienten un fervoroso deseo de progreso, no a los que quieran seguir un camino más amplio y más cómodo de progreso. A estos últimos no se les reprocha nada, tenedlo presente; cada uno tiene el derecho de caminar lentamente o rápidamente, según sea su elección. Pero me dirijo a los que buscan resultados; a los que sienten ardientes deseos de avanzar. El Maestro siempre está buscando personas de esa índole y no encuentra las suficientes. De nuevo hablo por propia experiencia porque, particularmente, me he encontrado con dificultades en este camino. Empecé a entrenarme y cuando me percataba de que sentía grandes deseos de estar con alguien, trataba de alejarme de esa persona. Digamos que si tenéis suficiente tacto y dominio, podéis desligaros internamente sin que los demás adviertan lo que estáis haciendo. Seguiréis siendo tan amables como siempre, sin que vuestro comportamiento externo demuestre ninguna alteración; pero estaréis rompiendo las ataduras internas que abraza vuestro corazón. De esta manera, determinando con

precisión lo que hemos de hacer y luego poniéndolo en práctica, es como nos ha sido posible realizar más progresos que los demás. Encontraréis más fácil este esfuerzo si tenéis siempre presente que no os será posible dedicaros por entero al trabajo del Maestro a menos que os hayáis librado de todas las ligaduras que os atan.

C.W.L.— Este pasaje nos muestra que el deseo del cielo corresponde a la personalidad. Sin embargo, en un estado de desarrollo inferior al del discipulado, no es un inconveniente. Ocupa su sitio en el esquema de la evolución. El hombre primitivo está lleno de pensamientos y deseos de comer y beber, etc. etc. Sería completamente inútil mencionarle la carencia de deseos, porque antes tiene que pasar por un estado de deseos más elevados y refinados. Lo máximo que podríamos decirle sería: "Procura refinar tus deseos; hay cosas más importantes y mejores que esas en las que estás pensando y en el futuro no podrás elevarte hasta ellas si no estás preparado para dominar el torbellino de tus pasiones." El hombre sólo puede elevarse paso a paso, y únicamente los más fuertes pueden ascender rápidamente hasta las grandes cimas del Sendero. Pero todos aquellos que lean este libro y quieran hacer lo que hizo Alcyone, deben decidirse inmediatamente a liberarse de los deseos egoístas, porque son ataduras. Como ya dije, incluso el mismo amor es una atadura del corazón si en él existe una mínima partícula de egoísmo; pero cuando el corazón está totalmente libre de pensamientos egoístas el amor es una bendición. Hasta que las ataduras del corazón queden rotas, hasta que el egoísmo haya sido desarraigado por completo, incluso el amor mismo puede ser un lastre lo mismo que una ayuda.

En la India, como en todas partes, ha habido poca claridad sobre este asunto, debido a que se confunde el amor (que no es egoísta) con el deseo (que es egoísta). Algunos filósofos tratan de endurecerse para llegar a sentirse indiferentes ante

todo lo que ocurre; para evadir el sufrimiento evitando el amor. Este camino es equivocado; el resultado es unos seres evolucionados a medias intelectualmente, pero faltos de emotividad. Debemos ser capaces de expresar grandes oleadas de sentimiento siempre que reflejen las emociones más elevadas del Ego, controladas estrictamente, y no oleadas astrales que nos sacudan a voluntad del elemental del deseo. Controlar la emoción matándola es como querer evitar el karma sin hacer absolutamente nada. El camino que el Maestro nos indica es el de aumentar nuestra utilidad para servir a la humanidad con nuestras acciones, nuestras emociones y nuestros pensamientos y cuanto más consigamos hacer por medio de estas tres actividades más redundará en el bien de todos.

Quando todos los deseos del yo hayan desaparecido, todavía puede quedar el deseo de ver el resultado de vuestro trabajo. Si ayudáis a alguien, queréis ver hasta qué punto le habéis ayudado; incluso tal vez queráis que aquel a quien habéis ayudado también lo vea y os lo agradezca. Esto sigue siendo deseo y, además, necesidad de confiar.

A.B.— Esto es lo que el *Bhagavad-Gitâ* llama no trabajar por el fruto. Si vosotros estáis realmente trabajando no tendréis tiempo para fijaros en los resultados; para deteneros a examinar una parte del trabajo ya concluido. Tan pronto como alguna cosa ha quedado hecha, habrá otra a mano para hacer. Si estáis observando los resultados de vuestro trabajo estáis perdiendo el tiempo; si os detenéis a pensar en lo que habéis hecho, ¿cómo podréis dedicaros al siguiente trabajo? Y cuando se trata de ayuda personal, que es la más agradable de realizar (porque detrás de ella hay un amor personal), no miréis si la persona a la que habéis ayudado aprecia lo que habéis hecho. Esto sería tanto como correr detrás de una

persona a la que se ha obsequiado con algo para ver si lo agradece y esperando que nos dé las gracias. El que actúa de esa manera no da, vende. Es un caso de regateo: tanto te doy y tanto me agradeces. ¡No regateéis! Recordad cómo el Cristo arrojó a los mercaderes del templo incluso cuando éstos daban cosas a cambio de sacrificios, diciéndoles: “No hagáis de la casa de mi Padre una casa de mercado.” [San Juan ii, 16.]

C.W.L.— No hay nadie más ocupado que el ocultista. Cuando termina una cosa empieza otra y no se detiene a examinar el resultado de lo que ha terminado. Imaginemos que actuáis de enfermeros en el campo de batalla; vuestro deber es hacer lo mejor que podáis en un caso y pasar de inmediato a otro; no podéis perder tiempo observando el resultado final de vuestro trabajo; ni siquiera podéis deteneros para ver si, tal vez, el herido anterior escapó a la muerte. Esto es justamente lo mismo que ocurre con el trabajo del Maestro: no tenemos tiempo para pensar en los últimos resultados y, sobre todo, no tenemos tiempo para pensar en nosotros respecto a esos resultados. Es muy humano desear que nuestros esfuerzos se vean recompensados y quedar satisfechos cuando esto se consigue; pero tenemos que elevarnos por encima de esas fragilidades, porque la meta que deseamos alcanzar es superhumana. Si hacemos una cosa bien hecha hemos de estar contentos por ello, pero hemos de sentirnos igualmente contentos si el éxito corresponde a otra persona igual que si tuviera que ver algo con nosotros mismos.

El Maestro habla aquí del deseo de que el hombre que haya recibido la ayuda se dé cuenta de ello y se sienta agradecido. El que piense eso, no está dando en absoluto: está vendiendo. La única dádiva que se acepta en el campo del ocultismo es la de dar, como da Dios, derramando amor, como el sol derrama vida.

Quando derramáis vuestra fuerza para ayudar, tiene que haber un resultado, tanto si podéis verlo como no; si conocéis la Ley sabéis que esto debe ser así.

A.B.— En el libro *La Imitación de Cristo* se hace esta pregunta: “¿Quién servirá a Dios por nada?” El discípulo debe trabajar por el trabajo en sí, no para ver sus resultados, e incluso sin la felicidad y la satisfacción de pensar: “estoy sirviendo.” Tiene que entregarse al mundo porque lo ama. Evidentemente, tiene que haber un resultado, porque vivimos en un mundo de leyes y por eso el resultado no debe interesarnos. Con mucha frecuencia, la naturaleza de nuestro trabajo es tal que los resultados inmediatos no se verán en el plano físico, sino que sólo se participará en la realización de un resultado futuro; vendrá alguien que terminará el trabajo; pero sin los esfuerzos de los que colaboran sin ver los resultados, el trabajo no hubiera podido llevarse a cabo.

Sin confianza en la ley no podréis hacer un trabajo importante porque todo trabajo grande es trabajo lento. Considerad, por ejemplo, el trabajo de un Manú; antes de que se alcance algo que pueda llamarse resultado pasan miles y miles de años. Incluso en la construcción de un gran edificio se observa algo parecido, porque es necesario hacer unos cimientos profundos. Nuestro trabajo es parecido a la construcción de los cimientos que no están a la vista; posteriormente, a alguien le corresponderá colocar una hilera de ladrillos sobre la superficie, y esto ya es visible. ¿Es que por eso los cimientos resultan inútiles?

Los resultados son inevitables. Trabajad, pues, con calma; trabajad en forma científica y nunca os sintáis apesadumbrados. Toda pesadumbre es consecuencia del deseo de ver el fruto. Puede pasar que trabajéis denodadamente durante todo el tiempo sin ver ninguna consecuencia y que algún día

aparezca un resultado fulgurante. Un químico, preparando una solución saturada, va poniendo la sal en el agua y durante algún tiempo el líquido no sufre alteración aparente; finalmente, se añade el último grano de sal y el líquido se solidifica instantáneamente. Lo mismo sucede con nuestro trabajo; de repente, aparecerá completo. Estamos preparando el campo para el advenimiento del Gran Maestro. Hemos de poner todo nuestro esfuerzo en el importante trabajo, serenamente, con confianza y pacientemente; sacrificándonos en todo al trabajo. Cuando el Señor Maitreya llegue, se servirá de todo el trabajo que nosotros hayamos hecho y su resultado quedará de manifiesto ante el mundo.

C.W.L.— Para obtener un gran resultado, es frecuente que se requiera el trabajo sucesivo de muchas personas, unas tras otras. Cuando hay que hacer un gran trabajo en el mundo ocurre que una persona, o un grupo de personas ven la necesidad y comienzan a hablar o a escribir sobre ello. Esa persona o ese grupo de personas serán ridiculizados y parecerá que su trabajo no obtiene ningún resultado; pero atraerán a su causa a algunos otros, hasta que, finalmente, la sociedad acepta la innovación. Lo que consiguieron estas últimas personas hubiera sido imposible sin el trabajo, aparentemente infructuoso, de los iniciadores.

Con mucha frecuencia, nuestro trabajo puede ser de una condición que sólo sirva para preparar realizaciones futuras. A alguna otra persona le corresponderá dar el toque final a nuestro trabajo; entonces sus esfuerzos serán reconocidos y se le considerará como el que lo ha hecho todo. No debe importarnos: no tenemos que esperar que se nos reconozca el mérito, sino que hemos de sentirnos felices por habérsenos dado la oportunidad de trabajar. No hay que pensar: “Esto es muy duro para mí.” Nuestro karma ya tendrá en cuenta lo que hemos hecho, y lo que el mundo diga o piense ahora, carece de importancia. El que trabaje científicamente, com-

prensivamente, sin pensar para nada en el resultado, teniendo en cuenta únicamente que en algún tiempo y en alguna parte el buen trabajo será un beneficio, nunca se sentirá desalentado.

Cuando venga el Señor hará uso de todo nuestro trabajo, lo encauzará y le pondrá término y así parecerá que todo es Su trabajo. En cierto sentido todo es Su trabajo, porque nosotros hemos sido inspirados por Él; sin embargo, una gran parte de ese trabajo pudo consumarse gracias al inadvertido y aparentemente inútil trabajo hecho de antemano por muchos seres humildes. El contar con la oportunidad de estar entre ellos es seguramente el mayor privilegio que podamos desear.

En todos los casos, el que conoce las leyes naturales puede utilizarlas. Esto es tan cierto por lo que se refiere a lo que estamos haciendo constantemente en los planos inferiores, como lo es respecto a las actividades físicas. Todos nuestros pensamientos crean una forma en el plano astral o mental y esta forma alcanza a la persona o cosa en que estamos pensando, revolotea alrededor de ella y finalmente se descarga, para bien o para mal, según la calidad de nuestros pensamientos. No es más difícil crear una forma de pensamiento capaz de ayudar que una capaz de perjudicar. Todo estriba en la actitud mental. Puede pensarse: “Mi actitud mental es una cosa que sólo me concierne a mí y ahora.” Pero vuestra actitud mental también afecta a los demás y también tendrá sus efectos sobre vosotros al día siguiente, o al mes siguiente, o incluso al año siguiente, porque genera pensamientos que vuelven a recaer sobre vosotros. Todo pensamiento se intensifica y busca repetirse a sí mismo. A nosotros, pues, nos corresponde que nuestros pensamientos sean benéficos en todos los sentidos, puesto que aunque sean invisibles para el ojo humano, llevan a cabo su trabajo infaliblemente.

Por esto debéis obrar rectamente, por consideración a lo recto, no con esperanza de recompensa; debéis trabajar por consideración al trabajo, no por la esperanza de ver el resultado; debéis entregaros al servicio del mundo, porque lo amáis y no podéis dejar de entregaros a él.

C.W.L.— El amor es, ciertamente, el más importante motivo. En toda la enseñanza que contiene este libro, y algunos otros que se han derivado de Él, se observará cuán fuerte y constantemente se insiste en esta necesidad del amor como motivación de la vida, como la explicación de todas las cosas, y como panacea para todos los males. Se debe a que el amor será la pauta predominante en la enseñanza del Maestro del Mundo cuando llegue el que traten de él en forma tan insistente las enseñanzas de los que en su pequeño radio de acción se esfuerzan en preparar Su venida.

Otra cosa que el estudiante puede observar en todo el libro es que el Maestro da por sentado que todos nosotros estamos realmente ansiosos de trabajar y que el trabajo constituye nuestra única aspiración. Ciertamente, es el mejor medio para conducirnos a ese estado mental, si es que todavía quedan adheridos a nuestras mentes fragmentos de otro tipo de ideas. El hecho de ver con claridad que en Su mente no hay nada más que el pensamiento del servicio, es el mayor incentivo para hacer de nosotros lo que él desea.

Nuestra personalidad se interpone con frecuencia y debemos despejar el camino y proporcionar una oportunidad de trabajo al Ego, porque mientras mantengamos cualquier reserva, mientras exista todavía algo que no estemos preparados para abandonar en pro del servicio del Maestro, nos estamos interponiendo en nuestro propio camino. No es frecuente encontrar a quien no tenga ya ninguna reserva; que desee entregarse por entero al servicio del Maestro; que no

se detenga ante nada, y que lo dé todo. Es raro encontrar personas así; pero las que tuvieren esta cualidad progresarán mucho y rápidamente.

CAPÍTULO XV

PODERES PSÍQUICOS

No deseéis poderes psíquicos; éstos llegarán cuando el Maestro sepa que es mejor para vosotros que los tengáis.

A.B.— El término 'poderes psíquicos' abarca todas las manifestaciones de los poderes de la conciencia a través de la materia organizada, tanto en el cuerpo físico, como en el astral o en el mental. Todos los poderes intelectuales son, por lo tanto, poderes psíquicos. La diferenciación que se ha venido estableciendo entre los poderes de la mente por la acción del cerebro y las diversas clases de clarividencia y poderes parecidos, es, pues, una diferenciación inapropiada. La gente habla contra la adquisición de poderes psíquicos, siendo así que al hacerlo están constantemente utilizando esos poderes a través del cuerpo físico. Se muestran contrarios a la visión astral, mientras están utilizando la visión física. Carece de sentido mostrarse contrario a la visión astral mientras no se está preparado para asumir la posición lógica de algunos yoguis hindúes que consideran tanto el uso de los sentidos físicos como de los superfísicos, como un obstáculo. Estos hombres son perfectamente lógicos; no consideran valioso ninguno de estos sentidos porque piensan que por su mediación sólo consiguen ponerse en un contacto más íntimo con los mundos de la ilusión de los cuales desean escapar. Particularmente, no estoy de acuerdo con esa actitud; me parece preferible gozar de buena salud y servirse de todas

nuestras facultades en todos los planos; pero hasta que podamos adoptar una actitud íntegra, en parte resulta un poco absurda la oposición a los poderes psíquicos.

Lo que sí es cierto, es que al principio de ejercer nuestros sentidos astrales, siempre existe la posibilidad de que nos extraviemos. Pero también es cierto que nuestros sentidos físicos pueden engañarnos. Algunas ilusiones ópticas, por ejemplo, son el resultado de una mala digestión, o de trastornos hepáticos, aunque no incluyo entre ellas muchos otros casos que, siendo en realidad una manifestación de la visión etérea o astral, son achacados por la medicina a trastornos físicos. El ejemplo más corriente de la forma en que nuestros sentidos nos engañan, es el del movimiento del sol; sabemos que el sol no se mueve, pero vemos que sí lo hace.

Los sentidos deben ser corregidos por la razón de que ésta es de condición superior a las percepciones sensoriales. La visión astral engaña constantemente cuando se empieza a ejercitarla. Y es por eso que todo aquel que está siendo entrenado por un maestro es sometido a un curso práctico completo y definido. Se le pregunta qué ve y al principio sus respuestas son casi todas inexactas; luego se le llama la atención sobre sus equivocaciones y se le dan las explicaciones del caso.

Supongamos que en una persona que no está siendo entrenada por un maestro empieza a despertarse esa visión. Esto pasa con frecuencia, porque en el curso normal de la evolución se están desarrollando los sentidos astrales y muchas personas comienzan a tenerlos. En ese caso, una persona se encuentra en las mismas condiciones que un niño en el plano físico. Habréis observado que una criatura extiende la mano para asir una vela encendida que se halla en el extremo de la habitación. Estas equivocaciones del niño son corregidas por las personas mayores; la criatura irá advirtiendo que

los objetos que desea se hallan a cierta distancia cuando se le lleve hasta ellos. Y así, nuestro niño astral —podemos dar este nombre a la persona que comienza a ejercitar sus facultades astrales— comete muchos errores que no tendrían mayor importancia si estuviera rodeado de personas mayores. Tampoco la tendría si la persona utilizara el sentido común. Pero, desgraciadamente, la persona que recibe una comunicación astral, o que tiene una visión astral, piensa con frecuencia que es un ser elegido entre el resto de los mortales, al que se ha concedido una revelación especial. Los que comienzan a despertar sus sentidos astrales sin contar con la orientación de parte de un instructor, no se encuentran, pues en las mismas condiciones en que está un niño que está guiado por sus mayores, y por eso es que se les presentan muchas dificultades.

C.W.L.— Los que se convierten en discípulos de los maestros pasan por un largo curso de entrenamiento con respecto a la visión de los planos superiores y a las impresiones de orden superior en general. Creo que a muchas personas este entrenamiento les resultaría muy fastidioso. Un discípulo adelantado hará pasar ante el que comienza varios objetos distintos y le preguntará qué es lo que ve. Por regla general, el principiante, en los comienzos se equivoca por completo porque no puede enfocar el objeto. No advierte la diferencia entre el cuerpo astral de un fallecido y el de un ser viviente, ni la que hay entre un hombre real y la forma de pensamiento creada por algún amigo. En esta y en otras formas el observador sin entrenamiento está sujeto a sufrir engaños. El que le está enseñando le mostrará con paciencia estas cosas y también le enseñará la forma de reconocerlas, indicándole las pequeñas diferencias.

No hay que suponer que, por el hecho de que este entrenamiento sea necesario, los sentidos astrales no sean dignos de confianza de una manera especial. Todos los sentidos son

poco merecedores de nuestra confianza mientras no estemos entrenados, e incluso después de ello, cuando no los utilizamos de acuerdo con la inteligencia racional. En un amanecer, si el tiempo es bueno, podemos ver que el sol se eleva; sabemos perfectamente que no es así, y sin embargo lo vemos. Con relación a las cosas que se encuentran aparte de la experiencia general, hay quienes dicen que no creen lo que no ven, pero que si vieran alguna cosa la creerían. Hay quienes van más allá cuando dicen que quedarán convencidos de una cosa si es que pueden tocarla. Una sencilla prueba dejará ver la falacia que esto entraña. Tomemos tres recipientes y pongamos en cada uno de ellos agua a distinta temperatura: muy caliente, helada y templada. Pongamos una mano en el agua caliente y la otra en la fría. Mantengámoslas así durante unos minutos y luego pasemos ambas manos al agua templada. La mano que hemos metido en el agua caliente nos dirá que el agua templada está muy fría, y la otra mano nos hará creer que está muy caliente. Esto nos demuestra que nuestros sentidos no son siempre fiables. Su testimonio debe someterse al fallo de la razón y esto hay que hacerlo lo mismo con los sentidos astrales y mentales que con los físicos.

El que desee poderes psíquicos tiene que trabajar para desarrollarlos y, muy a menudo, pueden transcurrir varios años antes de que el hombre pueda estar seguro de su fiabilidad en todos los casos. Es difícil comprender la extensión que alcanza el área de esta visión clarividente. Citaré un ejemplo: en el plano astral hay dos mil cuatrocientas una variedades diferentes de lo que recibe el nombre de esencia elemental, y el que desee adquirir confianza y hacer bien este trabajo y hacerlo con rapidez tiene que aprender a diferenciar todas estas variedades la una de la otra, y a saber cuándo deben utilizarse. El trabajo se puede hacer sin ninguno de estos conocimientos, pero con un desperdicio comparable al

de echar un cubo de agua sobre un hombre para lavarle el dedo meñique.

Sin embargo, se nos dice que una de las cosas que hemos de evitar es el desperdiciar energía. La energía es un capital y estamos obligados a obtener de ella el máximo posible. Somos responsables de lo que desperdiciamos, así como de dejarla ociosa y no hacer nada con ella.

Sería inútil, por parte de un discípulo del Maestro, el decir 'ya sé'. Este no es el espíritu con que nos aproximamos a estas cosas. Siempre estamos deseosos de adquirir más información, pero siempre con el fin de servir mejor, con la idea de ser de mayor utilidad. Esa es la idea, y con seguridad que no habrá conocimiento que nos sea perjudicial en el trabajo que tengamos que hacer. Todo lo que el ocultista sepa le capacita para ilustrar algunos puntos y, en ocasiones, para entender otros que sin esos conocimientos no podría comprender. Se nos dice que al final de esta evolución obtendremos todo el conocimiento; que quedaremos libres de toda ignorancia. Todo nuestro trabajo se encamina en esa dirección y, ciertamente, nos es necesario conseguir una información espléndida para desempeñar trabajos importantes cuando nos llegue el turno. Mientras tanto, es una sabia actitud utilizar plenamente los poderes que ya tenemos, sin desear los psíquicos, hasta que el Maestro juzgue conveniente que los desarrollemos.

Forzarlos demasiado pronto, a menudo produce como consecuencia mucha perturbación; muchas veces, al que los posee le engañan los falaces espíritus de la naturaleza, o se envanece y piensa que él no puede equivocarse; y, en cualquier caso, el tiempo y la fuerza que emplea para conseguirlos podría emplearse en trabajar para los demás.

C.W.L.— Los traviosos espíritus de la naturaleza, de los cuales existe una gran diversidad, pueden causarnos muchos trastornos. La mayoría de ellos son pequeñas criaturas que encuentran muy divertido el que una entidad de la talla del hombre haga lo que ellos dicen y obedezca sus órdenes. Travesuras de esas las hacen con mucha frecuencia, simplemente haciéndose pasar por Julio César o por Napoleón Bonaparte, o por cualquier otro personaje de repercusión histórica cuyo nombre se les ocurra y constituye una gran diversión para ellos el ver que personas de una evolución superior a la suya hacen lo que ellos sugieren. Podría ser que esto no nos resultara muy agradable; pero sí debemos utilizar la razón y el sentido común para investigar esas visiones.

Si en alguna ocasión oís una voz astral, no lleguéis de inmediato a la conclusión de que se trata de la voz de un maestro o de un elevado arcángel. Los fallecidos, algunas veces, se las ingenian para comunicarse y darnos consejos, y los espíritus de la naturaleza suelen hacer sus travesuras con frecuencia, y por eso lo más probable es que seamos juguete de alguna de ellas. Por tanto, escuchad la voz con calma: es un fenómeno interesante, no precisamente por lo que se pueda obtener de él, sino porque cualquier cosa que se aparte de lo corriente es interesante en sí, y porque siempre hay algo que aprender en relación con ello. Pero tampoco neguéis que exista una comunicación: esto también sería una torpeza. Puede juzgarse el que una cosa sea improbable, pero no puede afirmarse que sea imposible. Escuchad con respeto la revelación, pero, a menos que tengáis buenas razones, no dejéis que esto afecte vuestra conducta en forma alguna. Nuestra acción debe ser la consecuencia de nuestras decisiones, siguiendo el curso de nuestro pensamiento racional, no dejándonos influir por lo que alguien pueda decir, sin que nosotros sepamos quién es.

Muchísimas personas tienen revelaciones que creen que van a reformar el mundo. Aunque por lo general son buenas, casi nunca tienen nada de extraordinario y suelen ser vagas e indefinidas en su enseñanza. Por lo general, siempre son mejores que las limitadas y estrechas teorías ortodoxas. En la mayoría de los casos tienen conexión con la enseñanza teosófica y con el Nuevo Pensamiento —Teosofía y agua, predominando el agua. Generalmente, estas enseñanzas son dadas con intenciones perfectamente honestas por parte de alguien desencarnado que ha comprobado algunos hechos importantes de la vida y que desea darlos a conocer a los que ha dejado en este mundo, pensando que si esas ideas elevadas fueran aceptadas, el mundo sería mucho mejor, por lo que trata de difundirlas inspirado en la teoría de la parábola de Dives, de que si alguno de los muertos viniera, se arrepentirían, olvidando, por supuesto, la sabia respuesta de Abraham: "Si no escuchan a Moisés y a los Profetas, tampoco serán persuadidos cuando alguno se levante de entre los muertos". [Lucas, xvi, 31.]

Este hombre olvida que él mismo, mientras vivió en este plano, jamás prestó atención a los mensajes de los espíritus. El que reciba esos mensajes —lo cual puede pasar con mayor o menor frecuencia a todo individuo con percepciones psíquicas— debe recibirlos con todo respeto; pero, al mismo tiempo, sin excitarse más de lo conveniente. Muchos de los que reciben mensajes de esos se imaginan que han sido elegidos para revolucionar el planeta; pero esto no es fácil. Cuando se nos informa de ellos, aplicamos, si es necesario, algunas pruebas para determinar la verdad y la validez de esas comunicaciones. Hay muchos que no cuentan con esos medios a su disposición, pero les bastaría utilizar el simple sentido común, aplicándolo a las experiencias suprafísicas, para proceder correctamente en relación con ellas. Dos son las actitudes que suelen adoptarse: o las aceptan ciegamente

o se burlan de ellas y las ridiculizan. Ambos extremos son insensatos. Todo aquel que ha estudiado estas cosas sabe que realmente se nos transmiten esos mensajes; pero la mayor parte de ellos proceden de quienes no pueden decirnos nada nuevo ni exacto. Un muerto, si es lo suficientemente inteligente, puede aprender muchas cosas que no pudo aprender en su vida física; pero la mayoría de los desencarnados no aprovechan esta oportunidad, sino que siguen muy satisfechos con las mismas limitaciones y prejuicios que tuvieron en la tierra.

Las experiencias suprafísicas están aumentando porque se aproxima el advenimiento del Maestro del Mundo y eso es bien sabido en todos los planos. En el plano físico hay mayor expectación originada por su venida que la que hay en esferas completamente ajenas a las actividades teosóficas. Hay muchas personas que sienten la proximidad de su advenimiento y que, por lo tanto, son más propensas a recibir esas comunicaciones. Las invitan por su actitud expectante. Por consiguiente, es cierto que habrá mucha información, correcta o incorrecta, con relación a la venida del Señor. Él mismo dijo hace algún tiempo que habrían de llegar muchos falsos Cristos. El cristiano probablemente entienda que los falsos Cristos son anticristos, quienes de una manera deliberada engañarán a la gente. Pero la mayoría serán seres de muy buena intención, persuadidos sinceramente de que representan al Cristo, y esta sincera persuasión los hará peligrosos, porque el pueblo, sensible a su buena fe, será arrastrado por ella.

La actitud teosófica con relación a los falsos Cristos puede expresarse así: es de lamentar que algunos puedan ser inducidos a creer que alguien, que sólo será una persona corriente, es el Maestro del Mundo. Sin embargo, si las enseñanzas son buenas y la gente las sigue noblemente y de buen corazón, mejorarán sus vidas. El hecho de que tengan impresiones

equivocadas sobre algunos puntos no alterará el karma de sus buenas vidas. Sería preferible que recibieran diáfananamente toda la verdad, pero no debemos caer en el error de que el que está equivocado con respecto a determinada verdad importante, está necesariamente equivocado en todo lo demás, porque no es así.

Sin embargo, espero que nosotros, los estudiantes de Teosofía, nos libraremos de este error en particular, porque esperamos este advenimiento con una claridad y de una manera definida que no tienen la mayoría de las sectas. A medida que se vaya aproximando el momento tendremos que utilizar, una y otra vez, nuestro sentido común, sin negar nunca cualquier posibilidad, pero utilizando siempre el juicio y la razón. Podemos adoptar la actitud de Gamaliel: "Si este consejo o este trabajo es de los hombres, vendrá a nada; pero si es de Dios no podrás trastornarlo; no vaya a ser que te encuentres peleando contra Dios." Tomemos, pues, cualquier cosa que haya de bueno, venga de la fuente que fuere.

Los maestros influyen a muchas personas sin preocuparse de que conozcan o no los elementos que utilizan; por lo tanto, hemos de estar preparados para encontrar, aparte de las organizaciones teosóficas, otras fuerzas con nuestra misma meta. Y mientras seguimos nuestro camino y servimos a nuestra Sociedad con firmeza, con fuerza, con fidelidad y con lealtad, afirmándonos en ella porque, obviamente, ese es el camino que nos corresponde, tenemos que evitar condenar o hablar en contra de cualquier otra forma de expresión que proceda de otras fuentes y que pueda seguir la misma dirección, aunque comprendamos que esas manifestaciones puedan no ser puras o perfectas. A partir de ahora y hasta el momento del advenimiento, el poder espiritual fluirá de muy diversas maneras. La misma Jerarquía está derramando sobre el mundo torrentes de influencia que, posiblemente, no alcancen a los que están completamente entregados a la vida

mundana, pero que tienen gran valor para aquellos que son sensitivos; para los que están en condiciones de recibir este beneficio significará el hallazgo de un nuevo cielo y de una nueva tierra.

Es cierto que habrán acontecimientos extraordinarios. *La Luz de Asia*, que es una fiel transcripción de los libros budhistas en lo que se refiere a la vida del Señor Buddha, explica, una y otra vez, cómo varias entidades no humanas supieron de su venida y se regocijaron, y cómo devas y espíritus de la naturaleza en todas partes, sintieron su maravillosa influencia magnética y se congregaron cuando iba a suceder algo especial: el momento de su nacimiento; cuando estaba próximo a alcanzar el Buddhado, y en su primer sermón. Esta idea encierra una gran verdad. Siempre que va a ocurrir alguna manifestación del poder superior, las otras líneas de evolución son más sensitivas que la humanidad. Debido a que el hombre está mayormente dedicado al desarrollo de su mente inferior, y debido a que durante mucho tiempo ha descuidado el lado oculto de las cosas encerrándose por completo en sí mismo, en realidad, y por lo general, es menos sensitivo que los seres de evolución inferior. He conocido gatos y perros más sensitivos a las influencias superiores que muchos seres humanos; no quiero decir que puedan alcanzar más beneficios de esas influencias, pero sí que las advierten en casos en que para el hombre pasan desapercibidas.

Cuando el Señor venga, con toda seguridad seguirá la línea de experimentación practicada por los que hicieron la preparación y la conducirá a feliz término, y por eso es probable que deje este mundo en condiciones completamente distintas a las de su llegada. No sólo predicará su religión, sino que muy bien puede ocurrir que se introduzcan muchas otras reformas como consecuencia de su enseñanza. No se puede

decir nada de un una manera clara, desde luego, porque es probable que, ahora como antes, haya oposición.

No creo que se pueda afirmar que vaya a arrastrar al mundo con su prédica. Probablemente tengan que venir muchos maestros antes de que su doctrina pura logre la aceptación del mundo en general. Cuando vino hace dos mil años, el mundo apenas tuvo conocimiento de Él. Es de suponer que la vida del Maestro y de los que colaboren con Él no será cosa fácil. El mundo en general siempre está dispuesto a inventarse y a hacer circular informes mal intencionados, de modo que hemos de estar preparados para afrontar gran cantidad de molestias y contrariedades, si no algo peor. Los intereses creados se sentirán hostigados por las reformas que Él pueda proponer. Estos mismos intereses lo asesinaron la vez pasada, sólo a los tres años de haber comenzado su prédica. No sabemos qué ocurrirá esta vez, pero confiamos en que, por lo menos, en cada país exista un núcleo de gente que consiga que le sea útil permanecer entre nosotros más de tres años. La Orden de la Estrella de Oriente se ha puesto claramente a trabajar para preparar su venida, con un absoluto conocimiento de lo que esto significa y de los probables alineamientos de sus enseñanzas. Es posible que haya otros muchos individuos u organizaciones inspiradas en el mismo trabajo y probablemente sin los medios de obtener los conocimientos que nos ha tocado en suerte alcanzar. Esperamos que nuestro servicio haga posible lo que antes no lo fue. Lo esperamos, pero no lo sabemos. Lo único que nos corresponde es trabajar de la mejor manera posible.

Aquellos que, por el karma, están destinados a trabajar con el gran Señor del Amor, están ahora encarnando necesariamente. Como resultado y con frecuencia, sabemos a menudo del nacimiento de niños extraordinarios. Tienen que nacer ahora para que se hallen en la plenitud de su vida cuando Él llegue. Es muy probable que existan algunas

diferencias con los demás niños, y no debe sorprendernos saber que algunos jóvenes recuerden sus nacimientos previos o que tengan otras experiencias suprafísicas; todo esto es perfectamente natural y cabe esperarlo por la época especial en que vivimos. La Doctora Besant orientó en alguna ocasión sobre la forma de comportarse cuando se presente algún caso semejante. Dijo: "No hay que excitarse mucho con relación a estas cosas, y no hay que dar por sentado demasiado pronto el que esos niños hayan sido aquella u otra persona, porque son una rara excepción los que conocen quienes fueron en sus vidas pasadas. Hay que tener en cuenta que los niños de este tipo son extraordinariamente sensitivos, por lo que hay que extremar la bondad y la amabilidad con ellos. No hay que tener para ellos palabras o actitudes bruscas de ningún tipo, porque están dotados de una sensibilidad mucho más delicada que la de los niños corrientes. Hay que alejarlos de multitudes y de vecindades inconvenientes. No hay que dejarles que conozcan más que a unas cuantas personas y hay que rodearles de un magnetismo armónico que no debe cambiarse con demasiada frecuencia. No hay que enviarlos a la escuela, sino que hay que mantenerlos en una atmósfera doméstica de cordialidad."

A.B.— Aquí el Maestro da otra razón por la que no debemos desear obtener poderes psíquicos; el tiempo y la energía que se necesita para ello pueden emplearse en trabajos a favor de los demás. Observad con cuánta insistencia el Maestro señala que nuestro interés debe estar dedicado siempre al servicio, y a la liberación de todas las formas de egoísmo. En lugar de emplear el tiempo y la energía para adquirir poderes psíquicos en beneficio propio, hay que emplearlos en el servicio a los que nos rodean. Si el Maestro advierte que ya utilizáis todo el poder que tenéis en servicio de los demás, de tal modo que ya se os pueda confiar un poder mayor porque existe la certeza de que lo usaréis en forma

desinteresada, se hará cargo de ello. Si podéis decir, sinceramente, que estáis utilizando de manera altruista todas las facultades de las que disponéis, podéis tener la seguridad de que ya estáis a punto de recibir nuevos poderes. Pero son muy pocos los que pueden decir eso, y si no podéis ser de éstos, entonces poneros a trabajar hasta conseguir esa condición.

Ese es el significado de la parábola de los talentos —que se puede interpretar tanto dando a la palabra talento su sentido literal, como el antiguo u original de cierta medida o peso de moneda. Un hombre emprendió un viaje y dejó a sus sirvientes una cantidad de dinero: a uno le dio cinco talentos, a otro dos, y a un tercero, uno nada más. A su regreso preguntó qué uso se había hecho de sus talentos. Los que recibieron cinco y dos talentos, respectivamente, habían comerciado con ellos y podían reembolsarlos con interés. Pero el sirviente que recibió sólo un talento, lo había guardado y sólo pudo devolverlo sin aumento. El patrón se lo quitó, mientras que a los otros dos criados que le sirvieron con lealtad en cosas pequeñas, les dio autoridad en muchas cosas más. Y dijo: "A todo el que tiene le será dado y tendrá en abundancia; pero al que no tiene, aun lo que tiene le será quitado." [San Mateo, 25, 29.] Esto parece paradójico, pero el sentido oculto de estas palabras es muy claro. Al que use sus poderes plenamente, más le será otorgado; al que no los use, y por lo tanto, desde el punto de vista oculto no los posea, perderá incluso la posibilidad de utilizarlos; se le atrofiarán.

Nadie puede lamentarse por no recibir de los Maestros toda la ayuda a la que piensa que es acreedor. Sólo existe un medio para ponerse en contacto con los grandes Maestros y éste no es otro que el de ser útiles a nuestro prójimo. Eso es lo único que los Maestros tienen en cuenta; no miran la capacidad de la persona, sino su utilidad. Me puse en contacto con mi Maestro en esta encarnación cuando no sabía de su existencia y, por lo tanto, ni siquiera pensaba en llegar hasta

él. Es cierto que durante muchas vidas ya había sido su discípulo, pero no fue eso lo que motivó que Él se me revelara; lo hizo porque yo estaba realizando el máximo esfuerzo para ayudar a los que estaban cerca de mí —al pobre, al miserable, al fracasado; porque para Él era satisfactorio derramar influencia sobre mí, puesto que yo la hacía llegar a millares.

Y por eso, en lugar de estar clamando al Maestro en vuestras meditaciones pidiéndole que se os revele, mirad qué trabajo útil hay que hacer en vuestra ciudad o en vuestro pueblo y hacedlo. Al Maestro no le interesa que su instrumento sepa o no que Él lo está utilizando. Hay muchos seres esparcidos por todo el mundo que están prestando ayuda a los demás, que están siendo inspirados por el Maestro. Muchos hay fuera de la Sociedad Teosófica que también reciben esa inspiración.

Los poderes llegarán en el transcurso del desarrollo —deben llegar; y si el Maestro ve que sería útil para vosotros el que los tuviérais antes, os enseñará a desarrollarlos sin peligro. Hasta entonces, estáis mejor sin ellos.

C.W.L.— Con frecuencia se oye decir: “Yo sé de esos maravillosos poderes que hacen a sus poseedores mucho más útiles. Me gustaría poseerlos.” No es nada censurable, pero es preferible seguir el consejo que se nos da aquí y esperar que lleguen de manera natural, o incluso hasta que el Maestro nos diga cómo desarrollarlos. ¿Estará Él dispuesto a hacerlo? Sí; cuando estemos listos. Mi propia experiencia me lo confirma. Yo no tenía ninguno de esos poderes, ni tampoco pensaba en adquirirlos, porque en los primeros tiempos de nuestro movimiento creíamos que para desarrollarlos era indispensable haber nacido con algunas condiciones psíquicas y yo no tenía ninguna. Sin embargo, un día, en un viaje que hice a Adyar, el Maestro me hizo una sugerencia en ese

sentido. Me aconsejó que realizara una determinada clase de meditación, y me dijo: “Entiendo que obtendrás buenos resultados.” Hice la prueba y los obtuve. Lo mismo se le dirá a todo aquel que trabaje en pro del Maestro cuando llegue su momento. Podemos estar seguros de ello. De qué manera nos hará conocer su deseo, no podemos predecirlo, pero, de algún modo, lo hará.

El medio más indicado para prepararse para ese esfuerzo, con seguridad que es el de utilizar plenamente los poderes que ya poseemos. Cualquier persona que lo esté haciendo, sin pensamientos egoístas, estará en vías de recibir nuevos poderes.

De nuevo volvemos a la parábola de los talentos. Recordad que los que hicieron un buen uso de sus talentos pudieron seguir adelante y les fue confiado un trabajo más grande; se les dijo: “Has sido fiel en las cosas pequeñas; te confiaré otras muchas cosas; entra en el gozo de tu Señor.” [San Mateo, xxv, 21, 23.] Son muy pocos los que se detienen a pensar en el significado de estas palabras —el gozo del Logos; el gozo de los Maestros. No es un placer, no es una vaga felicidad, no es la entrada en el cielo. Su gozo es la creación de los mundos; es el festín de Baco en los Misterios griegos y de Shri Krishna entre los hindúes. El Logos decidió emprender el maravilloso trabajo de la evolución; ese es el gozo de nuestro Señor; el gozo de llevar a cabo este plan estupendo de derramar su amor sobre el universo; y si estamos preparados para entrar en el gozo del Señor, tenemos que compartir este trabajo y la felicidad que esto entraña. Si no utilizamos todos los poderes que ya tenemos, el Maestro no nos dará su ayuda para obtener otros. Esperará hasta ver que estamos ya haciendo pleno uso de lo que tenemos. La gente no siempre comprende esto. Quieren convertirse en trabajadores invisibles, a los que nosotros les decimos: “Sed primeramente trabajadores visibles. Si toda vuestra vida está llena de deseos de colaborar

en el plano físico donde sois plenamente conscientes, tened la seguridad de que también seréis útiles en los otros planos.”

CAPÍTULO XVI

PEQUEÑOS DESEOS

Debéis precaveros también contra algunos pequeños deseos que son corrientes en la vida diaria. No deseéis jamás brillar o aparecer como inteligentes.

C.W.L.— Son muchos los que desean pasar por inteligentes, destacarse entre los demás. Pero quien haya visto al Maestro cara a cara ya no puede pensar en distinguirse personalmente. El que ha visto esa gloria se da cuenta al instante de que todo el brillo que él pueda producir no es sino una débil lucecita comparada con el sol. Esa idea no se le ocurre ya, y si la tuvo, se extingue en él. El que imagina que su pequeña lucecita puede deslumbrar al mundo es que no ha percibido luces elevadas y no tiene puntos de comparación.

No obstante, para servir al Maestro, hemos de utilizar todas las cualidades que tenemos de todas las maneras posibles. Las luces con las que contamos no han de permanecer ocultas bajo el celemín. No sólo es necesario el poderoso faro del Maestro del Mundo; también lo es que iluminen la costa las lucecitas. Tan brillante es la luz del faro que muchos se deslumbran; y hay quienes nunca levantan la mirada y no advierten su existencia. Para éstos sirven las luces menores, más al alcance de su comprensión. Podríamos ayudar mucho a los que no se encuentran en condiciones de

recibir la ayuda de los Grandes Seres. Cada uno ocupa su lugar, pero no hay que desear brillar para satisfacción personal; eso sería ridículo.

No tengáis ganas de hablar. Es bueno hablar poco; todavía es mejor guardar silencio, a menos que estéis completamente seguros de que lo que queréis decir es verdadero, bueno y provechoso. Antes de hablar mal pensad cuidadosamente si lo que vais a decir posee estas tres cualidades: si no es así, no digáis nada.

A.B.— Los que gustan de estar hablando constantemente, no siempre pueden decir cosas sensatas y es por eso que dicen cosas que más valdría no oír, y contribuyen a incrementar la tremenda murmuración que existe en el mundo. Y de ese modo ocasionan grandes males al dejarse dominar por la lengua, en lugar de ser ellos los que la dominen. Y aquí tenemos una enseñanza que con frecuencia he oído decir al Maestro: piensa antes de hablar si lo que vas a decir es cierto, bondadoso y capaz de ayudar, y si no posee estas tres condiciones, cállate. Esto te hará tardo para hablar y gradualmente irás advirtiendo que hablas menos, lo cual es muy conveniente.

Las personas que hablan mucho desperdician las energías que deberían emplear en cosas útiles. Por lo general, el que habla mucho trabaja poco. Tal vez pensaréis que estas indicaciones sobre el hablar podrían aplicarse muy bien a mi persona, puesto que siempre estoy dando conferencias. Pero, aparte de mi trabajo, no hablo mucho. He perdido la capacidad de hablar de fruslerías, por lo cual es frecuente que los demás se sientan desconcertados ante mi silencio. En Occidente, y con frecuencia, tengo que esforzarme para hablar, porque el silencio se toma como aspereza de carácter, como orgullo o como muestra de pocos deseos de agradar. Como

es natural, carezco de facilidad de expresión cuando no tengo nada definido y útil que decir. Hablad, pues, cuando tengáis buenas razones para ello; cuando lo que vais a decir sea conveniente, cuando el hablar sea consecuencia de vuestra amabilidad hacia los demás. No es este tipo de hablar lo que debe evitarse, sino el hablar inútil. Cada palabra inútil es un ladrillo que vais colocando en la pared que os separa del Maestro, y esta es una consideración seria para los que quieren llegar hasta Él.

El que habla mucho no puede decir verdad. Es posible que no diga falsedades de manera consciente e intencionada, pero no siempre podrá hablar con exactitud, y la inexactitud es una falsedad. Es difícil hallar algo peor que vivir en una atmósfera de falsedad como la que se crea cuando se dicen inexactitudes. Con frecuencia recibo cartas que son un montón de palabrería con algo de realidad en el centro. En todas las cuestiones de la vida corriente aprendemos a prescindir de las exageraciones: cuando recibo cartas quejándose de otras personas —y recibo muchas de esta clase— juzgo la base que puedan tener, en primer lugar por mi conocimiento del carácter del que escribe e interpretando también el estado de ánimo en que pudo haber estado al escribirlas. El Manú dijo que el que ha dominado la lengua lo ha dominado todo, y un instructor cristiano dijo: “La lengua es un miembro pequeño que se jacta de grandes cosas. Mirad qué grandes incendios produce una chispa. Y la lengua es un incendio: un mundo de iniquidad; la lengua es, entre todos nuestros miembros, la que ensucia todo el cuerpo.” [Santiago iii, 5 y 6.] Dominar la lengua es dominar la naturaleza inferior. Los pequeños inconvenientes con que tropieza el hombre son, en su mayoría, el resultado de sus palabras ociosas; la reacción que producen. Los dolores de cabeza, las indisposiciones, la depresión, etc. son sus resultados. Si las personas que sufren esas contrariedades practicaran el silencio, su salud física

mejoraría muy pronto, tanto porque ya no desperdiciarían su energía nerviosa que derrochan con su charlatanería, como porque no estarían pagando constantemente las deudas kármicas que resultan de su palabrería ociosa. Hemos de recordar que Pitágoras exigía a sus discípulos dos años de silencio; hemos de dar importancia a este hecho porque él fue el Maestro al que ahora conocemos con el nombre de Kuthumi, el instructor de Alcyone y también de monseñor Leadbeater.

En la India hay muchos yoguis llamados *munis*, que han hecho voto de silencio, como su nombre indica. En ese país siempre se ha reconocido la importancia del silencio. Conozco a una persona que ha dado cumplimiento a esos votos durante diez años, de lo que ha derivado una gran paz y dignidad porque ha podido conducir su vida mucho más espiritualmente que si no lo hubiera hecho. Mientras vivamos en el mundo es evidente que, para la mayoría de nosotros, resultaría imposible cumplir un voto semejante, porque estamos obligados a hacer en él trabajos de todo tipo; pero sí que podemos y debemos seguir el espíritu de esta enseñanza, guardando silencio siempre que podamos, sin ofender a los demás.

La necesidad de observar y juzgar constantemente nuestros actos también es válida como entrenamiento para un mayor recogimiento. Tenemos que decir algo, pero, de antemano, decidimos no decir más de lo que sea justo para la regla de bondad y utilidad. Hacerse el propósito de cumplir con esta regla durante todo un día, es una buena práctica; decidir por la mañana no pronunciar una sola palabra ociosa durante todo el día; así, por lo menos, se habrá conseguido vivir bien un día. Nuestros hermanos jainos utilizan esta clase de ejercicios para entrenarse en la observación de sí mismos y en el control de la memoria; por la mañana se proponen no hacer determinada cosa durante todo el día, aunque esa cosa carezca en absoluto de importancia; al observarse a sí mis-

mos de ese modo, van adquiriendo la costumbre de controlar sus hábitos y sus inclinaciones, lo que viene a traducirse como la extinción del hábito de la negligencia. El Señor Buddha insistió mucho en este defecto de la negligencia en la conducta, es decir, en la falta de reflexión que hace que la persona cometa tantos disparates.

C.W.L.— Los que ocupan todo su tiempo en ociosa locuacidad, no siempre hablan de manera inteligente y útil; más todavía, no pueden ser sinceros. Los que siempre están hablando a la ligera, dicen necesariamente algunas cosas que no son ciertas, aunque esas falsedades no sean intencionadas. Dicen toda clase de inexactitudes, y luego se disculpan diciendo: “No tuve la intención de falsear, por consiguiente no tiene importancia.” Lo que produce resultados no es lo que se quiere hacer, sino lo que se hace. Si cometéis una torpeza, no altera el carácter de la misma el hecho de que no haya habido mala intención; el karma no se modifica por esta circunstancia. La buena intención, si es de carácter claro, puede aportar sus beneficios; pero la torpeza cometida acarreará mal karma físico. Cuando una persona dice algo y luego se corrige: “Sí, me equivoqué; esto no era así,” ha dicho una falsedad aun cuando fuera sin intención; pero, sea como sea, ha hecho una afirmación falsa. Disculparse diciendo que no tenía intención de decir una falsedad es como tratar de disculparse por haber disparado contra otro accidentalmente diciendo que no sabía que la escopeta estaba cargada. Debía haberse dado por supuesto que el arma estaba cargada hasta cerciorarse de que realmente no lo estaba.

Sería una práctica muy conveniente decidirse a asegurarse de no haber dicho nada durante el día que no fuera verdadero, bondadoso y útil. Estaríamos todo el día muy silenciosos, pero seguramente el mundo no perdería gran cosa por ello, y sería muy conveniente para nosotros. Desde luego que de esta manera no podríamos mantener una conversación rápi-

da y animada, porque tendríamos que detenernos continuamente para pensar. Estas reglas se basan en las leyes de una moral superior, y el que quiera hacer rápidos progresos debe tratar de ponerlas en práctica. Debe modificar su carácter para estar en condiciones de observarlas, aunque ello le conduzca a entrar en conflicto con los métodos de la vida mundana. Esto puede parecer quizá muy rígido; pero, si después de examinarlo con detalle, encontramos que lo que nos exige una vida superior es demasiado duro, tendremos que esperar una o dos vidas más, antes de poder lograr verdaderos progresos. No es posible hacer las dos cosas: llevar una vida fácil sin hacer ningún esfuerzo, y lograr un rápido progreso; pero sí que podemos hacer una sola de las dos, y no podemos hacer ningún reproche al que estime que todavía no puede realizar los esfuerzos necesarios.

Es bueno llegar a acostumbrarse, desde el primer momento, a pensar cuidadosamente antes de hablar; porque cuando alcancéis la Iniciación debéis fijaros en cada palabra, no sea que digáis lo que no debe decirse.

C.W.L.— Esto podría causar confusión al que no conozca los hechos referentes a la Iniciación. Si alguien pensara en divulgar lo que constituye realmente un secreto de la Iniciación, antes de pronunciar las palabras habría olvidado lo que constituye el secreto. Así es como lo que realmente es secreto queda perfectamente a salvo; nunca ha sido divulgado y nunca podrá serlo. Pero sí existe un gran peligro para el iniciado que sea irreflexivo en sus palabras, porque puede colocarse en una situación muy embarazosa. A mí se me ha confiado determinada información de diversas clases en la que no puedo ver peligro alguno si se publicara en los periódicos; pero se me dijo que no la divulgara, y así lo hago; no sé por qué se me exigió ese secreto. Una promesa es una

promesa y debe cumplirse como cosa sagrada. Si algunos no están de acuerdo con esa actitud sobre estas cosas, sería preferible que abandonaran de inmediato todo pensamiento de progreso oculto.

Mucho de lo que se habla corrientemente es innecesario y necio; cuando se trata de chismes, es dañino.

C.W.L.— Con frecuencia, lo que nosotros calificamos de charla innecesaria se sostiene con el propósito de proporcionar a los demás un rato agradable. Puede ser que esto no sea nada más que la mala costumbre de pasar el tiempo charlando, cuando podríamos ocuparlo mucho más útilmente en pensar. Sin duda existen ocasiones en las que nos vemos obligados a decir algo que no es absolutamente necesario para complacer a los que podrían interpretar mal nuestro persistente silencio. Pero, además de esto, hay mucha charla innecesaria que no persigue los fines anteriores, sino que es sólo hablar por hablar, lo cual es una tontería. Los verdaderos amigos pueden guardar silencio y, sin embargo, disfrutar de la mutua compañía, existiendo una íntima comunión de pensamiento; pero si se trata de personas que se angustian cuando la conversación se interrumpe, será indispensable seguir hablando constantemente, lo cual será motivo de que se digan muchas cosas que sería mejor silenciar. Las personas muy locuaces no son sabias y, por regla general, no son buenos pensadores.

De modo que más vale que os acostumbréis a escuchar, más bien que a hablar; no expongáis opiniones a menos que se os pidan directamente.

C.W.L.— Hay muchas personas que no pueden oír una cosa que les parezca errónea o incompleta sin contradecir

inmediatamente, dando pie así a discusiones y desarmonías. Hemos de comprender que no nos corresponde corregir opiniones ni rectificar a nadie que pueda estar equivocado. Lo que sí nos corresponde es buscar la ocasión para ayudar a los demás en forma mesurada, y si se nos pregunta nuestra opinión sobre cualquier asunto, exponerla con calma y ecuanimidad, no con espíritu de oposición. No debemos presuponer que nuestra opinión sea de gran interés para los demás; muchas veces no lo es y, por consiguiente, es una torpeza exteriorizarla. Una persona puede estar completamente segura de que una cosa presenta un aspecto determinado y nosotros podemos saber muy bien que esto no es así; pero lo más conveniente es dejarla hablar, porque es posible que esto le agrade y a nosotros no nos perjudica con ello. Puede creer que la tierra es plana o que el sol gira a su alrededor; cosa que sólo a él le incumbe. Si uno se hallara en las condiciones de un maestro de escuela encargado de corregir a los niños, debería corregirlos con calma y dulzura; ese sería su deber, pero no hay nadie que desempeñe el papel de maestro de escuela del público en general.

Desde luego, al oír una acusación contra alguien, nuestro deber es decir: "Perdone usted, pero no está en lo cierto: eso no es verdad", y hasta donde sea posible exponer la verdad ante la gente. Esto tendría lugar en el caso de una persona indefensa; sería nuestro deber el defenderla.

En resumen, pues, las Cualidades son: saber, osar, querer y callar; y la última de las cuatro es la más dura de todas.

C.W.L.— Los Rosacruces sostienen que el que desee progresar en ocultismo tiene que decidirse a: saber, osar, querer y callar. Hemos de conocer las verdades de la naturaleza y atrevernos a servirnos de ellas. Para usar los grandes poderes

que nos sean otorgados, hemos de contar con una voluntad fuerte que pueda controlarlos y, al mismo tiempo, controlarnos a nosotros mismos. Y entonces, cuando podamos hacer todo esto, debemos saber lo suficiente para silenciarlo.

CAPÍTULO XVII

OCÚPATE DE TUS ASUNTOS

Otro deseo muy común que debéis reprimir seriamente, es el de inmiscuirnos en los asuntos de los demás. Lo que otro haga o diga o crea, no es cuestión vuestra, y debéis aprender a dejarle completamente solo. Él tiene perfecto derecho a pensar, hablar y actuar libremente, mientras no interfiera con los demás. Vosotros mismos reclamáis la libertad de hacer lo que creéis que es mejor; a él debéis concederle la misma libertad, y cuando la ejerza, no tenéis ningún derecho a hablar de él.

C.W.L.— No debemos intervenir estorbando las creencias y las acciones de los demás mientras esas acciones, obviamente, no redunden en perjuicio de los demás. Si una persona actúa de una forma inadecuada para sus vecinos, nuestro deber, en algunos casos, puede ser hacerle una sugerencia; pero, incluso en esas circunstancias, es preferible que las cosas sigan su curso hasta que se arreglen por sí mismas.

Los anglosajones presumimos mucho de la libertad; pero estamos muy lejos de ser realmente libres, porque estamos dominados por la costumbre en un grado casi inconcebible. No podemos vestir como nos plazca, ni salir de paseo cuando quisiéramos. Para algunos, sería preferible vestirse al estilo griego —probablemente una de las formas más hermosas de

vestir— pero si alguien vistiese la túnica y saliera a la calle, se vería rodeado por la multitud y, posiblemente, sería arresado por interrumpir el tráfico. En cualquier país realmente libre, podríamos vestir y actuar como nos viniera en gana, siempre que nuestra conducta no fuera causa de molestias para los demás. Pero, en realidad, no gozamos de una verdadera libertad; no podemos desviarnos de la línea que siguen los demás, o por lo menos, sólo podemos desviarnos muy ligeramente, porque de lo contrario se originan muchas molestias y contrariedades. Es lamentable, porque una libertad verdadera sería muy conveniente para todos, especialmente para los que sienten la inclinación de meterse en los asuntos ajenos.

A.B.— Pienso que la mayoría de nosotros sentimos tanto entusiasmo y estamos tan convencidos del valor de lo que hemos aprendido, tan convencidos de su gran importancia, que deseamos que los demás piensen como nosotros; y a veces incluso queremos forzarles a ello. Este es un defecto de casi todos aquellos que tenemos un temperamento entusiasta. Pero el hombre sólo puede aceptar con agrado lo que ya tiene en su interior, aunque ese conocimiento no haya llegado hasta su cerebro y, por lo tanto, no pueda darle plena voz. Mientras no llegue a ese estado preliminar no está en condiciones de aceptar una verdad que se le presente desde el exterior, y tratar de imponérsela es hacerle más mal que bien.

Igualmente, la conciencia no puede crearse desde fuera; sólo es el fruto de la experiencia pasada. Por consiguiente, la aceptación de toda enseñanza y consejo implica que la presentación externa ha puesto en movimiento el conocimiento poseído por el hombre interno, y que este conocimiento ha llegado hasta el cerebro. Todo lo que un instructor puede hacer en esas condiciones es hacer llegar al plano físico del hombre el conocimiento que ya posee en otros planos. Uno de los grandes Maestros ha hecho observar que muchas

personas reciben el conocimiento teosófico fuera de sus cuerpos, mientras duermen. El hombre real aprende de esa manera, y el conocimiento así adquirido puede volver a dárselo un instructor del plano físico con palabras que le ayuden para que ese conocimiento llegue a su cerebro. Eso es todo lo que el instructor del plano físico puede hacer.

Tenemos que llegar a comprender, por medio de sucesivos desengaños, que no podemos conducir por un camino a alguien que no esté preparado para recorrerlo, y así es como vamos adquiriendo mucha calma y nos preparamos para prestar nuestra ayuda cuando ésta pueda resultar útil, suspendiendo nuestra actividad y estando a la espera, cuando no podamos ayudar, esto es, cuando la persona no se beneficie de nuestra ayuda. Esa actitud es juzgada por el ignorante como indiferencia, cuando la verdad es que la persona más avanzada sabe perfectamente cuándo puede ayudar y cuando no.

Los que no están preparados para determinar con exactitud cuándo pueden ayudar, deben seguir una política de tanteo. Sugerid un pensamiento: si es recibido con indiferencia, o si es rechazado, podréis ver que la persona a la que os dirigís no está en condiciones de recibir vuestra ayuda. Después podéis esperar o podéis iniciar otro camino, según el caso. Esto es mucho mejor que querer imponer lo que sabéis. No agobiéis a esa persona mentalmente vertiendo sobre ella todos vuestros conocimientos y confundiéndola con ellos. Nos gusta pedir la libertad para nosotros, pero nos negamos a concedérsela a los demás. Este fallo es serio, porque los demás tienen el mismo derecho que nosotros para formarse sus puntos de vista y expresarlos.

Suele presentarse el fallo inverso. No lleguéis al extremo de pensar que tenéis la obligación de aceptar las opiniones ajenas. Estáis en el más completo derecho para no aceptarlas.

Podéis decir sinceramente: “No, no estoy de acuerdo con eso”, o bien podéis guardar silencio; pero lo que no podéis hacer es atacar a otro porque éste no acepte vuestra opinión. Cuando oigáis a alguna persona hacer una afirmación, utilizad en primer lugar vuestro sentido común; serviros de vuestra razón al oír cualquier aseveración. Dejad libres a los demás, pero no os esclavicéis vosotros.

Si pensáis que se equivoca, y podéis hallar una oportunidad para decirle privadamente y de un modo delicado por qué pensáis así, es posible que podáis convencerle; pero hay muchos casos en los que, incluso eso, sería una intervención inadecuada. Por ningún motivo debéis comentar la cuestión con una tercera persona porque ésa es una acción muy ruin.

A.B.— En ocasiones podéis ayudar a alguna persona de quien sepáis que está procediendo en forma no acorde con la moralidad; pero en esos casos se requiere una gran circunspección, porque es sumamente fácil causar más daño que beneficio. Sólo puede tratarse de prestar ayuda en esas condiciones en forma privada y muy amistosa, tal como el Maestro lo indica. Si la persona de quien se trata es testaruda en sus opiniones, dejadla que aprenda por experiencia propia, muy buena maestra por fortuna.

Si una persona sostiene una idea equivocada y os la expone, no es necesario decirle que está en un error, a menos de tener la seguridad de que tiene más confianza en vuestro juicio que en el suyo propio, o por lo menos de que habrá de considerar seriamente lo que vosotros le digáis; en muchos casos se pondrá en condiciones de no encontrar su error por sí mismo, y vale más dejar que así suceda. Con frecuencia me visitan algunas personas para darme a conocer acontecimientos que van a ocurrir, según sus creencias; por lo general, las

escucho con calma y atentamente y sin expresar ninguna crítica. Cuando la profecía no se cumple, la persona que la hizo advierte su error, pero uno la deja que saque sus conclusiones por sí mismo. Es inevitable que sucedan estas cosas cuando muchas personas se están poniendo en contacto con el ocultismo. Muchas veces caen en confusiones porque gran parte del andamiaje de sus juicios se derrumba y muchos vislumbran que su criterio se está destruyendo en medio de los terremotos que están ocurriendo. Lo único que hay que hacer en esas circunstancias es mantenerse en calma, firmes y serenos; gradualmente las cosas se irán poniendo en claro; lo que es falso, pasará; las cosas reales subsistirán.

Si presenciáis un caso de crueldad hacia un niño o hacia un animal, vuestro deber es intervenir.

A.B.— En un caso de crueldad con un niño o con un animal, nuestro deber es intervenir, porque el fuerte está abusando del débil, que debe ser protegido, ya que no puede hacerlo por sí mismo. Por lo tanto, en cualquier caso en que se esté maltratando a un niño o a un animal, el deber del más fuerte es intervenir para no dejar que se infrinjan los derechos del débil, ni que se le despoje de su libertad. Así pues, intervenid siempre que presenciéis una crueldad con un niño y tratad de que vuestra intervención sea efectiva.

Si veis que alguien quebranta las leyes del país, debéis informar a las autoridades.

C.W.L.— Se ha hablado mucho de este pasaje y son varios los que omiten acatarlo. Es un caso curioso, porque es una realidad que el que oculta un crimen, ya sea antes o después de cometido, es un cómplice del hecho, y la Ley así lo estima. Hay quien dice: “¿Pero es que vamos a convertirnos en espías

para ver si se infringe la Ley?" Evidentemente, no; nadie os ha designado como detectives para ver si se viola la ley.

La ley constituye la cohesión de un país; establece el orden en bien de todos; por consiguiente, el deber de todo ciudadano es apoyarla. Además, es preciso tener sentido común. Nadie está obligado a obedecer leyes anticuadas aunque sigan vigentes en el código. Ni es necesario que nadie se dedique a poner sobre aviso a las autoridades sobre infracciones insignificantes. Tomemos, por ejemplo, el caso de violación de la propiedad ajena. Si véis que una persona cruza un pasaje de un parque privado, pienso que no estáis obligados a denunciar esa minucia. Si se os pregunta sobre ello, desde luego estáis obligados a declararlo. Examinemos el contrabando aduanero. Tengo que aceptar que todo buen ciudadano tiene que cumplir la ley de aduanas y no efectuar ningún contrabando. Asimismo, debo señalar que si vemos que algún viajero está pasando de contrabando alguna mercancía, como cigarrillos o algo así, no es preciso que informemos a las autoridades, porque la infracción no daña a nadie.

Por lo que a mí se refiere, reconozco que no debo violar esa ley, porque si es ley, hay que cumplirla y si es una mala ley hay que utilizar los medios constitucionales para cambiarla. Tenemos algunas leyes que son difíciles de cumplir. En muchas partes es obligatoria la vacunación. Personalmente me opongo a dejarme vacunar y me niego a someterme a esa ley, excepto en casos de fuerza mayor. Tengo que estar dispuesto a ir a prisión antes que permitirlo, porque es una cosa indebida. Todas estas cosas son una cuestión personal en la que cada uno tiene que obrar según su razonamiento.

En la India se establece de forma clara cuáles son los crímenes que deben denunciarse; evidentemente, deben denunciarse todos los crímenes serios. El que presencia un asesinato o un robo tiene el deber de denunciarlo, pero por

lo que respecta a una infinidad de pequeñas infracciones, en la India no se considera a nadie cómplice de las mismas por el hecho de no haberlas denunciado.

A.B.— Siempre que se conoce una infracción es deber de todo ciudadano oponerse a ella. Es uno de los deberes elementales de la ciudadanía. El otro día se presentó una objeción contra esa enseñanza. Un estudiante vino a decirme que en este libro había algo que él no podía aceptar: pensaba que equivalía a una sugerencia en el sentido de que debíamos estar espionando constantemente y acechando los asuntos ajenos. No hay nada de eso, desde luego; pero sí que cuando sabemos que se ha infringido la ley hemos de intervenir porque la ley es la que cohesionaba a un país; la que establece y mantiene el orden y la que proporciona unidad a la población. Por lo tanto, es deber de un ciudadano apoyarla; nadie tiene derecho a ocultar que va a cometerse un crimen, porque el que hace eso, participa en el mismo. Está reconocido legalmente que a la persona que tiene conocimiento de un crimen y no lo denuncia se la considera legalmente cómplice y estará sujeta a las penas legales. Deduje que mi objetor no midió bien sus palabras, puesto que un país cuyos ciudadanos no aceptan este simple deber, ni lo cumplen, degenera por falta de espíritu cívico.

Si tenéis a vuestro cargo la instrucción de otra persona, puede ser deber vuestro hablarle amablemente de sus faltas.

C.W.L.— Esto es evidente. Se nos encarga que cuidemos de un niño, de un alumno, de un sirviente, porque somos mayores de edad y tenemos más conocimientos. Si no les advertimos para nada de las faltas que cometen se pierde la ventaja de nuestro conocimiento y de nuestra experiencia; es

por eso que si faltamos a nuestro deber no hacemos lo que se nos ha encomendado.

Excepto en esos casos, no os metáis en los asuntos de los demás y aprended la virtud del silencio.

A.B.— Pensad en lo distinta que sería la sociedad si este consejo se pusiese en práctica. En lugar de estar constantemente en guardia contra sus vecinos, cada uno podría vivir su vida franca y libremente, porque todos dejaríamos actuar a los demás como lo estimaran conveniente, y la tolerancia y la buena voluntad mutuas substituirían al intervencionismo y a la maledicencia. Nuestra quinta raza, que es la que ahora domina en el mundo, es agresiva, combativa y de espíritu crítico; pero hemos de esforzarnos por vivir la vida de la raza futura, la sexta raza-raíz, a la que debe llegarse por la tolerancia y por la buena voluntad en activo. Esto nos conducirá hasta la idea generalizada de la fraternidad, sobre la cual tendrá que establecerse la sexta raza.

C.W.L.— No parece una cosa muy difícil ocuparse de los propios asuntos, pero son muy pocos los que lo hacen. Esto significa que la intervención y la maledicencia, por desgracia tan corrientes en la actualidad, deben ser reemplazadas por una actitud general de tolerancia y buena voluntad. Si alguien hace algo fuera de lo normal, me temo que mucha gente llega de inmediato a la conclusión de que lo impulsan motivos insanos. Esta no es una conclusión correcta; esa persona puede que tenga sus razones particulares, y sea como sea, a menos que su conducta sea totalmente incorrecta o molesta para los demás, debemos dejar que prosiga su camino y que actúe como mejor le parezca.

Como muchos de los demás defectos comunes en nuestros días, esto es el resultado de un exceso de las prerrogativas de

la quinta raza y de la quinta sub-raza. Nuestra raza está desarrollando las facultades críticas de la mente inferior y esto, llevado al extremo, nos hace proclives a la agresividad, a la combatividad y a la discusión. Se espera de los que aspiran a conseguir un progreso oculto que cultiven la cualidad de buddhi, la cualidad que une, la que sintetiza, en lugar de analizar, y la que trata de hallar los puntos de convergencia en lugar de los de divergencia. El desarrollo de esa cualidad será el trabajo de la sexta raza-raíz y, de una manera subsidiaria, de la sexta sub-raza que ya está alboreando en América, Australia y en algunos otros lugares.

La Sociedad Teosófica proclama la idea de la fraternidad, y un medio de practicarla es buscar lo que merece elogio, no lo que entraña censura. Si se busca, en todos los hombres y en todas las cosas puede encontrarse algo digno de elogio y algo merecedor de censura; y todas las razones están a favor de los que buscan las buenas cualidades, no las cosas dignas de reproche. Tendríamos que aspirar a esto para encontrar un equilibrio; dejemos la tarea de buscar defectos al resto de los mortales que, con seguridad, seguirán haciendo este trabajo con más gusto del que podríamos tener nosotros. Es muy válido el ejercicio de ir buscando las cosas buenas, porque mientras no empecemos con esta práctica, no comprenderemos en realidad las muchas cosas buenas que hay en todos los seres. Cuando lo hagamos empezaremos a encontrar toda clase de hermosas cualidades en personas que hemos venido juzgando desfavorablemente. Es fácil formarse opinión de alguna persona a la que no conocemos bien, basándola únicamente en una o dos cosas; si algún día la encontramos llena de ira, la juzgamos como persona irritable; si la encontramos alguna vez descontenta, la calificamos ya entre las personas de mal carácter. Es probable que hayamos tropezado con esa persona en un mal momento y que su vida,

en general, no esté tan teñida de esos defectos como suponemos.

Si, inevitablemente, tenemos que equivocarnos algunas veces, que sea del lado bueno; concedamos a las personas una parte más del crédito que se merecen, que con esto no se les ocasionará ningún perjuicio, ni a nosotros tampoco. Un Maestro dijo en una ocasión: "En todo hombre hay bien y en todo hombre hay mal." Procurad no juzgar mal a una persona, porque si esperáis de ella malas acciones y no las comete, tendréis la preocupación de veros obligados a reconocer que vuestro juicio era erróneo. Es mucho mejor pensar demasiado bien de centenares de personas que pensar demasiado mal de una sola siquiera. Vivamos la vida búddhica, al menos hasta el grado de esforzarnos por buscar las cosas buenas y no las malas, no sólo en pro de la verdad y la justicia, sino también porque sabemos que nuestros pensamientos son poderosos, que el pensar mal de otro lo estimula a ser malo, y que el pensar bien de él aminora el mal y ayuda al bien a manifestarse.

Una de las cosas principales que tenemos que aprender es no permitir que la mente inferior nos domine y nos haga atribuir motivos indignos a los demás. Nuestra experiencia de la naturaleza humana nos ha demostrado que ésta es cosa falible; que los hombres no siempre se gobiernan por consideraciones inegoístas; de aquí que la tendencia natural sea la de buscar en la conducta de los demás algo egoísta, en lugar de buscar algo elevado. Pero no hemos de dejarnos arrastrar hasta el nivel de la sospecha y la maldad; no sólo en favor nuestro, sino en bien de los demás, es necesario que busquemos primero el motivo elevado y, aunque no podamos encontrarlo, demos crédito a la buena intención de la persona. Cuando pensamos en un motivo malo lo intensificamos con nuestro pensamiento, porque la mente es muy receptiva. Si un hombre ha tenido un tropiezo y le concedemos crédito en

cuanto a sus buenas intenciones, pronto sentirá vergüenza de sus bajos motivos y los cambiará por otros más elevados. Además, al atribuir a todos nuestros amigos los mejores motivos posibles, podemos estar seguros de que en nueve casos de cada diez acertamos. Desde luego, el hombre de mundo dirá con cinismo respecto al que proceda de ese modo: "¡Vaya un tonto!" Es preferible ser un tonto haciendo el bien en esta forma que ser el hombre listo que no puede pensar bien de nadie.

En la práctica, no hay nadie que sea deliberadamente perverso. Por consiguiente, hemos de evitar el error común de pensar que aquellos que hacen lo que llamamos mal, lo hagan por motivos perversos. Por ejemplo, no hemos de caer en la injusticia de dar por sentado que los que comen carne piensen en lo que están haciendo, ni que al hacerlo sepan que están actuando mal. Por lo general, no actúan en contra de sus sentimientos; se limitan a seguir una costumbre, inconscientemente. Son muy buenas personas; de hecho, en la Edad Media, buenas personas se quemaban las unas a las otras sin preocuparse para nada de reflexionar. Pero uno de los Maestros dijo: "Nuestro objetivo no es hacer buenas personas, sino hacer fuertes poderes espirituales para el bien."